

Antonio Gramsci

**Notas sobre Maquiavelo,
sobre la política
y sobre el Estado
moderno**

Madrid

Ediciones Nueva Visión
Buenos Aires

Título del original italiano:
NOTE SUL MACHIAVELLI, SULLA POLITICA
E SULLO STATO MODERNO

Traducción y notas: José Aricó.

Edición: Diciembre 1980. Madrid.

© by Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1972
© by Ediciones Nueva Visión. Madrid, 1980
Hilarión Eslava, 14, p. baja
Madrid-15 / España

ISBN: 84-7519-000-6

Depósito legal: M. 43.541-1980

Imprenta FARESO, S. A.
Paseo de la Dirección, 5 - Madrid

Impreso en España
Printed in Spain

1 El príncipe moderno

El príncipe moderno

Apuntes sobre la política de Maquiavelo. El carácter fundamental de *El Príncipe* no consiste en ser un tratado sistemático, sino un libro "viviente", en el que la ideología política y la ciencia política se fundan en la forma dramática del "mito". Entre la utopía y el tratado escolástico, formas bajo las cuales se configuraba la ciencia política de la época, Maquiavelo dio a su concepción una forma imaginativa y artística, donde el elemento doctrinal y racional se personificaba en un *condottiero* que representa en forma plástica y "antropomórfica" el símbolo de la "voluntad colectiva". El proceso de formación de una determinada voluntad colectiva, que tiene un determinado fin político, no es representado a través de pedantescas disquisiciones y clasificaciones de principios y criterios de un método de acción, sino como las cualidades, los rasgos característicos, los deberes y necesidades, de una persona concreta, despertando así la fantasía artística de aquellos a quienes se procura convencer y dando una forma más concreta a las pasiones políticas.¹

¹ Será necesario buscar en los escritores políticos que precedieron a Maquiavelo la existencia de escritos configurados como *El Príncipe*. Su misma conclusión está ligada a este carácter "mítico" del libro. Luego de haber representado al *condottiero* ideal en un pasaje de gran eficacia artística, Maquiavelo invoca al *condottiero* real que históricamente lo personifique; y es esta invocación apasionada, que se refleja en todo el libro, la que le confiere precisamente el carácter dramático. En los *Prolegomeni* de Luigi Russo, Maquiavelo es llamado el artista de la política y una vez se encuentra también la expresión "mito", pero no precisamente en el sentido arriba indicado.

El Príncipe de Maquiavelo podría ser estudiado como una ejemplificación histórica del "mito" soreliano, es decir, de una ideología política que no se presenta como una fría utopía, ni como una argumentación doctrinaria, sino como la creación de una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva. El carácter utópico de *El Príncipe* reside en el hecho de que el Príncipe no existía en la realidad histórica, no se presentaba al pueblo italiano con caracteres de inmediatez objetiva, sino que era una pura abstracción doctrinaria, el símbolo del jefe, del *condottiero* ideal; pero los elementos pasionales, míticos, contenidos en el pequeño volumen y planteados con recursos dramáticos de gran efecto, se resumen y convierten en elementos vivos en la conclusión, en la invocación a un príncipe "realmente existente". En el pequeño volumen, Maquiavelo trata de cómo debe ser el Príncipe que quiera conducir a un pueblo a la fundación de un nuevo Estado, y la investigación es llevada a cabo con rigor lógico y desapego científico. En la conclusión, Maquiavelo mismo se vuelve pueblo, se confunde con el pueblo, mas no con un pueblo concebido en forma "genérica", sino con el pueblo al que Maquiavelo previamente ha convencido con su trabajo, del cual procede y se siente la conciencia y expresión y con quien se identifica totalmente. Parece que todo el trabajo "lógico" no fuera otra cosa que una autorreflexión del pueblo, un razonamiento interno que se hace en la conciencia popular y que concluye con un grito apasionado, inmediato. La pasión, de razonamiento sobre sí misma, se transforma en "afecto", fiebre, fanatismo de acción. Por eso el epílogo de *El Príncipe* no es extrínseco, "pegado" desde afuera, retórico, sino que, por el contrario, debe ser explicado como un elemento necesario de la obra o, mejor, como el elemento que ilumina toda la obra y que aparece como su "manifiesto político".

Es posible estudiar aquí cómo Sorel, partiendo de la concepción de la ideología-mito, no llegó a comprender el fenómeno del partido político y se detuvo en la concepción del sindicato profesional. Aunque es verdad que para Sorel el "mito" no encontraba su mayor expresión en el sindicato como organización de una voluntad colectiva, sino en la acción práctica del sindicato y de una voluntad colectiva ya actuante. La realización máxima de dicha acción práctica debía ser la huelga general, es decir, una "actividad pasiva" de carácter negativo y preliminar (el carácter positivo está dado solamente por el acuerdo logrado en

las voluntades asociadas) que no preveía una verdadera fase "activa y constructiva". En Sorel, por consiguiente, se enfrentaban dos necesidades: la del mito y la de la crítica del mito, en cuanto "todo plan preestablecido es utópico y reaccionario". La solución era abandonada al impulso de lo irracional, de lo "arbitrario" (en el sentido bergsonianiano de "impulso vital") o sea, de la "espontaneidad".²

¿Pero puede un mito, sin embargo, ser "no constructivo"? ¿Es posible imaginar, en el orden de intuiciones de Sorel, que sea productivo en realizaciones un instrumento que deja la voluntad colectiva en la fase primitiva y elemental del mero formarse, por distinción (por "escisión" *), aunque sea con violencia, es decir, destruyendo las relaciones morales y jurídicas existentes? Pero esta voluntad colectiva, formada de manera elemental, ¿no cesará súbitamente de existir, disolviéndose en una infinidad de voluntades singulares que en la fase positiva seguirán direcciones diferentes y contradictorias? Al margen de la cuestión de que no puede existir destrucción, negación, sin una construcción y una

² Habría que anotar aquí una contradicción implícita en el modo en que Croce plantea su problema de historia y antihistoria con respecto a otros modos de pensar del mismo autor: su aversión a los "partidos políticos" y su forma de plantear la cuestión de la "previsibilidad" de los hechos sociales (cfr. *Conversazioni critiche*, serie primera, pp. 150-152, reseña del libro de Ludovico Limentani, *La previsione dei fatti sociali*, Bocca, Turín, 1907). Si los hechos sociales son imprevisibles y el mismo concepto de previsión es puro sueño, lo irracional no puede menos que dominar y toda organización de hombres es antihistórica, es un "prejuicio". Sólo corresponde resolver en cada caso y con criterio inmediato, los particulares problemas prácticos planteados por el desarrollo histórico (cfr. el artículo de Croce, "Il partito come giudizio e come pregiudizio", en *Cultura e vita morale*) y el oportunismo es la única línea política posible.

* Para Sorel es vital que la clase obrera no establezca ninguna clase de compromiso con la burguesía, tanto en el dominio político (antiparlamentarismo) como en el dominio económico (organización de la cooperación obrera). La organización cooperativa posibilitaría el paso del instinto de clase a la conciencia de clase del proletariado, vale decir, el triunfo de la "escisión" de la sociedad. Dicha escisión, "sin la cual sería imposible para el socialismo cumplir con su papel histórico", peligra a veces cuando la burguesía, temerosa de su futuro, cede en parte a las exigencias del proletariado. Esto explica la importancia que tiene en Sorel la teoría de la "huelga general": "Gracias a ella el socialismo subsiste joven, parecen infantiles las tentativas encaminadas al logro de la paz social, y las deserciones de los compañeros que se aburguesan, además de no desanimar a las masas, las impelen más a la rebeldía. En suma: la escisión no corre peligro de desaparecer" (Sorel, *op. cit.*, p. 123). (N. del T.)

afirmación implícitas, entendida ésta no en un sentido "metafísico", sino práctico, o sea, políticamente, como programa de partido. En este caso se ve con claridad que detrás de la espontaneidad se supone un mecanicismo puro, detrás de la libertad (libre impulso vital), un máximo determinismo, detrás del idealismo, un materialismo absoluto.

El príncipe moderno, el mito-príncipe, no puede ser una persona real, un individuo concreto; sólo puede ser un organismo, un elemento de sociedad complejo en el cual comience a concretarse una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo ya ha sido dado por el desarrollo histórico y es el partido político: la primera célula en la que se resumen los gérmenes de voluntad colectiva que tienden a devenir universales y totales. En el mundo moderno, sólo una acción histórico-política inmediata e inminente, caracterizada por la necesidad de un procedimiento rápido y fulminante, puede encarnarse míticamente en un individuo concreto. La rapidez se torna necesaria solamente cuando se enfrenta un gran peligro inminente que provoca la inmediata exacerbación de las pasiones y del fanatismo, aniquilando el sentido crítico y la corrosividad irónica que pueden destruir el carácter "carismático" del *condottiero* (eso es lo que ha ocurrido en la aventura de Boulanger). Pero una acción inmediata de ese tipo, por su misma naturaleza, no puede ser de vasto alcance y de carácter orgánico. Será casi siempre del tipo restauración y reorganización y no del tipo característico de la fundación de nuevos Estados y nuevas estructuras nacionales y sociales (tal como en el caso de *El Príncipe* de Maquiavelo, donde el aspecto de restauración sólo era un elemento retórico, ligado al concepto literario de la Italia descendiente de Roma y que debía restaurar el orden y la potencia de Roma);³ será de tipo "defensivo" y no creativo original. Podrá

³ Más que por el modelo ejemplar de las grandes monarquías absolutas de Francia y de España, Maquiavelo fue impulsado a su concepción política de la necesidad de un Estado unitario italiano por el recuerdo del pasado de Roma. Es necesario poner de relieve sin embargo que Maquiavelo no debe por ello ser confundido con la tradición literaria-retórica. Primero, porque este elemento no es exclusivo, ni aún dominante, y la necesidad de un gran Estado nacional no es deducida de él, y además porque el hecho mismo de invocar a Roma es menos abstracto de lo que parece si es colocado puntualmente en el clima del Humanismo y del Renacimiento. En el libro VII del *Arte de la guerra* se lee: "Esta provincia (Italia) parece nacida para resucitar las cosas muertas, como se ha visto en el caso de la poesía, la pintura y la escultura", épor

tener vigencia donde se suponga que una voluntad colectiva ya existente, aunque desmembrada, dispersa, haya sufrido un colapso peligroso y amenazador, mas no decisivo y catastrófico, y sea necesario reconcentrarla y robustecerla. Pero no podrá tener vigencia donde hay que crear *ex novo* una voluntad colectiva, encauzándola hacia metas concretas y racionales, pero de una concreción y racionalidad aún no verificadas y criticadas por una experiencia histórica efectiva y universalmente conocida.

El carácter "abstracto" de la concepción soreliana del "mito" aparece en la aversión (que asume la forma pasional de una repugnancia ética) por los *jacobinos*, quienes fueron ciertamente una "encarnación categórica" del Príncipe de Maquiavelo. *El Príncipe moderno*⁴ debe tener una parte destinada al *jacobinismo* (en el significado integral que esta noción ha tenido históricamente y debe tener conceptualmente), en cuanto ejemplificación de cómo se formó y operó en concreto una voluntad colectiva que al menos en algunos aspectos fue creación *ex novo*, original. Y es necesario que la voluntad colectiva y la voluntad política en general sean definidas en el sentido moderno; la voluntad como conciencia activa de la necesidad histórica, como protagonista de un drama histórico efectivo y real.

Una de las primeras partes debería estar dedicada, precisamente, a la "voluntad colectiva", planteando así la cuestión: "¿Cuándo puede decirse que existen las condiciones para que se pueda suscitar y desarrollar una voluntad colectiva nacional-popular?", o sea efectuando un análisis histórico (económico) de la estructura social del país dado y una representación "dramática" de las tentativas realizadas a través de los siglos, para suscitar esta voluntad y las razones de sus sucesivos fracasos. ¿Por qué en Italia no se dio la monarquía absoluta en la época de Maquiavelo? Es necesario remontarse hasta el Imperio Romano (cuestiones de la lengua, los intelectuales, etc.), comprender la función de las Comunas medievales, el significado del catolicismo, etc. Es necesario, en suma, hacer un esbozo de toda la historia italiana, sintético pero exacto.⁵

qué no encontraría entonces la virtud militar? etc. Habrá que reagrupar las otras menciones del mismo tipo para establecer su carácter exacto.

⁴ Gramsci se refiere aquí, con la designación de "Príncipe moderno", al partido político de la clase obrera. (N. del T.)

⁵ Recordamos a los lectores que Gramsci desarrolla in extenso estos problemas tanto en *Los intelectuales y la organización de la cultura* (Nueva Visión,

Las razones de los sucesivos fracasos de las tentativas de crear una voluntad colectiva nacional-popular hay que buscarlas en la existencia de determinados grupos sociales que se forman con la disolución de la burguesía comunal, en el carácter particular de otros grupos que reflejan la función internacional de Italia como sede de la Iglesia y depositaria del Sacro Imperio Romano. Esta función y la posición consiguiente determinan una situación interna que puede denominarse "económica-corporativa", es decir, políticamente, la peor de las formas de sociedad feudal, la forma menos *progresiva* y más estancada. Faltó siempre, y no podía constituirse, una fuerza *jacobina* eficiente, precisamente la fuerza que en las otras naciones ha suscitado y organizado la voluntad colectiva nacional popular fundando los Estados modernos. Finalmente, ¿existen las condiciones para esta voluntad?, o bien, ¿cuál es la actual relación entre estas condiciones y las fuerzas hostiles? Tradicionalmente las fuerzas hostiles fueron la aristocracia terrateniente y más generalmente la propiedad de la tierra en su conjunto, con el característico elemento italiano de una "burguesía rural" especial, herencia de parasitismo legada a los tiempos modernos por la destrucción, como clase, de la burguesía comunal (las cien ciudades, las ciudades del silencio).^{*} Las condiciones positivas hay que buscarlas en la existencia de grupos sociales urbanos, convenientemente desarrollados en el campo de la producción industrial y que hayan alcanzado un determinado nivel de cultura histórico-política. Es imposible cualquier formación de voluntad colectiva nacional-popular si las grandes masas de campesinos cultivadores no irrumpen *simultáneamente* en la vida política. Esto es lo que intentaba lograr Maquiavelo a través de la reforma de la milicia; esto lo que hicieron los jacobinos en la Revolución francesa. En esta comprensión de Maquiavelo hay

Buenos Aires, 1972), como en *Literatura y vida nacional*. Sobre las Comunas, cfr. *Il Risorgimento* (Einaudi), obra en la que Gramsci analiza las causas que impidieron a las Comunas superar la fase "económica-corporativa" para constituirse en estados capitalistas plenos. (N. del T.).

^{*} Ciudades del silencio (*le città del silenzio*) fueron llamadas por Gabriele D'Annunzio, en sus *Laudi*, las ciudades italianas que luego de haber conocido un período de pleno florecimiento en el pasado, decayeron y se redujeron a centros burocrático-administrativos de escasa importancia. De su pasado esplendor aún conservan rastros en los monumentos y joyas arquitectónicas, lo cual las convierte en centro del turismo mundial, por ejemplo: Ravena, Siena, Bérghamo, etc. (N. del T.)

que identificar un jacobinismo precoz, el germen (más o menos fecundo) de su concepción de la revolución nacional. Toda la historia desde 1815 en adelante muestra el esfuerzo de las clases tradicionales por impedir la formación de una voluntad colectiva de este tipo, para mantener el poder "económico-corporativo" en un sistema internacional de equilibrio pasivo.

Una parte importante del Príncipe moderno deberá estar dedicada a la cuestión de una reforma intelectual y moral, es decir, a la cuestión religiosa o de una concepción del mundo. También en este campo encontramos en la tradición ausencia de jacobinismo y miedo del jacobinismo (la última expresión filosófica de ese miedo es la actitud malthusiana de B. Croce hacia la religión). El Príncipe moderno debe ser, y no puede dejar de ser, el abanderado y el organizador de una reforma intelectual y moral, lo cual significa crear el terreno para un desarrollo ulterior de la voluntad colectiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna.

Estos dos puntos fundamentales, la formación de una voluntad colectiva nacional-popular, de la cual el moderno Príncipe es al mismo tiempo el organizador y la expresión activa y operante, y la reforma intelectual y moral, deberían constituir la estructura del trabajo. Los puntos concretos de programa deben ser incorporados en la primera parte, es decir, deben resultar "dramáticamente" del discurso y no ser una fría y pedante exposición de razonamientos.

¿Puede haber una reforma cultural, es decir una elevación civil de los estratos más bajos de la sociedad, sin una precedente reforma económica y un cambio en la posición social y en el mundo económico? Una reforma intelectual y moral no puede dejar de estar ligada a un programa de reforma económica, o mejor, el programa de reforma económica es precisamente la manera concreta de presentarse de toda reforma intelectual y moral. El Príncipe moderno, al desarrollarse, perturba todo el sistema de relaciones intelectuales y morales en cuanto su desarrollo significa que cada acto es concebido como útil o dañoso, virtuoso o perverso, sólo en cuanto tiene como punto de referencia al Príncipe moderno mismo y sirve para incrementar su poder u oponerse a él. El Príncipe ocupa, en las conciencias, el lugar de la divinidad o del imperativo categórico, deviene la base de un laicismo moderno y de una completa laicización de toda la vida y de todas las costumbres.

La ciencia de la política. La innovación fundamental introducida por la filosofía de la praxis en la ciencia de la política y de la historia es la demostración de que no existe una "naturaleza humana" abstracta, fija e inmutable (concepto que deriva del pensamiento religioso y de la trascendencia), sino que la naturaleza humana es el conjunto de relaciones sociales históricamente determinadas, es decir, un hecho histórico verificable, dentro de ciertos límites, con los métodos de la filología y de la crítica. Por lo tanto, la ciencia política debe ser concebida en su contenido concreto (y también en su formulación lógica) como un organismo en desarrollo. Hay que hacer notar, sin embargo, que la formulación dada por Maquiavelo a la cuestión de la política (y la afirmación implícita en sus escritos de que la política es una ciencia autónoma, con sus principios y leyes, diferentes de los pertenecientes a la moral y a la religión, proposición que tiene una gran importancia filosófica, porque implícitamente innova la concepción de la moral y de la religión, es decir, innova toda la concepción del mundo) es aún hoy discutida y contradictoria, no habiendo logrado convertirse en "sentido común". ¿Qué significa esto? ¿Significa solamente que la revolución intelectual y moral, cuyos elementos están contenidos *in nuce* en el pensamiento de Maquiavelo, no se ha realizado todavía, no ha devenido una forma pública y manifiesta de la cultura nacional? ¿O quizás tiene un mero significado político y actual, que sirve para indicar la separación existente entre gobernante y gobernados, para indicar que existen dos culturas: la de los gobernantes y la de los gobernados; y que la clase dirigente, al igual que la Iglesia, tiene una actitud hacia los "simples" dictada por la necesidad de no separarse de ellos, por una parte, y por la otra de mantenerlos en la convicción de que Maquiavelo no es nada más que una aparición diabólica?

Se plantea así el problema de la significación que tuvo Maquiavelo en su tiempo y de los fines que se proponía escribiendo sus libros y especialmente *El Príncipe*. La doctrina de Maquiavelo no era en su tiempo puramente "libresca", un monopolio de pensadores aislados, un libro secreto, que circulaba entre iniciados. El estilo de Maquiavelo no es el de un tratadista sistemático, como los había en el Medioevo y en el Humanismo, sino todo lo contrario; es el estilo de un hombre de acción, de quien quiere impulsar la acción; es el estilo de un "manifiesto" de partido. La interpretación "moralista" dada por Foscolo es, por cierto, erró-

nea. Sin embargo, es verdad que Maquiavelo ha *descubierto* algo y no sólo teorizado sobre lo real. ¿Pero cuál era el fin de tal descubrimiento? ¿Un fin moralista o político? Se suele decir que las normas de Maquiavelo para la actividad política "se aplican, mas no se dicen". Los grandes políticos —se dice— comienzan por maldecir a Maquiavelo, por declararse antimachiavélicos, precisamente para poder aplicar las normas "santamente". ¿No habrá sido Maquiavelo poco machiavélico, uno de aquellos que "saben el juego" y tontamente lo enseñan mientras el machiavelismo vulgar enseña a hacer lo contrario? Croce afirma que, siendo el machiavelismo una ciencia, sirve tanto a los reaccionarios como a los democráticos, así como el arte de la esgrima sirve a los señores y a los bandidos, tanto para defenderse como para asesinar, y que en tal sentido es necesario entender el juicio de Foscolo. Esta afirmación es verdadera en abstracto. El mismo Maquiavelo anota que las cosas que escribe son aplicadas, y han sido siempre aplicadas, por los más grandes hombres de la historia. De allí que no parezca querer sugerirlas a quienes ya las conocen. Su estilo no es tampoco el de una desinteresada actividad científica, ni puede pensarse que haya llegado a sus tesis de ciencia política por vía de la especulación filosófica, lo que en esta materia particular tendría algo de milagroso para su época, puesto que aún actualmente se enfrenta con tanta hostilidad y oposición.

Se puede suponer, por consiguiente, que Maquiavelo tiene en vista a "quien no sabe", que intenta realizar la educación política de "quien no sabe", no la educación política negativa de los hombres que odian a los tiranos, como parece entender Foscolo, sino la educación positiva de quien debe reconocer como necesarios determinados medios, aunque propios de tiranos, porque quiere determinados fines. Quien ha nacido en la tradición de los hombres de gobierno, por todo el complejo de la educación que absorbe del ambiente familiar, en el cual predominan los intereses dinásticos o patrimoniales, adquiere casi automáticamente los caracteres del político realista. Por consiguiente, ¿quién "no sabe"? La clase revolucionaria de su tiempo, el "pueblo" y la "nación" italiana, la democracia ciudadana de cuyo seno surgen los Savonarola y los Pier Soderini y no los Castruccio ni los Valentino. Se puede considerar que Maquiavelo quiere persuadir a estas fuerzas de la necesidad de tener un "jefe" que sepa lo que quiere y cómo obtener lo que quiere, y de aceptarlo con entusiasmo, aun cuando sus acciones puedan estar o parecer en contra-

dicción con la ideología difundida en la época, la religión. Esta posición de la política de Maquiavelo se repite en el caso de la filosofía de la praxis. Se repite la necesidad de ser "antimaquiavélico", desarrollando una teoría y una técnica de la política que puedan servir a las dos partes en lucha, aun cuando se piense que ellas concluirán por servir especialmente a la parte que "no sabía", porque se considera que es allí donde se encuentra la fuerza progresista de la historia. Y en efecto se obtiene de inmediato un resultado: el de destruir la unidad basada en la ideología tradicional, sin cuya ruptura la fuerza nueva no podría adquirir conciencia de la propia personalidad independiente. El maquiavelismo, al igual que la política de la filosofía de la praxis, ha servido para mejorar la técnica política tradicional de los grupos dirigentes conservadores; pero esto no debe enmascarar su carácter esencialmente revolucionario, que es sentido aún hoy y que explica todo el antimaquiavelismo, desde el expresado por los jesuitas hasta el antimaquiavelismo pietista de Pasquale Villari.

La política como ciencia autónoma. El problema inicial que debe ser planteado y resuelto en un trabajo sobre Maquiavelo es el problema de la política como ciencia autónoma, es decir, del puesto que ocupa o debe ocupar la ciencia política en una concepción del mundo sistemática (coherente y consecuente), en una filosofía de la praxis.

Respecto de esto, el progreso aportado por Croce a los estudios sobre Maquiavelo y sobre la ciencia política consiste principalmente (como en otros campos de la actividad crítica crociana) en haber disipado una serie de problemas falsos, inciscentes o mal planteados. Croce se ha basado sobre su distinción de los momentos del espíritu y sobre la afirmación de un momento de la práctica, de un espíritu práctico, autónomo e independiente, aunque ligado circularmente a la realidad entera por la dialéctica de los distintos. En una filosofía de la praxis, la distinción no será por cierto entre los momentos del Espíritu absoluto, sino entre los grados de la superestructura y se tratará, por lo tanto, de establecer la posición dialéctica de la actividad política (y de la ciencia correspondiente) como determinado grado superestructural. Se podrá decir, como primera indicación y aproximación, que la actividad política es justamente el primer momento o primer grado, el momento en el cual la superestructura está

aún en la fase inmediata de mera afirmación voluntaria, indistinta y elemental.

¿En qué sentido se puede identificar la política con la historia y, por consiguiente, toda la vida con la política? ¿Cómo puede concebirse por ello a todo el sistema de las superestructuras como distinciones de la política y cómo se justifica la introducción del concepto de distinción en una filosofía de la praxis? ¿Pero puede hablarse de dialéctica de los distintos? ¿Cómo puede entenderse el concepto de círculo entre los grados de la superestructura? Concepto de "bloque histórico", es decir unidad entre la naturaleza y el espíritu (estructura y superestructura), unidad de los contrarios y de los distintos.

¿Se puede introducir el criterio de distinción también en la estructura? ¿Cómo habrá que entender la estructura? En el sistema de las relaciones sociales ¿cómo podrá distinguirse los elementos "técnica", "trabajo", "clase", etc., entendidos en un sentido histórico y no "metafísico"? Crítica de la posición de Croce para quien, con fines polémicos, la estructura llega a ser un "dios oculto", un "nomenon" en contraposición a las "apariencias" de la superestructura. "Apariencias" en sentido metafórico y en sentido positivo. ¿Por qué "históricamente" y como terminología se habló de "apariencias"?

Es interesante establecer cómo Croce extrajo de esta concepción general su particular doctrina del error y del origen práctico del error. Para Croce el error nace de una "pasión" inmediata, es decir, de carácter individual o de grupo. Pero ¿qué producirá la "pasión" de importancia histórica más vasta, la pasión como "categoría"? La pasión-interés inmediata que es origen del "error" es el momento que en las *Closas a Feuerbach* es llamado *schmutzig-jüdisch*. Pero así como la pasión-interés *schmutzig-jüdisch* determina el error inmediato, así la pasión del grupo social más vasto determina el "error" filosófico (con un intermediario, el error-ideología, que Croce analiza aparte). Lo importante en esta serie: "egoísmo (error inmediato)-ideología-filosofía" es el término común "error", ligado a los diversos grados de pasiones y que habrá que entender no en el significado moralista o doctrinario, sino en el sentido puramente "histórico" y dialéctico de "aquello que es históricamente caduco y digno de caer", en el sentido del "carácter no definitivo" de toda filosofía, de la "muerte-vida", "ser-no ser", es decir, del término dialéctico que se ha de superar en el desarrollo.

El término "aparente", "apariencia", significa esto y nada más que esto, y es necesario justificarlo contra el dogmatismo: es la afirmación de la caducidad de todo sistema ideológico, junto a la afirmación de la validez histórica y de la necesidad de todo sistema. ("En el terreno ideológico el hombre adquiere conciencia de las relaciones sociales", al decir esto ¿no afirmamos la necesidad y la validez de las "apariencias"?).

La concepción de Croce de la política-pasión excluye a los partidos, porque no se puede concebir una "pasión" organizada y permanente; la pasión permanente es una condición orgiástica y espasmódica que determina ineptitudes en el obrar. Excluye a los partidos y excluye todo "plan" de acción concertado de antemano. Sin embargo, los partidos existen y los planes de acción son elaborados, aplicados y frecuentemente realizados en una medida muy considerable: existe, por consiguiente, un "vicio" en la concepción de Croce. Y de nada sirve decir que si los partidos existen, esto no tiene una gran importancia "teórica" porque en el momento de la acción el "partido" que actúa no es el mismo "partido" que existía antes. Esto puede ser cierto en parte, pero sin embargo, entre los dos "partidos" las coincidencias son tantas que en realidad puede decirse que se trata del mismo organismo.

Pero para que esta concepción fuese válida debería poder aplicarse también a la "guerra" y por consiguiente explicar el hecho de los ejércitos permanentes, de las academias militares, de los cuerpos de oficiales. La guerra en los hechos es también "pasión", la más intensa y febril, es un momento de la vida política, la continuación, bajo otras formas, de una determinada política. Es necesario explicar entonces cómo la "pasión" puede convertirse en "deber" moral y no deber de moral política, sino de ética.

Sobre los "planes políticos" vinculados a los partidos como formaciones permanentes, recordar lo que decía Moltke de los planes militares en el sentido de que dichos planes no pueden ser elaborados y fijados previamente en todos sus detalles, sino sólo en su núcleo central, ya que las particularidades de la acción dependen, en cierta medida, de los movimientos del adversario. La pasión se manifiesta justamente en los particulares, pero no me parece que el principio de Moltke pueda justificar la concepción de Croce. En todo caso, quedará por explicar el género de "pasión" del Estado Mayor que elaboró el plan con mente fría y "desapasionada".

Si el concepto crociano de la pasión como momento de la política choca con la dificultad de explicar y justificar las formaciones políticas permanentes, como los partidos y aún más los ejércitos nacionales y los Estados Mayores, ya que no se puede concebir una pasión organizada permanentemente sin que se convierta en racionalidad y reflexión ponderada y deje por lo tanto de ser pasión, la solución sólo puede encontrarse en la identificación de política y economía. La política es acción permanente y da nacimiento a organizaciones permanentes en cuanto se identifica con la economía. Pero esta última se distingue también de la política y por ello se puede hablar separadamente de economía y de política y se puede hablar de "pasión política" como de un impulso inmediato a la acción que nace en el terreno "permanente y orgánico" de la vida económica, pero lo supera, haciendo entrar en juego sentimientos y aspiraciones en cuya atmósfera incandescente el mismo cálculo de la vida humana individual obedece a leyes diferentes de las que rigen el pequeño interés individual.

Junto a los méritos de la "maquiavelística" moderna, derivada de Croce, es necesario señalar también las "exageraciones" y desviaciones a que ha dado lugar. Se formó el hábito de considerar demasiado a Maquiavelo como el "político en general", como el "científico de la política", de actualidad en todas las épocas.

Es preciso considerar fundamentalmente a Maquiavelo como expresión necesaria de su tiempo, vinculado en forma estrecha a las condiciones y exigencias de su tiempo, caracterizado por: 1) las luchas internas de la república florentina y por la particular estructura del Estado que no sabía liberarse de los residuos comunales-municipales, es decir, de una forma de feudalismo que se había convertido en una traba; 2) por las luchas entre los Estados italianos por un equilibrio en el ámbito italiano, que era obstaculizado por la existencia del Papado y de los otros residuos feudales, municipalistas, y por la forma estatal ciudadana y no territorial; 3) por las luchas de los Estados italianos más o menos solidarios con un equilibrio europeo, o sea por las contradicciones entre las necesidades de un equilibrio interno italiano y las exigencias de los Estados europeos en lucha por la hegemonía.

Sobre Maquiavelo influye el ejemplo de Francia y de España, que alcanzaron una fuerte unidad estatal territorial. Maquiavelo hace un "parangón elíptico" (para usar la expresión crociana) y

extrae las reglas para un Estado fuerte en general e italiano en particular. Maquiavelo es en todo un hombre de su época; y su ciencia política representa la filosofía de esa época, que tiende a la organización de las monarquías nacionales absolutas como formas políticas que permiten y facilitan un desarrollo ulterior de las fuerzas productivas burguesas. En Maquiavelo se puede descubrir *in nuce* la separación de los poderes y el parlamentarismo (el régimen representativo): su "ferocia" * está dirigida contra los residuos del mundo feudal y no contra las clases progresistas. El Príncipe debe poner término a la anarquía feudal; y es esto lo que hace Valentino en Romagna, apoyándose en las clases productivas, comerciantes y campesinos. Dado el carácter militar-dictatorial del jefe del Estado, tal como se requiere en un período de lucha por la fundación y la consolidación de un nuevo poder, la indicación de clase contenida en *El arte de la guerra* debe ser entendida también en su aplicación a la estructura general del Estado. Si las clases urbanas desean poner fin al desorden interno y a la anarquía externa deben apoyarse en los campesinos como masa, constituyendo una fuerza armada segura y fiel, de un tipo absolutamente diferente del de las compañías de mercenarios. Se puede decir que la concepción esencialmente política es tan dominante en Maquiavelo que le hace cometer errores de carácter militar; de allí que picnse especialmente en la infantería, cuyas masas pueden ser enroladas en virtud de una acción política, y desconozca el significado de la artillería.

Russo (en los *Prolegomeni a Machiavelli*) anota justamente que *El arte de la guerra* integra *El Príncipe*, pero no extrae todas las conclusiones de su observación. También en *El arte de la guerra* Maquiavelo debe ser considerado como un político que se ocupa de arte militar. Su unilateralidad (así como otras "curiosidades" del tipo de la teoría de la falange, que dan lugar a bromas fáciles como las lanzadas por Bandello, que son las más conocidas) deriva del hecho de que no es la cuestión técnico-militar la que está en el centro de su interés y de su pensamiento y por ello

* "Ferocia", ánimo fuerte e impetuoso, evoca la violencia de las bestias salvajes. Recuérdese el capítulo XVIII: "Debéis en consecuencia saber que hay dos maneras de combatir: una con las leyes y la otra con la fuerza; la primera es propia del hombre y la segunda de las bestias... Por lo tanto, es necesario a un príncipe saber utilizar bien a la bestia y al hombre" (ob. cit., p. 59). El símbolo de la necesidad de la unión de estas dos naturalezas es el Centauro, mitad hombre y mitad caballo. (N. del T.)

Maquiavelo la trata sólo en cuanto es necesaria para su construcción política. Mas no sólo *El arte de la guerra* debe ser vinculado a *El Príncipe*, sino también las *Historias florentinas*, que deben servir justamente como un análisis de las condiciones reales italianas y europeas, de donde surgen las exigencias inmediatas contenidas en *El Príncipe*.

De una concepción de Maquiavelo más adecuada a los tiempos deriva subordinadamente una valoración más historicista de los denominados "antimaquiavelistas", o al menos de los más "ingenuos" entre ellos. No se trata en realidad, de antimaquiavelistas, sino de políticos que expresan exigencias de su tiempo o de condiciones diferentes de las que actuaban sobre Maquiavelo; la forma polémica es entonces puro accidente literario. El ejemplo típico de estos "antimaquiavelistas" hay que buscarlo, me parece, en Jean Bodin (1530-1596), que fue diputado a los Estados Generales de Blois en 1576 y que hizo rechazar allí por el Tercer Estado los subsidios exigidos por la guerra civil.⁴

Durante las guerras civiles en Francia, Bodin es el exponente del tercer partido, llamado de los "políticos", que se coloca en el punto de vista del interés nacional, o sea, de un equilibrio interno de las clases en donde la hegemonía pertenece al Tercer Estado a través del monarca. Me parece evidente que clasificar a Bodin entre los "antimaquiavelicos" es una cuestión absolutamente extrínseca y superficial. Bodin funda la ciencia política en Francia en un terreno mucho más avanzado y complejo que el que Italia había ofrecido a Maquiavelo. Para Bodin no se trata de fundar el Estado unitario-territorial (nacional), es decir, de retornar a la época de Luis XI, sino de equilibrar las fuerzas sociales en lucha en el interior de este Estado ya fuerte y enraizado; no es el momento de la fuerza el que interesa a Bodin, sino el momento del consenso. Con Bodin se tiende a desarrollar la monarquía absoluta: el Tercer Estado es tan consciente de su fuerza y dignidad, conoce tan bien que el éxito de la monarquía absoluta

⁴ Obras de Bodin: *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (1566) donde indica la influencia del clima sobre la forma de los Estados, hace alusión a una idea de progreso, etc., *République* (1576), donde expresa las opiniones del Tercer Estado sobre la monarquía absoluta y sus relaciones con el pueblo; *Heptaplomeres* (inédito hasta la época moderna), en el cual confronta todas las religiones y las justifica como expresiones diversas de la religión natural, la única razonable y todas igualmente dignas de respeto y de tolerancia.

está ligado a su propio éxito y desarrollo, que *pone condiciones para su consenso*, presenta exigencias, tiende a limitar el absolutismo. En Francia, Maquiavelo servía ya a la reacción porque podía ser utilizado para justificar que se mantuviese perpetuamente al mundo en la "cuna" (según la expresión de Bertrando Spaventa). Era necesario, por consiguiente, ser "polémicamente" antimachiavélicos.

Hay que subrayar que en la Italia estudiada por Maquiavelo no existían instituciones representativas ya desarrolladas y significativas para la vida nacional como aquéllas de los Estados Generales en Francia. Cuando, en la época moderna, se observa tendenciosamente que las instituciones parlamentarias en Italia son importadas del exterior, no se tiene en cuenta que ello refleja sólo una condición de atraso y estancamiento de la historia italiana política y social del 1500 al 1700, condición que en gran parte se debía a la preponderancia de las relaciones internacionales sobre las internas, paralizadas y petrificadas. El hecho de que la estructura estatal italiana, debido a la preponderancia extranjera, haya permanecido en la fase semifeudal de un objeto de *suzeraineté* extranjera ¿puede ser considerado como una "originalidad" nacional destruida por la importación de las formas parlamentarias? ¿No son ellas, en cambio, las que dan forma al proceso de liberación nacional y al pasaje al Estado territorial moderno (independiente y nacional)? Por otra parte, han existido instituciones representativas, especialmente en el Mediodía y en Sicilia, pero con un carácter más restringido que en Francia a causa del escaso desarrollo del Tercer Estado en estas regiones. De allí entonces que los Parlamentos fuesen instrumentos para mantener la anarquía de los barones contra las tentativas innovadoras de la monarquía, que debían apoyarse en los mendigos (*lazzari*) en ausencia de una burguesía.⁵ Que el programa y la tendencia a vincular la ciudad al campo tuviese en Maquiavelo sólo una expresión militar es comprensible si reflexionamos que el jacobinismo francés sería inexplicable sin el presupuesto de la cultura fisiocrática, con su demostración de la importancia económica y social del cultivador

⁵ Recuérdese el estudio de Antonio Panella sobre los "Antimachiavélicos", publicado en *Marzocco* de 1927 (¿o también en 1926?, en once artículos): ver cómo se juzga allí a Bodin en comparación con Maquiavelo y cómo es planteado en general el problema del antimachiavelismo. [Los primeros tres artículos fueron publicados en 1926, los restantes en 1927. N. del T.]

directo. Las teorías económicas de Maquiavelo han sido estudiadas por Gino Arias (en los *Annali d'Economia* de la Universidad Bocconi), pero hay que preguntarse si Maquiavelo ha tenido alguna teoría económica. Se trata de ver si el lenguaje esencialmente político de Maquiavelo puede traducirse en términos económicos y en qué sistema puede encuadrarse. Ver si Maquiavelo, que vivía en el período mercantilista, ha precedido políticamente a los tiempos y anticipado algunas exigencias que luego encontraron su expresión en los Fisiócratas.⁶

Elementos de política. En este dominio, es preciso decir que los primeros en ser olvidados son justamente los primeros elementos, las cosas más elementales. Y, sin embargo, como se repiten infinidad de veces, esos elementos se convierten en los pilares de la política y de cualquier acción colectiva.

El primer elemento es que existen realmente gobernados y gobernantes, dirigentes y dirigidos. Toda la ciencia y el arte político se basan en este hecho primordial, irreductible (en ciertas condiciones generales). Sus orígenes constituyen un problema en sí, que deberá ser estudiado en sí (por lo menos podrá y deberá estudiarse cómo atenuar y hacer desaparecer el hecho modificando aquellas condiciones que sean identificadas como actuantes en este sentido), pero sigue existiendo el hecho de que existen dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados. Partiendo de este hecho habrá que analizar cómo dirigir de la manera más eficaz (dados ciertos fines) y por lo tanto cómo preparar de la mejor forma a los dirigentes (y en esto consiste precisamente la primera sección de la ciencia y del arte político). Pero habrá que analizar además, por otro lado, cómo se conocen las líneas de menor resistencia o racio-

⁶ El mismo Rousseau ¿habría sido posible sin la cultura fisiocrática? No me parece justo afirmar que los Fisiócratas representan meros intereses agrícolas y que sólo con la economía clásica se afirman los intereses del capitalismo urbano. Los Fisiócratas representan la ruptura con el mercantilismo y con el régimen de las corporaciones y constituyen una fase para llegar a la economía clásica, pero precisamente por ello me parece que representan una sociedad futura mucho más compleja que aquella contra la cual combaten y también que la sociedad que resulta inmediatamente de sus afirmaciones. Su lenguaje está demasiado ligado a la época y expresa la contradicción inmediata entre ciudad y campo, pero deja prever una ampliación del capitalismo a la agricultura. La fórmula de "dejar hacer, dejar pasar", es decir, de la libertad industrial y de la iniciativa, no está ligada, por cierto, a los intereses agrarios.

nales para obtener la obediencia de los dirigidos o gobernados. Para formar los dirigentes, es fundamental partir de la siguiente premisa: ¿se quiere que existan siempre gobernados y gobernantes o, por el contrario, se desea crear las condiciones bajo las cuales desaparezca la necesidad de que exista tal división? O sea, ¿se parte de la premisa de la perpetua división del género humano o se cree que tal división es sólo un hecho histórico, que responde a determinadas condiciones? Sin embargo, es necesario tener claro que la división entre gobernados y gobernantes, si bien en última instancia corresponde a una división de grupos sociales, existe también en el seno del mismo grupo, aunque este sea homogéneo desde el punto de vista social. En cierto sentido, se puede decir que esta división es un producto de la división del trabajo, es un hecho técnico. Sobre esta coexistencia de motivos especulan quienes, para no plantearse el problema fundamental, ven en todo solamente la "técnica", la necesidad "técnica".

Dado que también en el mismo grupo existe la división entre gobernantes y gobernados, es preciso fijar algunos principios indestructibles. Y es justamente en este terreno donde se cometen los "errores" más graves, donde se manifiestan las incapacidades más criminales y difíciles de corregir. Se cree que, una vez planteado el principio de la homogeneidad de un grupo, la obediencia no sólo debe ser automática y existir sin una demostración de su "necesidad" y racionalidad, sino que debe ser también indiscutible (algunos piensan, y lo que es peor actúan, según este pensamiento: que la obediencia "vendrá" sin ser exigida, sin que se indique el camino a seguir). Es así difícil extirpar de los dirigentes el "cadornismo",^o o sea la convicción de que una cosa debe hacerse porque el dirigente considera justo y racional que se haga. Si no se hiciera, la "culpa" se atribuirá a quienes "hubieran debido", etc. De allí que sea difícil también extirpar el hábito criminal del descuido en el esfuerzo por evitar sacrificios inútiles. Y, sin embargo, el sentido común muestra que la mayor parte de los desastres colectivos

^o El término proviene del general Luigi Cadorna, jefe del Estado Mayor del ejército italiano durante la retirada de Caporetto (1917), de la cual fue el principal responsable. Caporetto puso en evidencia el carácter erróneo de la conducción del ejército italiano, y el "cadornismo" simboliza aquí el burocratismo o el autoritarismo de los dirigentes que consideraban como superfluo el trabajo de persuasión de los "dirigidos" para obtener su adhesión voluntaria. (N. del T.)

(políticos) ocurren porque no se ha tratado de evitar el sacrificio inútil, o se ha demostrado no tener en cuenta el sacrificio ajeno y se jugó con la piel de los demás. Todo habrán oído narrar a los oficiales del frente cómo los soldados arriesgaban realmente la vida cuando realmente era necesario, pero cómo en cambio se rebelaban cuando se era desconsiderado para con ellos. Una compañía era capaz de ayunar varios días si veía que los víveres no alcanzaban por razones de fuerza mayor, pero se amotinaba si por descuido o burocratismo se omitía una sola comida.

Este principio se extiende a todas las acciones que exigen sacrificio. Por lo cual siempre, luego de todo acontecimiento, es necesario ante todo buscar la responsabilidad de los dirigentes, entendida ésta en sentido estricto (por ejemplo: un frente está constituido por muchas secciones y cada sección tiene sus dirigentes. Es posible que de una derrota sean más responsables los dirigentes de una sección que los de otra, pero se trata de una cuestión de grados y no de eximir de responsabilidades a ninguno).

Planteado el principio de que existen dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados, es verdad que los "partidos" son hasta ahora el modo más adecuado de formar los dirigentes y la capacidad de dirección (los "partidos" pueden presentarse bajo los nombres más diversos, aun con el nombre de anti-partido y de "negación de los partidos". En realidad, los llamados "individualistas" son también hombres de partido, sólo que desearían ser "jefes de partido" por la gracia de Dios o por la imbecilidad de quienes lo siguen).

Desarrollo del concepto general contenido en la expresión "espíritu estatal". Esta expresión tiene un significado preciso, históricamente determinado. Pero se plantea el problema de saber si existe algo similar al llamado "espíritu estatal" en todo movimiento serio, que no sea la expresión arbitraria de individualismos más o menos justificados. En primer lugar, el "espíritu estatal" presupone la "continuidad", tanto hacia el pasado, o sea hacia la tradición, como hacia el porvenir. Es decir, presupone que cada acto es un momento de un proceso complejo, que ya comenzó y que continuará. La responsabilidad de este proceso, la de ser sus actores y de ser solidarios con fuerzas "desconocidas" materialmente, pero que se las siente como activas y operantes y se las considera como si fuesen "materiales" y estuviesen físicamente presentes, se llama en ciertos casos "espíritu estatal". Es evidente que tal conciencia de

la "duración" debe ser concreta y no abstracta y que, en cierto sentido, no debe sobrepasar determinados límites. Supongamos que dichos límites mínimos estén constituidos por dos generaciones: la precedente y la futura, lo cual ya es bastante si consideramos a las generaciones no desde el punto de vista de los años —treinta años antes para una, treinta años después para la otra— sino desde el punto de vista orgánico, en un sentido histórico, lo que al menos para el pasado es fácil de comprender. Nos sentimos solidarios con los hombres que hoy son muy viejos y que representan el "pasado" que aún vive entre nosotros, que es necesario conocer, con el cual es necesario arreglar cuentas, que es uno de los elementos del presente y de las premisas del futuro. Y con los niños, con las generaciones nacientes y crecientes, de las cuales somos responsables. (Muy diferente es el "culto" de la "tradicción", que tiene un valor tendencioso, implica una elección y un fin determinado, es decir, que está en la base de una ideología.) Sin embargo, si se puede decir que un "espíritu estatal" así entendido está en todos, es necesario a veces luchar contra las deformaciones que lo afectan o las desviaciones que produce.

"El gesto por el gesto", la lucha por la lucha y especialmente, el individualismo estrecho y pequeño, no son más que la satisfacción caprichosa de impulsos momentáneos. (En realidad, se trata siempre del "apoliticismo" italiano, que adopta estas formas variadas pintorescas y caprichosas.) El individualismo no es más que un apoliticismo animalesco, el sectarismo es "apoliticismo" y, si se observa bien, el sectarismo es, en efecto, una forma de "clientela" personal, mientras falta el espíritu de partido que es el elemento fundamental del "espíritu estatal". La demostración de que el espíritu de partido es el elemento fundamental del espíritu estatal es una de las tesis más importantes a sostener; viceversa, el "individualismo" es un elemento de carácter animal, "admirado por los forasteros", como los movimientos de los habitantes de un jardín zoológico.

El partido político. Dijimos anteriormente que en la época moderna el protagonista del nuevo Príncipe no podría ser un héroe personal, sino un partido político, el determinado partido que en cada momento dado y en las diversas relaciones internas de las diferentes naciones intente crear (y este fin está racional e históricamente fundado) un nuevo tipo de Estado.

Es preciso observar cómo en los regímenes que se presentan como totalitarios, la función tradicional de la Corona es en realidad asumida por un determinado partido, que es totalitario precisamente porque cumple esta función. Cada partido es la expresión de un grupo social y nada más que de un sólo grupo social. Sin embargo, en determinadas condiciones sociales, algunos partidos representan un solo grupo social en cuanto ejercen una función de equilibrio y de arbitraje entre los intereses del propio grupo y los de los demás grupos y procuran que el desarrollo del grupo representado se produzca con el consentimiento y con la ayuda de los grupos aliados y, en ciertos casos, con el de los grupos adversarios más hostiles. La fórmula constitucional del rey o del presidente de la república, que "reina pero no gobierna", es la fórmula jurídica que expresa esta función de arbitraje, la preocupación de los partidos constitucionales por no "descubrir" a la Corona o al Presidente. Las fórmulas que establecen la no-responsabilidad por los actos de gobierno del Jefe del Estado y hacen recaer dicha responsabilidad en el gabinete, son la casuística del principio general de tutela de la concepción de la unidad estatal, del consentimiento de los gobernados a la acción estatal, cualquiera sea el personal inmediato que gobierna y el partido al que pertenezca.

Con el partido totalitario, estas fórmulas pierden significación y son menospreciadas por consiguiente las instituciones que funcionaban en el sentido de tales fórmulas. Dichas funciones pasan a ser absorbidas por el partido, que exaltará el concepto abstracto de "Estado" y tratará de diversas maneras de dar la impresión de que la función de "fuerza imparcial" es activa y eficaz.

¿Es necesaria la acción política (en sentido estricto) para que se pueda hablar de "partido político"? En el mundo moderno se puede observar que en muchos países los partidos orgánicos y fundamentales, por necesidades de lucha o por otras razones, se han dividido en fracciones, cada una de las cuales asume el nombre de "partido" y hasta de partido independiente. Debido a ello con mucha frecuencia el Estado Mayor intelectual del partido orgánico no pertenece a ninguna de tales fracciones pero actúa como si fuese una fuerza dirigente totalmente independiente, superior a los partidos y a veces considerada así por el público. Esta función se puede estudiar con mayor precisión si se parte del punto de vista de

que un periódico (o un grupo de periódicos), una revista (o un grupo de revistas), son también "partidos" o "fracciones de partido" o "función de determinado partido". Piénsese en la función de *Times* en Inglaterra y del *Corriere della Sera* en Italia, pero también en la función de la llamada "prensa informativa", que se llama a sí misma "apolítica" y hasta de la prensa deportiva y técnica. Por otra parte, el fenómeno ofrece aspectos interesantes en los países donde existe un partido único y totalitario de gobierno, porque ese partido ya no cumple funciones estrictamente políticas, sino solamente técnicas, de propaganda, de policía, de influencia moral y cultural. La función política es indirecta, pues si no existen otros partidos legales, existen siempre de hecho otros partidos y tendencias que escapan a la coerción legal, contra los cuales se polemiza y se lucha como en una partida de gallina ciega. De todas maneras, es verdad que en tales partidos predominan las funciones culturales, dando lugar a un lenguaje político de jerga: es decir, que las cuestiones políticas revisten formas culturales y como tales se vuelven irresolubles. Pero hay un partido tradicional que tiene un carácter esencial "indirecto", o sea, se presenta como puramente "educativo" (*lucus*, etc.), moralista, de cultura (*sic*): es el movimiento libertario. Aun la llamada acción directa (terrorista) es concebida como "propaganda" por el ejemplo, lo cual permite reforzar el juicio de que el movimiento libertario no es autónomo, sino que vive al margen de los otros partidos "para educarlos". Se puede hablar de un "liberalismo" inherente a cada partido orgánico. (¿"Qué son los 'libertarios intelectuales o cerebrales' sino un aspecto de tal "marginalismo" con respecto a los grandes partidos de los grupos sociales dominantes?) La misma "secta de los economistas" era un aspecto histórico de este fenómeno.

Se presentan, por lo tanto, dos formas de "partido" que parecen hacer abstracción de la acción política inmediata: el que está constituido por una *élite* de hombres de cultura que tienen la función de dirigir desde el punto de vista de la cultura, de la ideología general, un gran movimiento de partidos afines (que son en realidad fracciones de un mismo partido orgánico); y en el período más reciente, el partido no de *élite* sino de masas, que en tal carácter no tiene otra función política que la de una fidelidad genérica de tipo militar a un centro político visible o invisible (frecuentemente el centro visible es el mecanismo de comando de fuerzas que no desean mostrarse a plena luz sino operar sólo

indirectamente, por interpósita persona y por "interpósita ideología"). La masa es simplemente de "maniobra" y se la mantiene "ocupada" con prédicas morales, con estímulos sentimentales, con mesiánicos mitos de espera de épocas fabulosas, en las cuales todas las contradicciones y miserias presentes serán automáticamente resueltas y curadas.

Cuando se quiere escribir la historia de un partido político es necesario en realidad afrontar toda una serie de problemas, mucho menos simples de lo que cree un Robert Michels, por ejemplo, quien, sin embargo, es considerado un especialista en la materia. ¿Cómo deberá ser la historia de un partido? ¿Será la mera narración de la vida interna de una organización política, cómo nace, los primeros grupos que la constituyen, las polémicas ideológicas a través de las cuales se forma su programa y su concepción del mundo y de la vida? Se trataría, en tal caso, de la historia de grupos restringentes de intelectuales y a veces de la biografía política de una sola personalidad. El marco del cuadro deberá ser, por consiguiente, más vasto y comprensivo.

Se deberá hacer la historia de una determinada masa de hombres que siguió a los promotores, los sostuvo con su confianza, con su lealtad, con su disciplina o los criticó en forma "realista" dispersándose o permaneciendo pasiva frente a algunas iniciativas. Pero esta masa ¿estará constituida solamente por los adherentes al partido? ¿Será suficiente seguir los congresos, las votaciones y el conjunto de actividades y de modos de existencia con los cuales una masa de partido manifiesta su voluntad? Evidentemente, será necesario tener en cuenta el grupo social del cual el partido en cuestión es la expresión y la parte más avanzada. La historia de un partido, en suma, no podrá ser menos que la historia de un determinado grupo social. Pero este grupo no está aislado; tiene amigos, aliados, adversarios, enemigos. Sólo del complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y frecuentemente también con interferencias internacionales) resultará la historia de un determinado partido, por lo que se puede decir que escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso, justamente en la medida en que su actividad

particular haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país.

He aquí por qué del modo de escribir la historia de un partido deriva el concepto que se tiene de lo que un partido es y debe ser. El sectario se exaltará frente a los pequeños actos internos que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo. El historiador, aun dando a cada cosa la importancia que tiene en el cuadro general, pondrá el acento principalmente sobre la eficiencia real del partido, sobre su fuerza determinante, positiva y negativa, sobre el hecho de haber contribuido a crear un acontecimiento y también de haber impedido que otros se produjesen.

El problema de saber cuándo se forma un partido, es decir, cuándo tiene un objetivo preciso y permanente, da lugar a muchas discusiones y con frecuencia, desgraciadamente, a una forma de vanidad que no es menos ridícula y peligrosa que la "vanidad de las naciones" de la cual habla Vico. Se puede decir, es verdad, que un partido jamás está acabado y formado en el sentido de que todo desarrollo crea nuevas tareas y nuevas cargas, pero también en el sentido de que en ciertos partidos se verifica la paradoja de que terminan de formarse cuando no existen más, es decir, cuando su existencia se vuelve históricamente inútil. Así, ya que cada partido no es más que una nomenclatura de clase, es evidente que para el partido que se propone anular la división en clases, su perfección y acabado consiste en no existir más, porque no existen clases y, por lo tanto, tampoco sus expresiones. Pero aquí se quiere hacer resaltar un momento particular de este proceso de desarrollo, el momento subsiguiente a aquel en que un hecho puede o no existir, debido a que la necesidad de su existencia no se convirtió aún en "perentoria" y depende en "gran parte" de la existencia de personas de enorme poder volitivo y de extraordinaria voluntad.

¿Cuándo un partido se vuelve "necesario" históricamente? Cuando las condiciones para su "triumfo", para su ineludible transformarse en Estado están al menos en vías de formación y dejan prever normalmente su desarrollo ulterior. Pero en tales condiciones, ¿cuándo se puede decir que un partido no puede ser destruido por los medios normales? Para responder es necesario desarrollar un razonamiento: para que exista un partido es preciso que coexistan

tres elementos fundamentales (es decir tres grupos de elementos):

1) Un elemento indefinido, de hombres comunes, medios, que ofrecen como participación su disciplina y su fidelidad, mas no el espíritu creador y con alta capacidad de organización. Sin ellos el partido no existiría, es verdad, pero es verdad también que el partido no podría existir "solamente" con ellos. Constituyen una fuerza en cuanto existen hombres que los centralizan, organizan y disciplinan, pero en ausencia de esta fuerza cohesiva se dispersarían y se anularían en una hojarasca inútil. No es cuestión de negar que cada uno de estos elementos pueda transformarse en una de las fuerzas de cohesión, pero de ellos se habla precisamente en el momento en que no lo son y no están en condiciones de serlo, o si lo son actúan solamente en un círculo restringido, políticamente ineficaz y sin consecuencia.

2) El elemento de cohesión principal, centralizado en el campo nacional, que transforma en potente y eficiente a un conjunto de fuerzas que abandonadas a sí mismo serían cero o poco más. Este elemento está dotado de una potente fuerza de cohesión, que centraliza y disciplina y, sin duda a causa de esto, está dotado igualmente, de inventiva (si la "inventiva" se entiende en cierta dirección, según ciertas líneas de fuerzas, ciertas perspectivas y también ciertas premisas). Es verdad también que un partido no podría estar formado solamente por este elemento, el cual sin embargo tiene más importancia que el primero para su constitución. Se habla de capitanes sin ejército, pero en realidad es más fácil formar un ejército que formar capitanes. Tanto es así que un ejército ya existente sería destruido si le llegasen a faltar los capitanes mientras que la existencia de un grupo de capitanes, acordes entre sí, con fines comunes, no tarda en formar un ejército aun donde no existe.

3) Un elemento medio, que articula el primero y el segundo, que los pone en contacto, no sólo "físico" sino moral e intelectual. En la realidad, para cada partido existen "proporciones definidas" entre estos tres elementos y se logra el máximo de eficacia cuando tales "proporciones definidas" son alcanzadas.

Partiendo de estas consideraciones, se puede decir que un partido no puede ser destruido por medios normales cuando existe necesariamente el segundo elemento, cuyo nacimiento está ligado a la existencia de condiciones materiales objetivas (y si este elemento no existe todo razonamiento es superfluo), aunque sea disperso y

errante, ya que no pueden dejar de formarse los otros dos, o sea el primero, que forma necesariamente el tercero como su continuación y su medio de expresarse.

Para que esto ocurra es preciso que haya surgido la convicción férrea de que es necesaria una determinada solución de los problemas vitales. Si esta convicción no se formará más que el segundo elemento, cuya destrucción es más fácil a causa de su pequeño número. Sin embargo, es necesario que este segundo elemento, en caso de ser destruido, deje como herencia un fermento que le permita regenerarse. Pero, ¿dónde subsistirá y podrá desarrollarse mejor este fermento que en el primero y en el tercer elemento, que, evidentemente, son los más homogéneos con el segundo? La actividad que el segundo elemento dedica a la constitución de este fermento es por ello fundamental, debiéndoselo juzgar en función: 1) de lo que hace realmente; 2) de lo que prepara para el caso de que fuera destruido. Entre estos dos hechos es difícil indicar el más importante. Ya que en la lucha siempre se debe prever la derrota, la preparación de los propios sucesores es un elemento tan importante como los esfuerzos que se hacen para vencer.

A propósito de la "vanidad" de los partidos se puede decir que es peor que la "vanidad de las naciones" de la cual habla Vico. ¿Por qué? Porque una nación no puede dejar de existir y en el hecho de su existencia siempre es posible considerar, aunque sea con buena voluntad y forzando la expresión, que su existencia está plena de destino y de significación. Un partido puede en cambio no existir en virtud de una necesidad interna. Es necesario no olvidar *jamás* que en la lucha entre las naciones, cada una de ellas tiene interés en que la otra sea debilitada por las luchas internas y que los partidos son justamente los elementos de dicha lucha. Respecto a los partidos, por consiguiente, siempre es posible preguntar si existen por sus propias fuerzas, en virtud de una necesidad interna, o si, por el contrario, existen solamente en función de intereses extranjeros (y, en efecto, este punto no es olvidado jamás en las polémicas sino que, por el contrario, es un tema sobre el cual se insiste aun en aquellos casos en que la respuesta no es dudosa, lo cual significa que este punto penetra y deja dudas). Naturalmente, es una tontería dejarse atormentar por esta duda. Políticamente, la cuestión tiene una importancia sólo momentánea. En la historia del llamado principio de las nacionalidades, las intervenciones extranjeras en favor de los partidos nacionales que turban el

orden interno de los Estados antagonistas son innumerables, hasta tal punto que cuando se habla, por ejemplo, de la política "oriental" de Cavour, el problema consiste en saber si se trata de una "política", vale decir de una línea permanente, o de una estratagema del momento para debilitar a Austria con vistas a 1859 y a 1866. Así, en los movimientos mazzinianos de principios de 1870 (ejemplo: el asunto Barsanti) se ve la intervención de Bismarck, quien previendo una guerra con Francia y el peligro de una alianza italo-francesa, pensaba debilitar a Italia mediante conflictos internos. También en los sucesos de junio de 1914 algunos ven la intervención del Estado Mayor austriaco preparando la guerra que después sobrevendría. Como observamos, la casuística es numerosa y es preciso tener ideas claras al respecto. Si se admite que con cualquier actitud que se adopte se le hace siempre el juego a alguien, lo importante es buscar por todos los medios hacer bien el propio juego, esto es, vencer claramente. De todas maneras, es necesario despreciar la "vanidad" de partido y sustituirla por hechos concretos. Quien sustituye los hechos concretos por la vanidad o hace la política de la vanidad, de inmediato es sospechoso de poca seriedad. No es necesario agregar que los partidos tienen que evitar aun la apariencia "justificada" de que se hace el juego a alguien, especialmente si ese alguien es un Estado extranjero. Que luego se especule sobre esto, es algo que nadie puede evitar.

Es difícil pensar que un partido político cualquiera (de los grupos dominantes, pero también de los grupos subalternos) no cumpla asimismo una función de policía, vale decir, de tutela de un cierto orden político y legal. Si esto se demostrara taxativamente, la cuestión debería ser planteada en otros términos: sobre los modos y direcciones en que se ejerce tal función. ¿Se realiza en el sentido de represión o de difusión? ¿Es de carácter reaccionario o progresista? El partido considerado, ¿ejerce su función de policía para conservar un orden exterior, extrínseco, obstaculizador de las fuerzas vivas de la historia, o la ejerce en el sentido de que tiende a conducir al pueblo a un nuevo nivel de civilización del cual el orden político y legal es una expresión programática? En efecto, una ley encuentra quienes la infringen: 1) entre los elementos sociales reaccionarios que la ley ha desposeído; 2) entre los elementos progresistas que la ley oprime; 3) entre los elementos que no

alcanzaron el nivel de civilización que la ley puede representar. La función de policía de un partido puede ser, por consiguiente, progresista o regresiva; es progresista cuando tiende a mantener en la órbita de la legalidad a las fuerzas reaccionarias desposeídas y a elevar al nivel de la nueva legalidad a las masas atrasadas. Es regresiva cuando tiende a oprimir las fuerzas vivas de la historia y a mantener una legalidad superada, antihistórica, transformada en extrínseca. Por otro lado, el funcionamiento del partido en cuestión suministra criterios discriminatorios; cuando el partido es progresista funciona "democráticamente" (en el sentido de un centralismo democrático), cuando el partido es regresivo funciona "burocráticamente" (en el sentido de un centralismo burocrático). En este segundo caso, el partido es meramente ejecutor, no deliberante; técnicamente es un órgano de policía y su nombre de "partido político" es una pura metáfora de carácter mitológico.

Industriales y agrarios. Se presenta el problema de saber si los grandes industriales pueden tener un partido político permanente propio. La respuesta me parece que debe ser negativa. Los grandes industriales utilizan alternativamente todos los partidos existentes, pero no tienen un partido propio. Mas no por ello son, de alguna manera, "agnósticos" o "apolíticos". Su interés corresponde a un determinado equilibrio que obtienen precisamente reforzando con sus medios, en cada oportunidad, este o aquel partido del variado panorama político (con excepción, se entiende, del partido antagónico cuya afirmación no puede ser ayudada ni aun por cuestiones tácticas). Ciertamente es, sin embargo, que si esto ocurre en la vida "normal", en los casos extremos, que por otra parte son los que cuentan (como la guerra en la vida nacional), el partido de los grandes industriales es el de los agrarios, quienes en cambio tienen permanentemente un partido propio. Se puede ver como ejemplo de lo aquí señalado el caso de Inglaterra, donde el Partido conservador absorbió al Partido liberal, que sin embargo aparecía tradicionalmente como el partido de los industriales.

La situación inglesa, con sus grandes Trade Unions, explica este hecho. Es cierto que en Inglaterra no existe formalmente un gran partido antagónico de los industriales. Pero existen las organizaciones obreras de masa y se ha observado cómo ellas, en ciertos momentos decisivos, se transforman constitucionalmente desde abajo hacia arriba, destruyendo la envoltura burocrática (por

ejemplo en 1919 y en 1926). Por otro lado, existen estrechos intereses permanentes entre agrarios e industriales (especialmente ahora que el proteccionismo se transformó, en general, en agrario e industrial) y es innegable que los agrarios están "políticamente" mejor organizados que los industriales, atraen más a los intelectuales, son más "permanentes" en sus directivas. La suerte de los partidos "industriales" tradicionales, como el "liberal-radical" inglés y el radical francés (que, sin embargo, siempre se diferenció mucho del primero) es interesante (lo mismo que el "radical italiano", de tan buen recuerdo). ¿Qué representaban esos partidos? Un nexo entre clases altas y bajas, y no una única gran clase; de allí sus permanentes apariciones y desapariciones. La base de "maniobras" estaba dada por la clase baja, que se encontraba en condiciones siempre diferentes en el interior del grupo, hasta transformarse por completo. Hoy suministra la base de los "partidos demagógicos" y se comprende que así sea.

En general, se puede decir que en esta historia de los partidos la comparación entre los distintos países es de lo más instructiva y decisiva para encontrar el origen de las causas de las transformaciones. Y esto también respecto de las polémicas entre los partidos de los países "tradicionalistas" o sea donde están representados los "retazos" de todo el "catálogo" histórico.

Un elemento primordial de juicio tanto para las concepciones del mundo como —y especialmente— para las actitudes prácticas, es el siguiente: la concepción del mundo o el acto práctico ¿pueden ser concebidos "aislados", "independientes", conteniendo toda la responsabilidad de la vida colectiva; o esto es imposible y la concepción del mundo o el acto práctico deben ser concebidos como "integración", perfeccionamiento, contrapeso, etc., de otra concepción del mundo o actitud práctica? Si se reflexiona se ve que este criterio es decisivo para un juicio ideal sobre los motivos ideales y los motivos prácticos y se observa también que tiene una gran importancia práctica.

Uno de los prejuicios más comunes consiste en creer que todo lo que existe es "natural" que exista, que no puede menos que existir y que las propias tentativas de reformas, por mal que resulten; no interrumpirán la vida porque las fuerzas tradicionales continuarán actuando y precisamente continuarán la vida. Este modo de pensar es, por cierto, parcialmente justo; pobres de nosotros si

no ocurriese así. Sin embargo, más allá de ciertos límites, este modo de pensar se transforma en peligroso (ciertos casos de la política de lo peor) y de cualquier manera, como se dijo, subsiste el criterio de juicio filosófico, político e histórico. Es cierto que, si se llega al fondo de las cosas, algunos movimientos se conciben a sí mismos sólo como marginales; o sea presuponen un movimiento principal sobre el cual pueden insertarse para reformar ciertos males presuntos o verdaderos, lo que quiere decir que algunos movimientos son puramente reformistas.

Este principio tiene importancia política porque la verdad teórica, según la cual cada clase tiene un solo partido, está demostrada en los cambios decisivos por el hecho de que los distintos agrupamientos, que se presentaban cada uno como partidos "independientes", se reúnen y forman un bloque único. La multiplicidad existente al principio era sólo de carácter "reformista", o sea, concernía a cuestiones parciales. En cierto sentido, era una división del trabajo político (útil en sus límites). Pero cada parte suponía las otras, de modo que en los momentos decisivos, cuando las cuestiones fundamentales se pusieron en juego, la unidad se formó, el bloque se verificó. De esto deriva la conclusión de que en la construcción de los partidos es necesario basarse sobre un carácter "monolítico" y no sobre cuestiones secundarias, se debe velar por la existencia de homogeneidad entre dirigentes y dirigidos, entre jefes y masa. Si en los momentos decisivos los jefes pasan a su "verdadero partido", las masas quedan trucas en su impulso, inertes y sin eficacia. Se puede decir que ningún movimiento real adquiere conciencia repentina de su carácter de totalidad, sino sólo a través de una experiencia sucesiva, o sea cuando toma conciencia, gracias a los hechos, de que nada de lo que existe es natural (en el sentido inusual de la palabra) sino que existe porque se dan ciertas condiciones, cuya desaparición no puede dejar de tener consecuencias. Es así como el movimiento se perfecciona, pierde los caracteres de arbitrariedad, de "simbiosis", se transforma en verdaderamente independiente, en el sentido de que para lograr determinadas consecuencias crea las premisas necesarias, empeñando en dicha creación todas sus fuerzas.

Algunos aspectos teóricos y prácticos del "economismo". Economismo: movimiento teórico por el libre cambio, sindicalismo teórico. Es necesario ver en qué medida el sindicalismo teórico deri-

va de la filosofía de la praxis y de las doctrinas económicas del libre cambio, o sea, en última instancia, del liberalismo. Y por ello hay que ver si el economismo, en su forma más acabada, tiene una filiación directa en el liberalismo y si, igualmente, en sus orígenes, tuvo relaciones con la filosofía de la praxis, relaciones que serían, de todas maneras, extrínsecas y puramente verbales.

Es necesario analizar desde este punto de vista la polémica Einaudi-Croce,⁷ surgida a raíz del nuevo prefacio (de 1917) al volumen sobre el *Materialismo histórico*. La exigencia, adelantada por Einaudi, de tener en cuenta la literatura de historia económica suscitada por la economía clásica inglesa puede ser satisfecha en el sentido de que tal literatura, por una contaminación superficial con la filosofía de la praxis, originó el economismo. Es por esto que cuando Einaudi critica (a decir verdad de una manera imprecisa) algunas degeneraciones economistas, no hace más que tirar piedras sobre su propia cabeza. El nexo entre ideología libre-cambista y sindicalismo teórico es sobre todo evidente en Italia, donde es conocida la admiración por Pareto de los sindicalistas como Lanzillo y Cía. Sin embargo, el significado de estas dos tendencias es muy diferente: la primera, es propia de un grupo social dominante y dirigente; la segunda, de uno aún subalterno, que todavía no adquirió conciencia de su fuerza, de sus posibilidades y de sus modos de desarrollo y no sabe por ello salir de la fase de primitivismo.

Las posiciones del movimiento del libre cambio se basan en un error teórico cuyo origen práctico no es difícil de identificar, pues reside en la distinción entre sociedad política y sociedad civil, distinción metódica que es transformada en distinción orgánica y presentada como tal. Se afirma así que la actividad económica es propia de la sociedad civil y que el Estado no debe intervenir en su reglamentación. Pero como en la realidad efectiva sociedad civil y Estado se identifican, es necesario convenir que el liberalismo es también una "reglamentación" de carácter estatal, introducida y mantenida por vía legislativa y coercitiva. Es un acto de voluntad consciente de los propios fines y no la expresión espontánea, automática, del hecho económico. El liberalismo, por lo tanto, es un programa político destinado a cambiar, en la medida en que triunfa, el personal dirigente de un Estado y el programa

⁷ Cfr. la *Riforma Sociale*, julio-agosto 1918, p. 415. (N. del E.)

económico del mismo Estado, o sea a cambiar la distribución de la renta nacional.

Diferente es el caso del sindicalismo teórico en cuanto se refiere a un grupo subalterno al que con esta teoría se impide convertirse alguna vez en dominante, desarrollarse más allá de la fase económica corporativa para elevarse a la fase de hegemonía ético-política en la sociedad civil y dominante en el Estado. En lo que respecta al liberalismo, nos enfrentamos con una fracción del grupo dirigente que no quiere modificar la estructura del Estado sino únicamente la orientación de gobierno, que quiere reformar la legislación comercial y sólo indirectamente la industrial (ya que es innegable que el proteccionismo, en especial en los países de mercados pobres y restringidos, limita la libertad de iniciativa industrial y favorece morbosamente el nacimiento de los monopolios). Se trata de una rotación de los partidos dirigentes en el gobierno, no de la fundación y organización de una nueva sociedad política y tanto menos de un nuevo tipo de sociedad civil. En el movimiento del sindicalismo teórico la cuestión se presenta más compleja. Es innegable que en tal movimiento la independencia y la autonomía del grupo subalterno que se dice expresar son sacrificadas a la hegemonía intelectual del grupo dominante, ya que el sindicalismo teórico es precisamente sólo un aspecto del liberalismo, justificado por medio de algunas afirmaciones mutiladas, y por consiguiente banales, de la filosofía de la praxis. ¿Por qué y cómo ocurre este "sacrificio"? Se excluye la transformación del grupo subordinado en grupo dominante, sea porque el problema no ha sido aún planteado (fabianismo, De Man, una parte importante del laborismo), sea porque es presentado en forma incongruente e ineficaz (tendencia socialdemócrata en general), o porque se afirma el salto inmediato del régimen de los grupos al de la perfecta igualdad y de la economía sindical.

Es por lo menos extraña la actitud que el economismo asume con respecto a las expresiones de voluntad, de acción y de iniciativa política e intelectual, como si éstas no fuesen una emanación orgánica de necesidades económicas o, mejor aún, la única expresión eficiente de la economía. Es también una incongruencia que el planteamiento concreto de la cuestión hegemónica sea interpretado como un hecho que subordina al grupo hegemónico. El hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tienen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejerce la hegemonía, que se forma un cierto equilibrio de compro-

miso, es decir que el grupo dirigente hará sacrificios de orden económico-corporativo, pero es también indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden concernir a lo esencial, ya que si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica.

Además del liberalismo y el sindicalismo teórico, el economismo se presenta bajo muchas otras formas. Le pertenecen todas las formas de abstencionismo electoral (ejemplo típico: el abstencionismo de los clericales italianos luego de 1870, el cual se atenuó cada vez más luego de 1900 hasta 1919 y la formación del Partido popular. La distinción orgánica que hacían los clericales entre la Italia real y la Italia legal era una reproducción de la distinción entre mundo económico y mundo político-legal). Tales formas son numerosas en el sentido de que puede haber semiabstencionismo, un cuarto, etc. Al abstencionismo está ligada la fórmula de "tanto peor, tanto mejor" y también la fórmula de la llamada "intransigencia" parlamentaria de algunas fracciones de diputados. No siempre el economismo es contrario a la acción política y al partido político, que sin embargo es considerado como un mero organismo educativo de tipo sindical. Un punto de referencia para el estudio del economismo y para comprender las relaciones entre estructura y superestructura está constituido por ese pasaje de *Miseria de la filosofía* donde se dice que una fase importante en el desarrollo de un grupo social es aquella en que los miembros de un sindicato no luchan únicamente por los intereses económicos, sino por la defensa y el desarrollo de la organización misma.⁸ Es necesario recordar, al mismo tiempo, la afirmación de Engels de

⁸ Ver la fórmula exacta. *Miseria de la filosofía* es un momento esencial de la formación de la filosofía de la praxis; puede ser considerada como el desarrollo de las *Tesis sobre Feuerbach*, mientras que *La Sagrada Familia* es una fase intermedia indistinta y de origen ocasional, como aparece en los párrafos dedicados a Proudhon y especialmente al materialismo francés. El párrafo dedicado al materialismo francés es más que todo un capítulo de historia de la cultura y no una página teórica, como se considera frecuentemente, y como historia de la cultura es admirable. Recordar la observación de que la crítica contenida en *Miseria de la filosofía* contra Proudhon y su interpretación de la dialéctica hegeliana puede ser extendida a Gioberti y al hegelianismo de los liberales moderados italianos en general. El paralelo Proudhon-Gioberti, no obstante representar fases histórico-políticas no homogéneas, o mejor precisamente por esto, puede ser interesante y fecundo.

que la economía sólo en “última instancia” es el resorte de la historia (en las dos cartas sobre la filosofía de la praxis publicadas también en italiano), afirmación que es necesario vincular directamente al pasaje del prefacio a la *Crítica de la economía política* donde se dice que es en el terreno de las ideologías donde los hombres toman conciencia de los conflictos que se manifiestan en el mundo económico.

En distintas ocasiones se afirma en estas notas⁹ que la filosofía de la praxis está mucho más difundida de cuanto se quiere aceptar. La afirmación es exacta si se desea hacer referencia a la difusión del economismo histórico, como el profesor Loria llama ahora a sus caprichosas concepciones, lo cual significa, por lo tanto, que el ambiente cultural ha cambiado completamente con respecto a la época en que la filosofía de la praxis comenzó a luchar. Se podría decir, con terminología crociana, que la más grande herejía nacida en el seno de la “religión de la libertad” sufrió también, como la religión ortodoxa, una degeneración que se ha difundido como “superstición”, es decir, que ha entrado en combinación con el liberalismo y ha producido el economismo. Habría que analizar sin embargo si, mientras la religión ortodoxa se extinguió, la superstición herética no conservaba siempre un fermento que la haría renacer como religión superior. En otros términos, habrá que analizar si las escorias de superstición no son más fácilmente liquidables.

Algunos puntos característicos del economismo histórico: 1) En el estudio de los nexos históricos no se distingue lo que es “relativamente permanente” de lo que es fluctuación ocasional y se entiende por hecho económico el interés personal o de un pequeño grupo, en sentido inmediato y “sórdidamente judaico”.¹⁰ No se tiene en cuenta la formación de una clase económica, con todas las relaciones inherentes, sino el interés mezquino y usuario, sobre todo cuando coincide con formas delictuosas contempladas por los códi-

⁹ Ver Gramsci, *Il materialismo storico e la filosofia di B. Croce* [trad. cast.: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971].

¹⁰ Esta expresión fue empleada por Marx en la primera de las *Tesis sobre Feuerbach*: “Por eso, en *La esencia del cristianismo*, sólo se considera como auténticamente humano el comportamiento teórico, y en cambio la práctica sólo se capta y se plasma bajo su forma sórdidamente judaica de manifestarse. De ahí que Feuerbach no comprende la importancia de la actividad “revolucionaria”, de la actividad “crítico-práctica”. (Con respecto a este problema véase Marx-Engels, *La ideología alemana*, Pueblos Unidos, Montevideo, 1958.) (N. del T.)

gos penales. 2) La doctrina que reduce el desarrollo económico a la sucesión de los cambios técnicos en los instrumentos de trabajo. El profesor Loria hizo una muy brillante exposición de esta doctrina aplicada en el artículo sobre la influencia social del aeroplano, publicada en la *Rassegna contemporanea* de 1912. 3) La doctrina por la cual el desarrollo económico e histórico depende inmediatamente de los cambios de cualquier elemento importante de la producción, como el descubrimiento de una nueva materia prima, de un nuevo combustible, etc., cambios que entrañan la aplicación de nuevos métodos en la construcción y el funcionamiento de máquinas. En estos últimos tiempos existe toda una literatura sobre el petróleo; al respecto es típico un artículo de Antonino Laviosa en la *Nuova Antologia* del 16 de mayo de 1919. El descubrimiento de nuevos combustibles y de nuevas energías motrices, así como de nuevas materias primas a transformar, tiene por cierto gran importancia porque puede cambiar la posición de los diferentes Estados, pero no determina el movimiento histórico, etc.

Ocurre con frecuencia que se combate al economismo histórico creyendo combatir al materialismo histórico. Es éste el caso, por ejemplo, de un artículo de *L'Avenir* de París del 10 de octubre de 1930 (citado en la *Rassegna Settimanale della Stampa Estera* del 21 de octubre de 1930, pp. 2303-2304) y que citamos como típico: “Se nos dice desde hace mucho tiempo, pero sobre todo después de la guerra, que las cuestiones de intereses dominan a los pueblos y llevan el mundo hacia adelante. Son los marxistas quienes inventaron esta tesis, bajo el apelativo un poco doctrinario de ‘materialismo histórico’. En el marxismo puro, los hombres tomados en masa no obedecen a las pasiones sino a las necesidades económicas. La política es una pasión. La patria es una pasión. Estas dos exigencias cumplen en la historia sólo una función de apariencia porque en realidad la vida de los pueblos, en el curso de los siglos, se explica por un juego cambiante y siempre renovado de causas de orden material. La economía es todo. Muchos filósofos y economistas ‘burgueses’ tomaron esta consigna. Ellos asumen un cierto aire de entendidos para explicarnos por las fluctuaciones del cereal, del petróleo o del caucho, la gran política internacional. Se ingenian para demostrarnos que toda la diplomacia está dirigida por las cuestiones de tarifas aduaneras y de precios de costo. Estas explicaciones están muy en boga. Tienen un leve barniz científico y nacen de un cierto escepticismo superior que intenta pasar por suprema elegancia. ¿La pasión en política

exterior? ¿El sentimiento en materia nacional? ¡Vamos! Esto convence a los simples, a los crédulos. Los grandes espíritus, los iniciados saben que todo está dominado por el debe y el haber. Ahora bien, esto es una seudoverdad absoluta. Es completamente falso que los pueblos no se dejan guiar más que por consideraciones de interés y es completamente cierto que ellos obedecen por sobre todo a consideraciones dictadas por un desco y por una fe ardiente de prestigio. Quien no comprende esto no comprende nada". La continuación del artículo (titulado "La manía del prestigio") toma como ejemplos la política alemana e italiana, que serían de "prestigio" y no dictadas por intereses materiales. El artículo condensa gran parte de los puntos más triviales de polémica contra la filosofía de la praxis, pero en realidad la polémica es contra un desaliñado economismo de tipo loriano. Además, el autor no está, en otros aspectos, muy consustanciado con el tema. No comprende que las "pasiones" pueden no ser sino un sinónimo de los intereses económicos y que es difícil sostener que la actividad política sea un estado permanente de pasión exasperada y de espasmo; mientras que la política francesa es presentada como una "racionalidad" sistemática y coherente, es decir purificada de todo elemento pasional.

En su forma más difundida de superstición economista, la filosofía de la praxis pierde gran parte de sus posibilidades de expansión cultural en la esfera superior del grupo intelectual, mientras que las gana entre las masas populares y entre los intelectuales de medianos alcances que no quieren fatigar su cerebro, pero desean aparecer como muy astutos. Como escribe Engels, es muy cómodo para muchos creer que pueden a buen precio y sin fatiga alguna procurarse y meterse en el bolsillo toda la historia y toda la ciencia política y filosófica concentrada en algunas formulitas. Como se han olvidado que la tesis según la cual los hombres adquieren conciencia de los conflictos fundamentales en el terreno de las ideologías no es de carácter psicológico o moralista, sino orgánico gnoseológico, se han creado la *forma mentis* de considerar la política, y por consiguiente la historia, como un continuo *marché de dupes*, un juego de ilusionismos y prestidigitación. La actividad "crítica" ha sido reducida a descubrir trucos, a suscitar escándalos, a entrometerse en la vida personal de los hombres representativos.

Se ha olvidado así que siendo el "economismo", o presumiendo serlo, un canon objetivo de interpretación (objetivo-científico),

la investigación en el sentido de los intereses inmediatos debería ser válida para todos los aspectos de la historia, tanto para los hombres que representan la "tesis" como para aquellos que representan la "antítesis". Se ha olvidado además otra proposición de la filosofía de la praxis: aquella de que las "creencias populares" o las creencias del tipo de las populares tienen la validez de fuerzas materiales. Los errores de interpretación en el sentido de la búsqueda de los intereses "sórdidamente judaicos" fueron a veces groseros y cómicos e incidieron así negativamente sobre el prestigio de la doctrina originaria. Es por ello necesario combatir al economismo no sólo en la teoría de la historiografía sino también y especialmente en la teoría y en la práctica política. En este campo la lucha puede y debe ser conducida desarrollando el concepto de hegemonía, de la misma manera que lo fue prácticamente en el desarrollo de la teoría del partido político y en el desarrollo práctico de la vida de determinados partidos políticos (la lucha contra la teoría de la llamada revolución permanente, que se contraponía al concepto de dictadura democrática revolucionaria, la importancia del apoyo dado a las ideologías constitucionales, etc.). Se podría hacer un estudio sobre los juicios emitidos a medida que se desarrollaban ciertos movimientos políticos, tomando como ejemplo el movimiento boulangista (de 1886 a 1890, más o menos) o el proceso Dreyfus o directamente el golpe de Estado del 2 de diciembre (un análisis del clásico libro sobre el 2 de diciembre,¹⁰ para estudiar la importancia relativa que allí se asigna al factor económico inmediato y el lugar que se da, en cambio, al estudio concreto de las "ideologías"). Frente a estos acontecimientos, el economismo se plantea la pregunta: ¿a quién sirve inmediatamente la iniciativa en cuestión? Y responde con un razonamiento tan simplista como paralogista: sirve inmediatamente a una cierta fracción del grupo dominante y, para no errar, esta elección recae sobre aquella fracción que evidentemente cumple una función progresista y de control sobre el conjunto de las fuerzas económicas. Se puede estar seguro de no equivocarse porque, necesariamente, si el movimiento examinado llegará al poder, la fracción progresista del grupo dominante acabaría, antes o después, por controlar al nuevo gobierno y por convertirlo en un instrumento para volcar en su propio beneficio el aparato estatal.

¹⁰ *El Dieciocho* Brumario de Luis Bonaparte, de Marx. (N. del E.)

Se trata, por consiguiente, de una infalibilidad poco seria, que además de no tener ningún significado teórico posee muy escasa importancia política y eficacia práctica. En general, no provoca más que prédicas moralistas o interminables cuestiones personales. Cuando se produce un movimiento de tipo boulangista el análisis debería ser conducido, siguiendo una visión realista, según esta línea: 1) contenido social de la masa que adhiere al movimiento; 2) ¿qué función tiene en el equilibrio de fuerzas que se va transformando, como lo demuestra el nuevo movimiento por el hecho de nacer?; 3) ¿qué significado, desde el punto de vista político y social, tienen las reivindicaciones que presentan los dirigentes y que encuentran aprobación? ¿a qué exigencias efectivas corresponden?; 4) examen de la conformidad de los medios con el fin propuesto; 5) sólo en última instancia y presentada en forma política y no moralista, se plantea la hipótesis de que un movimiento de este tipo será necesariamente desnaturalizado y servirá a fines muy distintos de aquellos que esperan las multitudes adheridas. Por el contrario, esta hipótesis es afirmada en previsión, cuando ningún elemento concreto (y que aparezca por lo tanto con la evidencia del sentido común y no a través de un análisis "científico" esotérico) existe aún para confirmarla. De allí que tal hipótesis aparezca como una acusación moral de doblez y de mala fe o de poca astucia, de estupidez (para los secuaces).

La lucha política se convierte así en una serie de hechos personales entre quienes lo saben todo, y han pactado con el diablo, y quienes son objeto de burla por parte de sus propios dirigentes, sin querer convencerse de ello a causa de su incurable estupidez. Por otro lado, mientras estos movimientos no toman el poder siempre se puede pensar que fracasarán y algunos, en efecto, fracasaron (el mismo boulangismo, que fracasó como tal y fue destrozado completamente por el movimiento *dreyfusard*; el movimiento de Georges Valois; el del general Gaidar). La búsqueda debe tender, por consiguiente, a la identificación de los elementos de fuerzas, pero también de los elementos de debilidad que ellos contienen intrínsecamente; la hipótesis "economista" afirma un elemento inmediato de fuerza, es decir, la disponibilidad de un cierto aporte financiero directo o indirecto (un gran periódico que apoye el movimiento es también un aporte financiero indirecto) y eso es todo. Es demasiado poco. También en este

caso el análisis de los diferentes grados de relación de las fuerzas sólo puede culminar en la esfera de la hegemonía y de las relaciones ético-políticas.

Un elemento que debe ser agregado como ejemplificación de las llamadas teorías de la intransigencia, es el de la rígida aversión de principio a los compromisos y que tiene como manifestación subordinada lo que se puede denominar "el miedo a los peligros". Es evidente por qué la aversión de principio a los compromisos está ligada estrechamente al economismo. La concepción sobre la cual se funda esta aversión no puede ser otra que la certeza inquebrantable de que en el desarrollo histórico existen leyes objetivas del mismo carácter que las leyes naturales, a lo cual se agrega la creencia en un finalismo fatalista similar al religioso. Si las condiciones favorables deben verificarse ineludiblemente, derivándose de ellas, en forma bastante misteriosa, acontecimientos palingenésicos, es evidente no sólo la inutilidad sino el daño de toda iniciativa voluntaria tendiente a planificar estas situaciones según una idea prefijada. Junto a estas convicciones fatalistas está, sin embargo, la tendencia a confiar "siempre", ciegamente y sin criterio, en la virtud reguladora de las armas, lo cual, por otro lado, no deja de tener algo de lógica y de coherencia, ya que se piensa que la intervención de la voluntad es útil para la destrucción, y no para la reconstrucción (ya en acción en el momento mismo de la destrucción). La destrucción es concebida mecánicamente y no como destrucción-reconstrucción. En tales modos de pensar no se tiene en cuenta el factor "tiempo" y en última instancia ni la misma "economía", en el sentido de que no se entiende cómo los hechos ideológicos de masa están siempre en retraso con respecto a los fenómenos económicos de masa y cómo, por lo tanto, el impulso automático debido al factor económico es en ciertos momentos demorado, trabado y hasta destruido momentáneamente por los elementos ideológicos tradicionales. No se entiende que por ello debe haber una lucha consciente y preparada para hacer "comprender" las exigencias de la posición económica de masa que pueden estar en contradicción con las directivas de los jefes tradicionales. Siempre es necesaria una iniciativa política apropiada para liberar al impulso económico de las trabas de la política tradicional, o sea para cambiar la dirección política de ciertas

fuerzas que es preciso absorber para realizar un nuevo bloque histórico económico-político, homogéneo, sin contradicciones internas. Y ya que dos fuerzas "similares" no pueden fundirse en un organismo nuevo sino a través de una serie de compromisos o mediante la fuerza de las armas, por la unión en el terreno de las alianzas o por subordinación de la una a la otra mediante la coerción, la cuestión es saber si se dispone de esta fuerza y si es "productivo" emplearla. Si la unión de dos fuerzas es necesaria para vencer a una tercera, el recurso de las armas y de la coerción (dado que se tiene la disponibilidad de ellas) es una pura hipótesis metódica y la única posibilidad concreta es el compromiso, ya que la fuerza puede ser empleada contra los enemigos y no contra una parte de sí mismo que se desca asimilar rápidamente y de la cual es preciso obtener su "buena voluntad" y entusiasmo.

Previsión y perspectiva. Otro punto que es necesario fijar y desarrollar es el de la "doble perspectiva" en la acción política y en la vida estatal. Diferentes grados en que puede presentarse la doble perspectiva, de los más elementales a los más complejos, pero que pueden reducirse teóricamente a dos grados fundamentales, correspondientes a la doble naturaleza del Centauro maquiavélico, de la bestia y del hombre, de la fuerza y del consenso, de la autoridad y de la hegemonía, de la violencia y de la civilización, del momento individual y del universal (de la "Iglesia" y del "Estado"), de la agitación y de la propaganda, de la táctica y de la estrategia, etc. Algunos redujeron la teoría de la "doble perspectiva" a algo mezquino y trivial, o sea a nada más que dos formas de "inmediatz" que se suceden mecánicamente en el tiempo con mayor o menor "proximidad". Puede ocurrir por el contrario que cuanto más "inmediata" y elemental es la primera "perspectiva", tanto más "lejana" (no en el tiempo, sino como relación dialéctica), compleja y elevada debe ser la segunda; o sea, puede ocurrir como en la vida humana, que cuanto más obligado está un individuo a defender su propia existencia física inmediata, tanto más sostiene los complejos y elevados valores de la civilización y de la humanidad, partiendo desde su punto de vista.

Es cierto que prever significa solamente ver bien el presente y el pasado en cuanto movimiento; ver bien, es decir, identificar con

exactitud los elementos fundamentales y permanentes del proceso. Pero es absurdo pensar en una previsión puramente "objetiva". Quienes prevén tienen en realidad un "programa" para hacer triunfar y la previsión es justamente un elemento de ese triunfo. Esto no significa que la previsión deba siempre ser arbitraria y gratuita o puramente tendenciosa. Se puede decir mejor que sólo en la medida en que el aspecto objetivo de la previsión está vinculado a un programa, adquiere objetividad: 1) porque sólo la pasión aguza el intelecto y contribuye a tornar más clara la intuición; 2) porque siendo la realidad el resultado de una aplicación de la voluntad humana a la sociedad de las cosas (del maquinista a la máquina), prescindir de todo elemento voluntario o calcular solamente la intervención de las voluntades ajenas como elemento objetivo del juego general mutila la realidad misma. Sólo quien desca fuertemente identifica los elementos necesarios para la realización de su voluntad.

Por ello, considerar que una determinada concepción del mundo o de la vida contiene en sí misma un poder superior de capacidad de previsión es un error que proviene de una grosera fatuidad y de un carácter superficial. Es cierto que en cada previsión está implícita una concepción del mundo y el hecho de que sea una desconexión de actos arbitrarios del pensamiento o una visión rigurosa y coherente no deja de tener importancia, pero la importancia la adquiere precisamente en el cerebro viviente de quien hace la previsión y la vivifica con su firme voluntad. Esto se observa en las previsiones realizadas por los pretendidos "desapasionados", quienes abundan en digresiones gratuitas, en sutiles minucias, en elegancias conjeturales. Sólo la existencia en el "previsor" de un programa por realizar hace, sí, que éste se atenga a lo esencial, a aquellos elementos que siendo "organizables", susceptibles de ser dirigidos o desviados, son en realidad los únicos previsibles. Esto va contra la manera habitual de considerar la cuestión. Generalmente se piensa que todo acto de previsión presupone la determinación de leyes de regularidad del tipo de las leyes de las ciencias naturales. Pero como estas leyes no existen en el sentido absoluto o mecánico que se supone, no se tiene en cuenta la voluntad de los demás y no se "prevé" su aplicación. Se construye por lo tanto sobre una hipótesis arbitraria y no sobre la realidad.

El realismo político "excesivo" (por consiguiente superficial y mecánico) conduce frecuentemente a afirmar que el hombre de Estado debe operar sólo en el ámbito de la "realidad efectiva", no interesarse por el "deber ser" sino únicamente por el "ser". Lo cual significa que el hombre de Estado no debe tener perspectivas que estén más allá de su propia nariz. Este error condujo a Paolo Treves a encontrar en Guicciardini y no en Maquiavelo el "político verdadero".

Es necesario distinguir no sólo entre "diplomático" y "político", sino también entre científico de la política y político de acción. El diplomático no puede dejar de moverse únicamente en la realidad efectiva, porque su actividad específica no es crear nuevos equilibrios, sino conservar dentro de ciertos cuadros jurídicos un equilibrio existente. Así también el científico debe moverse sólo en la realidad efectiva en cuanto mero científico. Pero Maquiavelo no es un mero científico; es un hombre de partido, de pasiones poderosas, un político de acción que quiere crear nuevas relaciones de fuerzas y no puede por ello dejar de ocuparse del "deber ser", no entendido por cierto en sentido moralista. La cuestión no debe por consiguiente ser planteada en estos términos. Es mucho más compleja. Se trata de analizar si el "deber ser" es un acto necesario o arbitrario, es voluntad concreta o veleidad, deseo, sueño en las nubes. El político de acción es un creador, un suscitador, mas no crea de la nada ni se mueve en el turbio vacío de sus deseos y sueños. Se basa en la realidad efectiva, pero, ¿qué es esta realidad efectiva? ¿Es quizás algo estático e inmóvil y no sobre todo una relación de fuerzas en continuo movimiento y cambio de equilibrio? Aplicar la voluntad a la creación de un nuevo equilibrio de las fuerzas realmente existentes y operantes, fundándose sobre aquella que se considera progresista, y reforzándola para hacerla triunfar, es moverse siempre en el terreno de la realidad efectiva, pero para dominarla y superarla (o contribuir a ello). El "deber ser" es por consiguiente lo concreto o mejor, es la única interpretación realista e historicista de la realidad, la única historia y filosofía de la acción, la única política.

La oposición Savonarola-Maquiavelo no es la oposición entre ser y deber ser (todo el parágrafo de Russo sobre este punto es pura literatura), sino entre dos deber ser, el abstracto y difuso de Savonarola y el realista de Maquiavelo, realista aunque no haya devenido realidad inmediata, ya que no se puede esperar que un

individuo o un libro cambien la realidad sino sólo que la interpreten e indiquen una línea posible de acción. El límite y la angustia de Maquiavelo consiste en haber sido una "persona privada", un escritor y no el Jefe de un Estado o de un ejército, que siendo una sola persona tiene sin embargo a su disposición las fuerzas de un Estado o de un ejército y no únicamente ejército de palabras. No por ello se puede decir que Maquiavelo fue también un "profeta desarmado", pues eso sería hacer del espíritu algo barato. Maquiavelo jamás afirmó que fueran sus ideas o sus propósitos los de cambiar él mismo la realidad, sino única y concretamente los de mostrar cómo deberían haber actuado las fuerzas históricas para ser eficientes.

Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerzas. Un estudio sobre la forma en que es preciso analizar las "situaciones", o sea la forma en que es preciso establecer los diversos grados de relaciones de fuerzas, puede prestarse a una exposición elemental de ciencia y arte político, entendida como un conjunto de cánones prácticos de investigación y de observaciones particulares, útiles para destacar el interés por la realidad efectiva y suscitar intuiciones políticas más rigurosas y vigorosas. Al mismo tiempo hay que agregar la exposición de lo que en política es necesario entender por estrategia y táctica, por "plan" estratégico, por propaganda y agitación, por "orgánica" o ciencia de la organización y de la administración en política.

Los elementos de observación empírica que por lo general son expuestos en forma desordenada en los tratados de ciencia política (se puede tomar como ejemplo la obra de Mosca *Elementi di scienza politica*) en la medida en que no son cuestiones abstractas o sin fundamento, deberían encontrar ubicación en los diversos grados de las relaciones de fuerza, comenzando por las relaciones de las fuerzas internacionales (donde se ubicarían las notas escritas sobre lo que es una gran potencia, sobre los agrupamientos de Estados en sistemas hegemónicos y, por consiguiente, sobre el concepto de independencia y soberanía en lo que respecta a las potencias medianas y pequeñas) para pasar a las relaciones objetivas sociales, o sea al grado de desarrollo de las fuerzas productivas, a las relaciones de fuerza política y de partido (sistemas

hegemónicos en el interior del Estado) y a las relaciones políticas inmediatas (o sea potencialmente militares).

¿Las relaciones internacionales preceden o siguen (lógicamente) a las relaciones sociales fundamentales? Indudablemente las siguen. Toda renovación orgánica en la estructura modifica también orgánicamente las relaciones *absolutas* y *relativas* en el campo internacional a través de sus expresiones técnico-militares. Aun la misma posición geográfica de un Estado nacional no precede sino sigue (lógicamente) las innovaciones estructurales, incidiendo sobre ellas sin embargo en cierta medida (precisamente en la medida en que las superestructuras inciden sobre la estructura, la política sobre la economía, etc.). Por otro lado, las relaciones internacionales inciden en forma pasiva o activa sobre las relaciones políticas (de hegemonía de los partidos). Cuanto más subordinada a las relaciones internacionales está la vida económica inmediata de una nación, tanto más un partido determinado representa esta situación y la explota para impedir el adelanto de los partidos adversarios (pre- recordar el famoso discurso de Nitti sobre la revolución italiana *técnicamente* imposible!). De esta serie de datos se puede llegar a la conclusión de que con frecuencia el llamado "partido del extranjero" no es precisamente aquel que es vulgarmente indicado como tal, sino el partido más nacionalista que, en realidad, más que a las fuerzas vitales del propio país, representa la subordinación y el sometimiento económico a las naciones o a un grupo de naciones hegemónicas.¹¹

Es el problema de las relaciones entre estructura y superestructuras el que es necesario plantear exactamente y resolver para llegar a un análisis justo de las fuerzas que operan en la historia de un período determinado y definir su relación. Es preciso moverse en el ámbito de dos principios: 1) ninguna sociedad se propone tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes o no estén, al menos, en vía de aparición y de desarrollo; 2) ninguna sociedad desaparece y puede ser sustituida si antes no desarrolló todas las formas de vida que están implícitas en sus

¹¹ Una mención a este elemento internacional "represivo" de las energías internas se encuentra en los artículos publicados por G. Volpe en el *Corriere della Sera* del 22 y 23 de marzo de 1932.

relaciones.¹² A partir de la reflexión sobre estos dos cánones se puede llegar al desarrollo de toda una serie de otros principios de metodología histórica. Sin embargo, en el estudio de una estructura es necesario distinguir los movimientos orgánicos (relativamente permanentes) de los movimientos que se pueden llamar "de coyuntura" (y se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales). Los fenómenos de coyuntura dependen también de movimientos orgánicos, pero su significado no es de gran importancia histórica; dan lugar a una crítica política mezquina, cotidiana, que se dirige a los pequeños grupos dirigentes y a las personalidades que tienen la responsabilidad inmediata del poder. Los fenómenos orgánicos dan lugar a la crítica histórico-social que se dirige a los grandes agrupamientos, más allá de las personas inmediatamente responsables y del personal dirigente. Al estudiar un período histórico aparece la gran importancia de esta distinción. Tiene lugar una crisis que a veces se prolonga por decenas de años. Esta duración excepcional significa que en la estructura se han revelado (maduraron) contradicciones incurables y que las fuerzas políticas, que obran positivamente en la conservación y defensa de la estructura misma, se esfuerzan sin embargo por sanear y por superar dentro de ciertos límites. Estos esfuerzos incesantes y perseverantes (ya que ninguna forma social querrá confesar jamás que está superada) forman el terreno de lo "ocasional" sobre el cual se organizan las fuerzas antagónicas que tienden a demostrar (demostración que en última instancia se logra y es "verdadera" si se transforma en una nueva realidad, si las fuerzas antagónicas triunfan; pero inmediatamente se desarrollan una serie de polémicas ideológicas, religiosas, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., cuyo carácter concreto es valorable en la medida en que son convincentes y desplazan la anterior disposición de las fuerzas sociales) que existen ya las condiciones necesarias y suficientes para que determinadas tareas puedan y por consiguieren-

¹² "Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo nacen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización" (Marx, "Prólogo" a la *Crítica de la Economía Política*).

te deban ser resueltas históricamente (en cuanto todo venir a menos del deber histórico aumenta el desorden necesario y prepara catástrofes más graves).

El error en que se cae frecuentemente en el análisis histórico-político consiste en no saber encontrar la relación justa entre lo orgánico y lo ocasional. Se llega así a exponer como inmediatamente activas causas que operan en cambio de una manera mediata, o por el contrario a afirmar que las causas inmediatas son las únicas eficientes. En un caso se tiene un exceso de "economismo" o de doctrinarismo pedante; en el otro, un exceso de "ideologismo"; en un caso se sobreestiman las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento voluntarista e individual. La distinción entre "movimientos" y hechos orgánicos y de "coyuntura" u ocasionales debe ser aplicada a todas las situaciones, no sólo a aquellas en donde se verifica un desarrollo regresivo o de crisis aguda, sino también a aquellas en donde se verifica un desarrollo progresivo o de prosperidad y a aquellas en donde tiene lugar un estancamiento de las fuerzas productivas. El nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimientos y, en consecuencia, de investigación, es difícilmente establecido con exactitud; y si el error es grave en la historiografía, es aún más grave en el arte político, cuando no se trata de reconstruir la historia sino de construir la presente y la futura.¹³ Son los mismos deseos de los hombres y sus pasiones menos nobles e inmediatas las causas del error, en cuanto se superponen al análisis objetivo e imparcial y esto ocurre no como un "medio" consciente para estimular a la acción sino como un autoengaño. La serpiente, también en este caso, muerde al char-

¹³ El hecho de no haber considerado el elemento inmediato de las "relaciones de fuerza" está vinculado a residuos de la concepción liberal vulgar, de la cual el sindicalismo es una manifestación que creía ser más avanzada cuando en realidad daba un paso atrás. En efecto, la concepción liberal vulgar, dando importancia a la relación de las fuerzas políticas organizadas en las diversas formas de partido (lectores de periódicos, elecciones parlamentarias y locales, organizaciones de masa de los partidos y de los sindicatos en sentido estricto) era más avanzada que el sindicalismo que daba una importancia primordial a la relación fundamental económica-social y sólo a ésta. La concepción liberal vulgar tenía en cuenta también, en forma implícita, tales relaciones (como tantos elementos lo demuestran) pero insistía sobre todo en la relación de las fuerzas políticas, que eran una expresión de las otras y que en realidad las contenían. Estos residuos de la concepción liberal vulgar se pueden hallar en toda una serie de exposiciones que se dicen ligadas a la filosofía de la praxis y que facilitaron el desarrollo de formas infantiles de optimismo y de necedad.

latán, o sea, el demagogo es la primera víctima de su demagogia.

Estos criterios metodológicos pueden adquirir visible y didácticamente todo su significado si se aplican al examen de los hechos históricos concretos. Se lo podría hacer con utilidad en el caso de los acontecimientos desarrollados en Francia de 1789 a 1870. Me parece que para mayor claridad en la exposición sería necesario abrazar todo este período. En efecto, sólo en 1870-71 con la tentativa de la Comuna, se agotan históricamente todos los gérmenes nacidos en 1789, lo cual significa que la nueva clase que lucha por el poder no sólo derrota a los representantes de la vieja sociedad que se niegan a considerarla perimida, sino también a los grupos más nuevos que consideran como superada también la nueva estructura surgida de los cambios promovidos en 1789. Dicha clase demuestra así su vitalidad frente a lo viejo y frente a lo más nuevo. Además, en 1870-71 pierde eficacia el conjunto de principios de estrategia y de táctica política nacidos prácticamente en 1789 y desarrollados en forma ideológica alrededor de 1848 (y que se resumen en la fórmula de "revolución permanente".* Sería interesante estudiar cuánto de esta fórmula ha pasado a la estrategia mazziniana —en el caso, por ejemplo, de la insurrección de Milán de 1853— y si ocurrió en forma consciente o no). Un elemento que muestra lo acertado de este punto de vista es el hecho de que los historiadores no están en absoluto de acuerdo (y es imposible que lo estén) cuando se trata de fijar los límites del conjunto de acontecimientos que constituyen la Revolución Francesa. Para algunos (Salvemini, por ejemplo) la re-

* La expresión "revolución permanente" se encuentra en el *Mensaje del Consejo Central a la Liga de los Comunistas*. (Véase K. Marx, *Revelaciones sobre el proceso a los comunistas*, Lautaro, 1946, pp. 201 y 209): "Nuestro deber es el de lograr la revolución permanente" [...] "su grito de guerra debe ser: ...la revolución en permanencia". De esta consigna de la revolución de 1848 Trotski partió para elaborar su teoría fundamental de la revolución permanente, criticada por Gramsci en diversas partes de esta obra y en los demás *Cuadernos de la cárcel*. En una nota de *Passato e Presente*, p. 71, titulada "Pasado de la guerra de movimiento (y del ataque frontal) a la guerra de posición, también en el terreno político", Gramsci considera a Trotski como "el teórico político del ataque frontal en un período en que este tipo de ataque sólo puede conducir a la derrota". Enemigo declarado de las revoluciones democráticas, basadas en un amplio frente de clases, Trotski proclama la necesidad de la revolución socialista mundial y combate la tesis del "socialismo en un solo país". Al respecto, ver más adelante el escrito de Gramsci "Internacionalismo y política nacional". (N. del T.)

volución se cumplió en Valmy. Francia creó el Estado nuevo y supo organizar la fuerza político-militar que afirmó y defendió su soberanía territorial. Otros consideran que la Revolución continúa hasta Thermidor, o mejor, hablan de varias revoluciones (el 10 de agosto sería una revolución en sí, etc.)¹⁴ El modo de interpretar a Thermidor y la obra de Napoleón, ofrece las más ásperas contradicciones: ¿se trata de una revolución o de una contrarrevolución? Según otros, la historia de la revolución continúa hasta 1830, 1848, 1870 y aun hasta la guerra mundial de 1914. En todos estos puntos de vista existe una parte de verdad. En realidad, las contradicciones internas de la estructura social francesa, que se desarrollan después de 1789, sólo encuentran un equilibrio relativo con la tercera república y Francia conoce entonces sesenta años de vida política equilibrada luego de ochenta años de conmociones producidas en oleadas cada vez más espaciadas: 1789, 1794, 1804, 1815, 1830, 1848, 1870. El estudio de estas "oleadas" de amplitudes diferentes es precisamente lo que permite reconstruir las relaciones entre estructura y superestructura por un lado, y por el otro, entre el desarrollo del movimiento orgánico y del movimiento coyuntural de la estructura. Se puede decir, por lo tanto, que la mediación dialéctica entre los dos principios metodológicos enunciados al comienzo de esta nota puede encontrarse en la fórmula política-histórica de la revolución permanente.

Un aspecto del mismo problema es la llamada cuestión de las relaciones de fuerza. Se lee con frecuencia en las narraciones históricas la expresión genérica: "relaciones de fuerza favorables, desfavorables a tal o cual tendencia". Planteada así, en abstracto, esta fórmula no explica nada o casi nada, porque no se hace más que repetir el hecho que debe explicarse presentándolo una vez como hecho y otra como ley abstracta o como explicación. El error teórico consiste, por lo tanto, en ofrecer como "causa histórica" un canon de búsqueda y de interpretación.

En la "relación de fuerza", mientras tanto, es necesario distinguir diversos momentos o grados, que en lo fundamental son los siguientes:

1) Una relación de fuerzas sociales estrechamente ligadas a la estructura, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres, que puede ser medida con los sistemas de las ciencias exactas o fi-

¹⁴ Cfr. *La Révolution Française*, de A. Mathiez, colección Armand Colin [trad. cast.: *La Revolución Francesa*, 3 t., Labor, Barcelona, 1935. N. del T.].

sicas. Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción se dan los grupos sociales, cada uno de los cuales representa una función y tiene una posición determinada en la misma producción. Esta relación es lo que es, una realidad rebelde: nadie puede modificar el número de las empresas y de sus empleados, el número de las ciudades y de la población urbana, etc. Esta fundamental disposición de fuerzas permite estudiar si existen en la sociedad las condiciones necesarias y suficientes para su transformación, es decir, permite controlar el grado de realismo y de posibilidades de realización de las diversas ideologías que nacieron en ella misma, en el terreno de las contradicciones que generó durante su desarrollo.

2) Un momento sucesivo es la relación de las fuerzas políticas; es decir, la valoración del grado de homogeneidad, autoconciencia y organización alcanzado por los diferentes grupos sociales. Este momento, a su vez, puede ser analizado y dividido en diferentes grados que corresponden a los diferentes momentos de la conciencia política colectiva, tal como se manifestaron hasta ahora en la historia. El primero y más elemental es el económico-corporativo: un comerciante siente que *debe* ser solidario con otro comerciante, un fabricante con otro fabricante, etc., pero el comerciante no se siente aún solidario con el fabricante; o sea, es sentida la unidad homogénea del grupo profesional y el deber de organizarla pero no se siente aún la unidad con el grupo social más vasto. Un segundo momento es aquel en el que se logra la conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero todavía en el campo meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo en el terreno de lograr una igualdad político-jurídica con los grupos dominantes, ya que se reivindica el derecho a participar en la legislación y en la administración y hasta de modificarla, de reformarla, pero en los cuadros fundamentales existentes. Un tercer momento es aquel en el que se logra la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites de la corporación de grupo puramente económico y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, que señala el neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas. Es la fase en la cual las ideologías ya existentes se transforman en "partido", se confrontan y entran en lucha hasta que una sola de

ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no sobre un plano corporativo sino sobre un plano "universal" y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. El Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo; pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías "nacionales". El grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como una formación y una superación continua de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en donde los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo.

En la historia real estos momentos se influyen recíprocamente, en forma horizontal y vertical, por así expresarlo. Vale decir: según las actividades económicas sociales (horizontales) y según los territorios (verticales), combinándose y escindiéndose de diversas maneras; cada una de estas combinaciones puede ser representada por su propia expresión organizada, económica y política. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que estas relaciones internas de un Estado-Nación se confunden con las relaciones internacionales, creando nuevas combinaciones originales e históricamente concretas. Una ideología nacida en un país muy desarrollado se difunde en países menos desarrollados, incidiendo en el juego local de las combinaciones.¹⁵

¹⁵ La religión, por ejemplo, ha sido siempre una fuente para tales combinaciones ideológico-políticas nacionales e internacionales, y con la religión las otras formaciones internacionales, la masonería, el Rotary Club, los judíos, la diplomacia de carrera, que sugieren expedientes políticos de diversos orígenes históricos y los hacen triunfar en determinados países, funcionando como partido político internacional que opera en cada nación con todas sus fuerzas internacionales concentradas. Religión, masonería, Rotary, judíos, etc., pueden entrar en la categoría social de los "intelectuales", cuya función, en escala internacional, es la de mediar los extremos, la de "socializar" los expedientes

Esta relación entre fuerzas internacionales y fuerzas nacionales se complica aún más por la existencia, en el interior de cada Estado, de muchas secciones territoriales, de estructuras diferentes y de relaciones de fuerza también diferentes en todos los grados (la Vendée, por ejemplo, estaba aliada a las fuerzas reaccionarias y las representaba en el seno de la unidad territorial francesa. Del mismo modo, Lyon, en la Revolución francesa, presentaba un núcleo particular de relaciones).

3) El tercer momento es el de la relación de las fuerzas militares, inmediatamente decisivo según las circunstancias. (El desarrollo histórico oscila continuamente entre el primer y el tercer momento, con la mediación del segundo.) Pero este no es un momento de carácter indistinto e identificable inmediatamente en forma esquemática. También en él se pueden distinguir dos grados: uno militar en sentido estricto, o técnico-militar, y otro que puede denominarse político-militar. En el curso del desarrollo histórico, estos dos grados se presentaron en una gran variedad de combinaciones. Un ejemplo típico que puede servir como demostración-límite, es el de la relación de opresión militar de un Estado sobre una nación que trata de lograr su independencia estatal. La relación no es puramente militar, sino político-militar; y, en efecto, un tipo tal de opresión sería inexplicable sin el estado de disgregación social del pueblo oprimido y la pasividad de su mayoría; por lo tanto la independencia no podrá ser lograda con fuerzas puramente militares, sino militares y político-militares. En efecto, si la nación oprimida, para iniciar la lucha por la independencia, tuviese que esperar que el Estado hegemónico le permita organizar un ejército propio en el sentido estricto y técnico de la palabra, tendría que esperar bastante (puede ocurrir que la reivindicación de un ejército propio sea satisfecha por la nación hegemónica, pero esto significa que una gran parte de la lucha ya ha sido desarrollada y vencida en el terreno político-militar). La nación oprimida, por lo tanto, opondrá inicialmente a la fuerza militar hegemónica una fuerza que será sólo "político-militar", o sea, una forma de acción política que posea la virtud de determinar reflejos de carácter militar en el sentido: 1) de que sea eficiente para disgregar íntimamente la eficacia bélica de la nación hegemónica; 2) que cons-

técnicos que hacen funcionar toda actividad de dirección, la de encontrar los compromisos y los medios de escapar a las soluciones extremas.

triña a la fuerza militar hegemónica a diluirse y dispersarse en un gran territorio, anulando en gran parte su capacidad bélica. En el Risorgimento italiano, se evidencia la trágica ausencia de una dirección político-militar, especialmente en el Partido de Acción (por incapacidad congénita), pero también en el Partido piemontés-moderado, tanto antes como después de 1848, no ciertamente por incapacidad, sino por "malthusianismo económico-político", esto es, porque no se quería ni siquiera mencionar la posibilidad de una reforma agraria y porque no se deseaba la convocatoria de una asamblea nacional constituyente y sólo se tendía a que la monarquía piemontesa, sin condiciones o limitaciones de origen popular, se extendiese por toda Italia mediante la simple sanción de los plebiscitos regionales.

Otra cuestión ligada a las precedentes es la de determinar si las crisis históricas fundamentales son provocadas inmediatamente por las crisis económicas. La respuesta a la cuestión está contenida en forma implícita en los párrafos precedentes, donde se tratan cuestiones que no son más que otra manera de presentar las que tratamos ahora aquí. Sin embargo, es siempre necesario por razones didácticas, dado el público a las que están dirigidas, examinar toda forma de presentarse de una misma cuestión como si fuese un problema independiente y nuevo. Se puede excluir que las crisis económicas produzcan, por sí mismas, acontecimientos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que hacen a todo el desarrollo ulterior de la vida estatal. Por otro lado, todas las afirmaciones que conciernen a los períodos de crisis o de prosperidad pueden dar lugar a juicios unilaterales. En su compendio de historia de la Revolución francesa, Mathiez, oponiéndose a la vulgar historia tradicional que *a priori* "encuentra" una crisis coincidente con la gran ruptura del equilibrio social, afirma que hacia 1879 la situación económica era más bien buena en lo inmediato, por lo que no puede decirse que la catástrofe del Estado absoluto sea debida a una crisis de empobrecimiento. Es necesario observar que el Estado estaba enfrentado a una mortal crisis financiera y se planteaba la cuestión de saber sobre cuál de los tres estratos sociales privilegiados debían recaer los sacrificios y las cargas para poner en orden las finanzas del Estado y del rey. Además, si bien la posición económica de la burguesía era floreciente, no era buena por cierto la situación de las clases populares

de la ciudad y del campo, especialmente de aquéllas, atormentadas por una miseria endémica. En todo caso, la ruptura del equilibrio de fuerzas no ocurre por causas mecánicas inmediatas de empobrecimiento del grupo social que tiene interés en romper el equilibrio y de hecho lo rompe; ocurre, por el contrario, en el cuadro de conflictos superiores al mundo económico inmediato, vinculados al "prestigio" de clase (intereses económicos futuros), a una exasperación del sentimiento de independencia, de autonomía y de poder. La cuestión particular del malestar o bienestar económico como causa de nuevas realidades históricas es un aspecto parcial de la cuestión de las relaciones de fuerzas en sus diversos grados. Pueden producirse novedades tanto porque una situación de bienestar está amenazada por el egoísmo mezquino de un grupo adversario, como porque el malestar se ha hecho intolerable y no se vislumbra en la vieja sociedad ninguna fuerza que sea capaz de mitigarlo y de restablecer una normalidad a través de medios legales. Se puede decir, por lo tanto, que todos estos elementos son la manifestación concreta de las fluctuaciones de coyuntura del conjunto de las relaciones sociales de fuerzas, sobre cuyo terreno adviene el pasaje de éstas a relaciones políticas de fuerzas para culminar en la relación militar decisiva.

Si falta este proceso de desarrollo que permite pasar de un momento al otro, y si es esencialmente un proceso que tiene por actores a los hombres y su voluntad y capacidad, la situación permanece sin cambios, y pueden darse conclusiones contradictorias. La vieja sociedad resiste y se asegura un período de "respiro", exterminando físicamente a la *élite* adversaria y aterrorizando a las masas de reserva; o bien ocurre la destrucción recíproca de las fuerzas en conflicto con la instauración de la paz de los cementerios y, en el peor de los casos, bajo la vigilancia de un centinela extranjero.

Pero la observación más importante que surge a propósito de todo análisis concreto de las relaciones de fuerzas, es la siguiente: que tales análisis no pueden ni deben convertirse en fines por sí mismos (a menos que se escriba un capítulo de historia del pasado) y que adquieren un significado sólo en cuanto sirven para justificar una acción práctica, una iniciativa de voluntad. Ellos muestran cuáles son los puntos de menor resistencia donde la fuerza de la voluntad puede ser aplicada de manera más fructífera, sugieren las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede

lanzar eficazmente una campaña de agitación política, qué lenguaje será el que comprenderán mejor las multitudes, etc. El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta desde hace mucho a la que se puede llevar adelante cuando se juzga que una situación es favorable (y lo es sólo en la medida en que una fuerza semejante existe y está impregnada de ardor combativo). Es por ello una tarea esencial velar sistemática y pacientemente por formar, desarrollar y tornar cada vez más homogénea, compacta y consciente de sí misma a esta fuerza. Esto se ve en la historia militar y en el cuidado con que en todas las épocas los ejércitos fueron preparados para iniciar una guerra en cualquier momento. Los grandes Estados han llegado a serlo precisamente porque en todo momento estaban preparados para insertarse eficazmente en las coyunturas internacionales favorables y éstas lo eran porque ofrecían la posibilidad concreta de insertarse eficazmente en ellas.

Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en los períodos de crisis orgánica. En cierto momento de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales. Esto significa que los partidos tradicionales, con la forma de organización que presentan, con los determinados hombres que los constituyen, representan y dirigen, ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella. Cuando estas crisis se manifiestan, la situación inmediata se torna delicada y peligrosa, porque el terreno es propicio para soluciones de fuerza, para la actividad de oscuras potencias representadas por hombres providenciales o carismáticos.

¿Cómo se forman estas situaciones de contraste entre “representados y representantes” que desde el terreno de los partidos (organizaciones de partido en sentido estricto, campo electoral-parlamentario, organización periodística) se transmiten a todo el organismo estatal, reforzando la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de las altas finanzas, de la Iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes de las fluctuaciones de la opinión pública? En cada país el proceso es diferente, aunque el contenido sea el mismo. Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que se produce o bien porque dicha clase fracasó en alguna gran empresa política para la

cual requirió o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas (la guerra, por ejemplo), o bien porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeños burgueses intelectuales) pasaron de golpe de la pasividad a una cierta actividad y plantearon reivindicaciones que en su caótico conjunto constituyen una revolución. Se habla de “crisis de autoridad” y esto es justamente la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto.

La crisis crea peligrosas situaciones inmediatas porque los diversos estratos de la población no poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo. La clase dirigente tradicional, que tiene un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reasume el control que se le estaba escapando con una celeridad mayor de cuanto ocurre en las clases subalternas; si es necesario hace sacrificios, se expone a un porvenir oscuro cargado de promesas demagógicas, pero se mantiene en el poder, lo refuerza por el momento y se sirve de él para destruir al adversario y dispersar a su personal directivo que no puede ser muy numeroso y adiestrado. El pasaje de las masas de muchos partidos bajo la bandera de un partido único, que representa mejor y resume las necesidades de toda la clase, es un fenómeno orgánico y normal, aunque su ritmo sea rapidísimo y casi fulminante en relación a las épocas tranquilas. Representa la fusión de todo un grupo social bajo una dirección única considerada como la única capaz de resolver un grave problema existente y alejar un peligro mortal. Cuando la crisis no encuentra esta solución orgánica, sino la solución del jefe carismático, ello significa que existe un equilibrio estático (cuyos factores pueden ser eliminados, prevaleciendo sin embargo la inmadurez de las fuerzas progresistas), que ningún grupo, ni el conservador ni el progresista, tiene fuerzas como para vencer, y que el mismo grupo conservador tiene necesidad de un jefe.¹⁶

Este tipo de fenómenos está vinculado a una de las cuestiones más importantes que conciernen a los partidos políticos: a la capacidad del partido de reaccionar contra el espíritu de rutina, contra la tendencia a anquilosarse y a devenir anacrónico. Los partidos nacen y se constituyen en organizaciones para dirigir las situaciones en momentos históricamente vitales para sus clases; pero no siempre saben adaptarse a las nuevas tareas y a las nuevas épocas,

¹⁶ Cfr. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

no siempre saben adecuarse al ritmo de desarrollo del conjunto de las relaciones de fuerza (y por ende de la posición relativa de sus clases) en un país determinado o en el campo internacional. Cuando se analizan estos desarrollos de los partidos, es preciso distinguir el grupo social, la masa de los partidos, la burocracia y el Estado Mayor de los partidos. La burocracia es la fuerza consuetudinaria y conservadora más peligrosa; si ella termina por constituir un cuerpo solidario y aparte y se siente *independiente* de la masa, el partido se convierte en anacrónico y en los momentos de crisis aguda desaparece su contenido social y queda como en las nubes. Véase lo ocurrido a una serie de partidos alemanes con la expansión del hitlerismo. Los partidos franceses constituyen un campo rico para tales investigaciones: todos ellos son anacrónicos y están anquilosados, son documentos histórico-políticos de las diversas fases de la historia pasada de Francia, que repiten una terminología envejecida; su crisis puede llegar a ser aún más catastrófica que la de los partidos alemanes.

Al examinar este tipo de acontecimientos no se da habitualmente una adecuada ubicación al elemento burocrático, civil y militar y no se tiene presente, además, que en tales análisis no deben entrar solamente los elementos militares y burocráticos en acción, sino también los estratos sociales entre los cuales, en los complejos estatales que estamos considerando, se recluta tradicionalmente la burocracia. Un movimiento político puede ser de carácter militar aunque el ejército como tal no participe allí abiertamente. Un gobierno puede ser de carácter militar aunque el ejército como tal no participe en el gobierno. En determinadas circunstancias puede ocurrir que convenga no "descubrir" al ejército, no hacerlo salir de la constitucionalidad o, como se dice, no llevar la política entre los soldados, para mantener la homogeneidad entre oficiales y soldados en un terreno de aparente neutralidad y superioridad, más allá de las facciones. Y sin embargo, es el ejército, es decir el Estado Mayor y la oficialidad, quien determina la nueva situación y la domina. Por otro lado, no es cierto que el ejército, según la Constitución, jamás deba hacer política. El ejército debe justamente defender la Constitución, esto es, la forma legal del Estado, con sus instituciones conexas. De allí que la llamada neutralidad significa solamente el apoyo a la parte más reaccionaria. Pero en tales situaciones es necesario plantear la cuestión de esta manera para impedir que en el ejército se re-

produzcan las divergencias del país y desaparezca en consecuencia el poder determinante del Estado Mayor a causa de la disgregación del instrumento militar. Todos estos elementos de observación no son, por cierto, absolutos; tienen un peso muy diferente según los momentos históricos y según los países.

La primera investigación a realizar es la siguiente: ¿existe en algún país un estrato social generalizado para el cual la carrera burocrática, civil y militar, sea un elemento muy importante de vida económica y de afirmación política (participación efectiva en el poder, aunque sea indirectamente, por "chantaje")? En la Europa moderna, este estrato se puede identificar en la burguesía rural media y pequeña, que está más o menos difundida en los diversos países según el desarrollo de las fuerzas industriales por un lado, y de la reforma agraria por el otro. Ciertamente, la carrera burocrática (civil y militar) no es un monopolio de este estrato social. Sin embargo, le es particularmente adecuada debido a la función social que este estrato desempeña y a las tendencias psicológicas que la función determina o favorece. Estos dos elementos dan al conjunto del grupo social una cierta homogeneidad y energía en la dirección y, por ende, un valor político y una función frecuentemente decisiva en el conjunto del organismo social. Los miembros de este grupo están habituados a mandar directamente a núcleos de hombres, aunque sean a veces exiguos, y a mandar desde un punto de vista "político", no "económico"; es decir, que en su arte de dirección no hay una aptitud para ordenar las "cosas", para ordenar "hombres y cosas" en un todo orgánico, como ocurre en la producción industrial, porque este grupo no tiene funciones económicas en el sentido moderno del término. Tiene una renta porque jurídicamente es propietario de una parte del suelo nacional y su función consiste en impedir "políticamente" al campesino cultivador mejorar su propia existencia, porque todo mejoramiento de la posición relativa del campesino sería catastrófica para su posición social. La miseria crónica y el trabajo prolongado del campesino, con el consiguiente embrutecimiento, constituyen para él una necesidad primordial. Por ello despliega la máxima energía en la resistencia y en el contraataque a la menor tentativa de organización autónoma del trabajo campesino y a todo movimiento cultural campesino que escape del ámbito de la religión oficial. Este grupo social encuentra sus límites y las razones de su debilidad intrínseca en su dispersión territorial y en la "falta de

homogeneidad" que está vinculada estrechamente a tal dispersión; esto explica también otras características como la volubilidad, la multiplicidad de los sistemas ideológicos seguidos, la misma rareza de las ideologías a veces adoptadas. La voluntad está orientada hacia un fin, pero es lenta y necesita, por lo general, de un largo proceso para centralizarse organizada y políticamente. El proceso se acelera cuando la "voluntad" específica de este grupo coincide con la voluntad y los intereses inmediatos de la clase alta; no sólo el proceso se acelera sino que se manifiesta de inmediato la "fuerza militar" de este estrato, que a veces, estando organizada, dicta su ley a la clase alta, al menos en lo que respecta a la "forma" de la solución, si no al contenido. Se ven aquí actuar las mismas leyes observadas en las relaciones ciudad-campo en lo que respecta a las clases subalternas: la fuerza de la ciudad se transforma automáticamente en fuerza del campo, pero ya que en el campo los conflictos asumen de inmediato una forma aguda y "personal", por la ausencia de márgenes económicos y de la presión normalmente más fuerte que se ejerce de arriba hacia abajo, en el campo los contraataques deben ser más rápidos y decisivos. El grupo en cuestión comprende y ve que el origen de sus males está en la ciudad, en la fuerza de las ciudades y por ello comprende que "debe" dictar la solución a las clases altas urbanas, a fin de que el foco principal sea apagado, aunque esto no convenga de inmediato a las altas clases urbanas, ya sea porque es demasiado dispendioso o porque a la larga se transforma en peligroso (estas clases parten de la visión de ciclos más amplios de desarrollo, en los cuales es posible maniobrar, y no solamente del interés "físico" inmediato). En este sentido debe entenderse la función directiva del estrato en cuestión y no en un sentido absoluto; sin embargo no es poca cosa.¹⁷ Es preciso anotar cómo el carácter "militar" de dicho grupo social, que tradicionalmente era un reflejo espontáneo de ciertas condiciones de existencia, es ahora conscientemente educado

¹⁷ Un reflejo de este grupo se ve en la actividad ideológica de los intelectuales conservadores de derecha. El libro de Gaetano Mosca, *Teorica dei governi e governo parlamentare* (2ª ed., 1925, 1ª ed., 1883), puede servir de ejemplo al respecto; desde 1883 Mosca estaba aterrorizado por un posible contacto entre la ciudad y el campo. Mosca, por su posición defensiva (de contraataque) comprendía mejor en 1883 la técnica de la política de las clases subalternas que la comprensión que tenían de ella, aun muchas decenas de años después, los representantes de estas fuerzas subalternas, comprendidas las urbanas.

y preparado en forma orgánica. En este movimiento consciente entran los esfuerzos sistemáticos para hacer surgir y para mantener de una manera estable las diferentes asociaciones de militares en retiro y de ex combatientes de los diferentes cuerpos y armas, especialmente de oficiales, que están ligados a los Estados Mayores y pueden ser movilizados oportunamente sin necesidad de movilizar el ejército de leva, que mantendría así su carácter de reserva de alarma, reforzada e inmunizada contra la descomposición política por estas fuerzas "privadas" que no podrán dejar de influir en su "moral", sosteniéndola y robusteciéndola. Puede decirse que se verifica un movimiento de tipo "cosaco", no en formaciones escalonadas a lo largo de la frontera nacional, como ocurría con los cosacos zaristas, sino a lo largo de las "fronteras" de cada grupo social.

En toda una serie de países, por lo tanto, la influencia del elemento militar en la vida estatal no significa sólo influencia y peso del elemento técnicomilitar, sino también influencia y peso del estrato social de donde el elemento técnicomilitar (sobre todo de los oficiales subalternos) extrae su origen. Esta serie de observaciones son indispensables para analizar el aspecto más íntimo de aquella determinada forma política que suele llamarse cesarismo o bonapartismo, para distinguirla de otras formas, en las cuales el elemento técnicomilitar como tal predomina bajo formas quizá más visibles y exclusivas.

España y Grecia ofrecen dos ejemplos típicos, con elementos similares y disímiles. Para España es necesario tener en cuenta algunas particularidades: extensión del territorio y escasa densidad de la población campesina. Entre el noble latifundista y el campesino no existe una numerosa burguesía rural; tiene, por consiguiente, una escasa importancia la oficialidad subalterna como fuerza en sí (tenía en cambio una cierta importancia antagónica la oficialidad de las armas sabias: artillería e ingenieros, de origen burgués urbano, que se oponía a los generales e intentaba tener una política propia). Los gobiernos militares son por lo tanto gobiernos de "grandes" generales. Pasividad de las masas campesinas como ciudadanía y como tropa. Si en el ejército se verifica la segregación política, es en un sentido vertical, no horizontal, por la competencia de los clanes dirigentes: la tropa se separa para seguir a los jefes en lucha entre sí. El gobierno militar es un paréntesis entre dos gobiernos constitucionales; el elemento militar es la re-

serva permanente del orden, es una fuerza que opera de "manera pública" cuando la "legalidad" está en peligro. Lo mismo ocurre en Grecia, con la diferencia de que el territorio griego se extiende en un sistema de islas y que una parte de la población más enérgica y activa está siempre sobre el mar, lo cual hace más fácil la intriga y el complot militar. El campesino griego es pasivo como el español, pero en el cuadro de la población total, al ser el griego más activo y enérgico y a la vez marino, es decir al estar casi siempre lejos de su centro de vida política, la pasividad general debe ser analizada en forma diferente y la solución del problema no puede ser la misma (los fusilamientos de los miembros de un gobierno derrocado, ocurridos en Grecia hace algunos años, deben ser explicados quizás como un arrebato de cólera de este elemento enérgico y activo que quiere dar una lección sangrienta). Debe subrayarse especialmente el hecho de que en Grecia y en España la experiencia del gobierno militar no ha creado una ideología política y social permanente y orgánica desde un punto de vista formal, como ocurre en cambio en los países potencialmente bonapartistas, por así decir. Pero las condiciones históricas generales de los dos tipos son las mismas: equilibrio de los grupos urbanos en lucha, lo cual impide el juego de la democracia "normal", el parlamentarismo; es diferente, sin embargo, la influencia del campo en este equilibrio. En los países como España, el campo, completamente pasivo, permite a los generales de la nobleza terrateniente servirse políticamente del ejército para restablecer el equilibrio amenazado, o sea la supremacía de las clases altas. En otros países, el campo no es pasivo, pero su movimiento, desde el punto de vista político, no está coordinado con el movimiento urbano: el ejército debe permanecer neutral ya que es posible que de otra manera se disgregue horizontalmente (permanecerá neutral hasta cierto punto, se entienda), y entra en cambio en acción la clase militar burocrática, que, con medios militares, sofoca el movimiento del campo (más peligroso en lo inmediato). Tal sector logra en esta lucha una cierta unificación política e ideológica, encuentra aliados en las clases medias urbanas (medias en sentido italiano) reforzadas por los estudiantes de origen rural que están en la ciudad, impone sus métodos políticos a las clases altas, que deben hacerle muchas concesiones y permitir una determinada legislación favorable; logra hasta cierto punto impregnar al Estado de sus intereses y sustituir una parte del personal dirigente, con-

tinuando armado bajo el desarme general y amenazando con el peligro de una guerra civil entre sus tropas y el ejército de leva si la clase alta muestra demasiada veleidad de resistencia. Estas observaciones no deben ser concebidas como esquemas rígidos, sino únicamente como criterios prácticos de interpretación histórica y política. En los análisis concretos de los acontecimientos reales las formas históricas están bien caracterizadas y son casi "únicas". César representa una combinación de circunstancias reales muy diferentes de las representadas por Napoleón I, así como las de Primo de Rivera difieren de las de Zivkovitch, etc.

En el análisis del tercer grado o momento del sistema de las relaciones de fuerzas existentes en una situación determinada, se puede recurrir con utilidad al concepto que, en la ciencia militar, se denomina "coyuntura estratégica", o sea, con mayor precisión, el grado de preparación estratégica del teatro de la lucha, uno de cuyos elementos principales está dado por las condiciones cualitativas del personal dirigente y de las fuerzas activas que se pueden llamar de primera línea (comprendidas también las de asalto). El grado de preparación estratégica puede dar la victoria a fuerzas "aparentemente" (es decir cuantitativamente) inferiores a las adversarias. Se puede decir que la preparación estratégica tiende a reducir a cero los llamados "factores imponderables", esto es, las reacciones inmediatas y sorpresivas de parte, en un momento dado, de las fuerzas tradicionalmente inertes y pasivas. Entre los elementos de la preparación de una coyuntura estratégica favorable deben incluirse justamente aquellos considerados en las observaciones sobre la existencia y la organización de un grupo militar junto al organismo técnico del ejército nacional.¹⁸

¹⁸ A propósito del "grupo militar" es interesante lo que escribe T. Tittoni en los "Ricordi personali di politica interna", *Nueva Antología*, 19-16 de abril de 1929. Tittoni cuenta que ha meditado sobre el hecho de que para reunir a la fuerza pública necesaria para hacer frente a los tumultos surgidos en una localidad, era necesario desguarnecer otras regiones: durante la semana roja de junio de 1914, para reprimir los motines de Ancona se había desguarnecido a Ravenna, donde luego el prefecto, privado de la fuerza pública, tuvo que encerrarse en la prefectura, abandonando la ciudad a los revoltosos. "Muchas veces me pregunté qué habría podido hacer el gobierno si un movimiento revolucionario hubiese surgido simultáneamente en toda la península." Tittoni propone al gobierno el enrolamiento de los "voluntarios del orden", ex combatientes organizados por oficiales retirados. El proyecto de Tittoni pareció digno de consideración, pero no tuvo continuadores.

Otros elementos pueden ser elaborados partiendo de este fragmento del discurso pronunciado en el Senado el 19 de mayo de 1932 por el Ministro de Guerra, general Gazzera (efr. *Corriere della Sera* del 20 de mayo): "El régimen disciplinario de nuestro ejército, gracias al fascismo, aparece hoy como norma directiva que tiene valor para toda la nación. Otros ejércitos han tenido y todavía conservan una disciplina formal y rígida. Nosotros tenemos siempre presente el principio de que el ejército está hecho para la guerra y que para ella debe prepararse; la disciplina de paz debe ser, por consiguiente, la misma que la de tiempo de guerra, encontrando esta última su fundamento espiritual en la época de paz. Nuestra disciplina se basa en un espíritu de cohesión entre los jefes y los simples soldados que es fruto espontáneo del sistema seguida. Este sistema ha resistido magníficamente durante una larga y durísima guerra hasta la victoria; es mérito del régimen fascista haber extendido a todo el pueblo italiano una tradición disciplinaria tan insigne. De la disciplina de cada uno depende el éxito de la concepción estratégica y de las operaciones tácticas. La guerra ha enseñado muchas cosas y entre ellas que hay una separación profunda entre la preparación de paz y la realidad de la guerra. Es cierto que cualquiera que sea la preparación, las operaciones iniciales de la campaña ponen a los beligerantes ante problemas nuevos que dan lugar a sorpresas de ambas partes. No es preciso sacar de esto la conclusión de que no sea útil tener una concepción a priori y que de la guerra pasada no se puede derivar ninguna enseñanza. Se puede obtener de ella una doctrina de guerra que debe ser entendida con disciplina intelectual y como medio para promover modos de razonamiento no discordantes y una uniformidad de lenguaje tal que permita a todos comprenderse y hacerse comprender. Si a veces la unidad de doctrina amenazó degenerar en esquematismo, se reaccionó de inmediato, imprimiendo a la táctica una rápida innovación, que era requerida también por los adelantos técnicos. Tales reglamentaciones, por consiguiente, no son estáticas, ni tradicionales como creen algunos. La tradición sólo es considerada como fuerza y los reglamentos están siempre en curso de revisión no por un deseo de cambio, sino para poder adecuarlos a la realidad". (Un ejemplo de "preparación de la coyuntura estratégica" se puede encontrar en las *Memorias* de Churchill, donde habla de la batalla de Jutlandia.)

El cesarismo. César, Napoleón I, Napoleón III, Cromwell, etc. Compilar un catálogo de los acontecimientos históricos que culminaron en una gran personalidad "heroica".

Se puede decir que el cesarismo expresa una situación en la cual las fuerzas en lucha se equilibran de una manera catastrófica, o sea de una manera tal que la continuación de la lucha no puede menos que concluir con la destrucción recíproca. Cuando la fuerza progresiva A lucha con la fuerza regresiva B, no sólo puede ocurrir que A venza a B o viceversa; puede ocurrir también que no venza ninguna de las dos, que se debiliten recíprocamente y que una tercera fuerza C intervenga desde el exterior dominando a lo que resta de A y de B. En Italia, luego de la muerte de Lorenzo el Magnífico,^o ocurrió precisamente eso.

Pero si bien el cesarismo expresa siempre la solución "arbitraria", confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectiva catastrófica, no siempre tienen el mismo significado histórico. Puede existir un cesarismo progresista y uno regresivo; y el significado exacto de cada forma de cesarismo puede ser reconstruido, en última instancia, por medio de la historia concreta y no a través de un esquema sociológico. El cesarismo es progresista cuando su intervención ayuda a las fuerzas progresivas a triunfar aunque sea con ciertos compromisos y temperamentos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a las fuerzas regresivas, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones, los cuales, sin embargo, tienen un valor, una importancia y un significado diferente que en el caso anterior. César y Napoleón I son ejemplos de cesarismo progresivo. Napoleón III y Bismarck de cesarismo regresivo.

Se trata de ver si en la dialéctica "revolución-restauración" es el elemento revolución o el elemento restauración el que prevalece, ya que es cierto que en el movimiento histórico jamás se vuelve atrás y no existen restauraciones *in toto*. Por otro lado, el cesarismo es una fórmula polémica-ideológica y no un canon de interpretación histórica. Se pueden dar soluciones cesaristas aun sin un César, sin una gran personalidad "heroica" y representativa. El sistema parlamentario dio también un mecanismo para tales solu-

^o A la muerte de Lorenzo el Magnífico (1492) se produce en Italia la ruptura del equilibrio existente entre los diversos Estados y se abre un período de decadencia total y de desmembramiento de la Península. (N. del T.)

ciones de compromiso. Los gobiernos "laboristas" de Mac-Donald eran hasta cierto punto soluciones de este tipo; el grado de cesarismo se intensificó cuando se formó el gobierno con Mac-Donald como presidente y la mayoría conservadora. Así en Italia, en octubre de 1922, hasta la separación de los "populares" * y luego gradualmente hasta el 3 de junio de 1925, y aun hasta el 8 de noviembre de 1926, se dio un movimiento político-histórico en el cual se sucedieron diversas formas de cesarismo hasta una forma más pura y permanente, aunque no inmóvil y estática. Todo gobierno de coalición es un grado inicial de cesarismo, que puede o no desarrollarse hasta los grados más significativos (naturalmente la opinión generalizada es, en cambio, la de que los gobiernos de coalición son el más "sólido baluarte" contra el cesarismo). En el mundo moderno, con sus grandes coaliciones de carácter económico-sindical y político de partido, el mecanismo del fenómeno cesarista es muy diferente del que existió en la época de Napoleón III. En el período hasta Napoleón III las fuerzas militares regulares o de línea constituirían un elemento decisivo para el advenimiento del cesarismo, que se verificaba a través de golpes de Estado bien precisos, con acciones militares, etc.

En el mundo moderno, las fuerzas sindicales y políticas, con medios financieros incalculables puestos a disposición de pequeños grupos de ciudadanos, complican el problema. Los funcionarios de los partidos y de los sindicatos económicos pueden ser corrompidos o aterrorizados, sin necesidad de acciones militares en vasta escala, tipo César o 18 Brumario. Se reproduce en este campo la misma situación examinada a propósito de la fórmula jacobino-cuarentiochesca de la llamada "revolución permanente". La técnica política moderna ha cambiado por completo luego de

* Después de la marcha sobre Roma y del triunfo de Mussolini, los "populares" (antecedentes directos del actual partido clerical italiano demócrata-cristiano) sumaron sus votos a los fascistas en las elecciones del 17 de noviembre de 1922, participando luego en el gobierno. Luego de algunas discrepancias entre el dirigente Don Sturzo y las altas jerarquías de la Iglesia, el partido decide presentarse en forma separada en las elecciones del 26 de enero de 1924, rechazando posteriormente su incorporación a un frente único de oposición al fascismo. El 3 de enero de 1925, el gobierno de Mussolini suprime la libertad de prensa y el 9 de noviembre de 1926, la Cámara de Diputados declara disueltos a los partidos de la oposición y expulsa de dicha Cámara a sus representantes. (N. del T.)

1848, luego de la expansión del parlamentarismo, del régimen de asociación sindical o de partido, de la formación de vastas burocracias estatales y "privadas" (político-privadas, de partido y sindicales) y las transformaciones producidas en la organización de la policía en sentido amplio, o sea, no sólo del servicio estatal destinado a la represión de la delincuencia, sin también del conjunto de las fuerzas organizadas del Estado y de los particulares para tutelar el dominio político y económico de las clases dirigentes. En este sentido, partidos "políticos" enteros y otras organizaciones económicas o de otro tipo deben ser considerados organismos de policía política, de carácter preventivo y de investigación. El esquema genérico de las fuerzas A y B en lucha con una perspectiva catastrófica, es decir, con la perspectiva de que no venza ninguna de las dos en la lucha por constituir (o reconstituir) un equilibrio orgánico del cual nace (puede nacer) el cesarismo, es precisamente una hipótesis genérica, un esquema sociológico (cómodo para el arte político). Esta hipótesis puede tornarse cada vez más concreta, elevarse a un grado mayor de aproximación a la realidad histórica concreta si se precisan algunos elementos fundamentales.

Así, hablando de A y de B se dijo solamente que se trataba de dos fuerzas, progresista una y regresiva la otra, pero en un sentido general. Se puede precisar de qué tipo de fuerzas progresistas o regresivas se trata y obtener así una mayor aproximación. En el caso de César o de Napoleón I, puede decirse que aun siendo A y B distintas y contradictorias, no eran sin embargo tales como para que no pudiesen en "absoluto" llegar a una fusión y una asimilación recíproca luego de un proceso molecular; lo cual en efecto ocurre, al menos en cierta medida (suficiente no obstante para los fines histórico-políticos del cese de la lucha orgánica fundamental y por ende de la superación de la fase catastrófica). Este es un elemento de mayor aproximación. Otro elemento es el siguiente: la fase catastrófica puede emerger por una deficiencia política "momentánea" de la fuerza dominante tradicional, y no ya por una deficiencia orgánica necesariamente insuperable. Hecho que se verificó en el caso de Napoleón III. La fuerza dominante en Francia de 1815 a 1848 se había escindido políticamente (facciosamente) en cuatro fracciones: legitimista, orleanista, bonapartista y jacobino-republicana. Las luchas internas de facción eran tales como para tornar posible el avance de

la fuerza antagónica B (progresista) en forma "precoz"; sin embargo, la forma social existente no había agotado aún sus posibilidades de desarrollo, como lo demostraron abundantemente los acontecimientos posteriores. Napoleón III representó (a su modo, según su estatura, que no era grande) estas posibilidades latentes e inmanentes; su cesarismo tuvo por consiguiente un colorido particular. El cesarismo de César y Napoleón I ha sido, por así decir, de carácter cuantitativo-cualitativo, o sea representó la fase histórica del paso de un tipo de Estado a otro tipo, un pasaje en el cual las innovaciones fueron tantas y de características tales como para representar una verdadera revolución. El cesarismo de Napoleón III fue única y limitadamente cuantitativo, no hubo un pasaje de un tipo de Estado a otro tipo de Estado, sino sólo una "evolución" del mismo tipo, según una línea ininterrumpida.

En el mundo moderno los fenómenos de cesarismo son totalmente diferentes tanto de los de tipo progresista César-Napoleón I, como también de aquellos del tipo Napoleón III, si bien se aproximan a estos últimos. En el mundo moderno el equilibrio de perspectivas catastróficas no se verifica entre fuerzas que en última instancia pudiesen fundirse y unificarse, aunque fuera luego de un proceso fatigoso y sangriento, sino entre fuerzas cuyo contraste es incurable desde un punto de vista histórico, y que se profundiza especialmente con el advenimiento de formas cesaristas. Sin embargo, el cesarismo tiene también en el mundo moderno un cierto margen, más o menos grande según los países y la fuerza que ellos posean en la estructura mundial, ya que una forma social "siempre" tiene posibilidades marginales de desarrollo ulterior y de sistematización organizativa y especialmente puede basarse en la relativa debilidad de la fuerza progresista antagónica, por la naturaleza y el modo peculiar de vida de la misma, debilidad que es necesario mantener: por ello se ha dicho que el cesarismo moderno es, más que militar, policial.

Sería un error de método (un aspecto del mecanicismo sociológico) considerar que en los fenómenos de cesarismo, tanto progresista como regresivo o de carácter intermedio episódico, todo el nuevo fenómeno histórico se deba al equilibrio de las fuerzas "fundamentales": es necesario ver también las relaciones existentes entre los grupos principales (de distintos géneros, social-económico y técnico-económico) de las clases fundamentales y las fuerzas auxiliares guiadas o sometidas a la influencia hegemónica. Así, no

se comprendería el golpe de Estado del 2 de diciembre sin estudiar la función de los grupos militares y de los campesinos franceses.

Un episodio histórico muy importante desde este punto de vista es, en Francia, el *affaire* Dreyfus; él también entra en esta serie de observaciones, no porque haya conducido al "cesarismo" sino justamente por lo contrario: porque impidió el advenimiento de un cesarismo que se estaba preparando y que tenía un carácter completamente reaccionario. Sin embargo, el movimiento Dreyfus es característico porque son los elementos del bloque social dominante quienes desbaratan el cesarismo de la parte más reaccionaria del mismo bloque, apoyándose no en los campesinos, en el campo, sino en los elementos subordinados de la ciudad guiados por el reformismo socialista (pero apoyándose también en la parte más avanzada del campesinado). Del tipo Dreyfus encontramos otros movimientos histórico-políticos modernos, que no son por cierto revoluciones, pero que tampoco son por completo reaccionarios, al menos en el sentido de que destruyen en el campo dominante las cristalizaciones estatales sofocantes e imponen en la vida del Estado y en las actividades sociales un personal diferente y más numeroso que el precedente. Estos movimientos pueden tener también un contenido relativamente "progresista" en cuanto indican que en la vieja sociedad existían en forma latente fuerzas activas que no habían sido explotadas por los viejos dirigentes; "fuerzas marginales", quizás, pero no absolutamente progresistas en cuanto no pueden "hacer época". Lo que las torna históricamente eficientes es la debilidad constructiva de la fuerza antagónica y no una fuerza íntima propia; de allí entonces que estén ligadas a una situación determinada de equilibrio de fuerzas en lucha, ambas incapaces de expresar en su propio campo una voluntad propia de reconstrucción.

Lucha política y guerra militar. En la guerra militar, logrado el fin estratégico de la destrucción del ejército enemigo y de la ocupación de su territorio, se da la paz. Es preciso señalar, por otro lado, que para que concluya la guerra basta con que el fin estratégico sea alcanzado sólo potencialmente; o sea basta con que no exista duda de que un ejército no puede combatir más y que el ejército victorioso "puede" ocupar el territorio enemigo. La lucha política es enormemente más compleja. En cierto sentido puede

ser parangonada con las guerras coloniales o con las viejas guerras de conquista, cuando el ejército victorioso ocupa o se propone ocupar en forma estable todo o una parte del territorio conquistado. Entonces, el ejército vencido es desarmado y dispersado, pero la lucha continúa en el terreno político y en el de la "preparación" militar.

Así, la lucha política de la India contra los ingleses (y en cierta medida de Alemania contra Francia o de Hungría contra la Pequeña Entente) conoce tres formas de guerras: de movimiento, de posición y subterránea. La resistencia pasiva de Gandhi es una guerra de posición, que en algunos momentos se convierte en guerra de movimiento y en otros en guerra subterránea: el boicot es guerra de posición, las huelgas son guerra de movimiento, la preparación clandestina de armas y de elementos combativos de asalto es guerra subterránea. Hay una forma de "arditismo",^o pero es empleada con mucha ponderación. Si los ingleses tuviesen la convicción de que se prepara un gran movimiento insurreccional destinado a destruir su actual superioridad estratégica (que consiste, en cierto sentido, en su posibilidad de maniobrar a través de líneas interiores y de concentrar sus fuerzas en el punto "esporádicamente" más peligroso) con el ahogamiento de masa (es decir, construyéndolos a diluir sus fuerzas en un teatro bélico generalizado en forma simultánea), les convendría *provocar* la salida prematura de las fuerzas combatientes indias para identificarlas y decapitar el movimiento general. Así, a Francia le convendría que la derecha nacionalista alemana fuese envuelta en un golpe de Estado aventurado que impulsara a la presunta organización militar ilegal a manifestarse prematuramente, permitiendo una intervención afortunada desde el punto de vista francés. He aquí por qué en estas formas mixtas de lucha, cuyo carácter militar es fundamental y el carácter político preponderante (toda lucha política tiene siempre un sustrato militar), el empleo de los "arditi" demanda un desarrollo táctico original, para cuya concepción la experiencia de guerra sólo puede dar un estímulo y no un modelo.

El problema de los *comitadjis* o balcánicos merece un trata-

^o Durante la guerra mundial (1915-1918) se denominó "arditi" a los grupos de élite especializados en las acciones rápidas y peligrosas, separados de la tropa por insignias diferentes y un régimen particular. (N. del T.)

^o Se llamaban así las bandas de combatientes irregulares que operaban en la península balcánica y preparaban la lucha contra los turcos. (N. del T.)

miento aparte, ya que están ligados a condiciones particulares del ambiente físico-geográfico regional, a la formación de las clases rurales e igualmente a la eficiencia real de los gobiernos. Lo mismo para el caso de las bandas irlandesas, cuya forma de guerra y de organización estaba ligada a la estructura social de ese país. Los *comitadjis*, los irlandeses y las otras formas de guerra de guerrillas deben ser separadas de la cuestión del arditismo, si bien parecen tener puntos de contacto con ella. Estas formas de lucha son propias de minorías débiles pero exasperadas, contra mayorías bien organizadas, mientras que el arditismo moderno presupone una gran reserva, inmovilizada por diversas razones pero potencialmente eficiente, que lo sostiene y lo alimenta con aportes individuales.

La relación existente en 1917-18 entre las formaciones de "arditi" y el ejército en su conjunto puede conducir y condujo ya a los dirigentes políticos a erróneas formulaciones en sus planes de lucha. Se olvida: 1) que los "arditi" son simples formaciones tácticas que presuponen un ejército poco eficiente, mas no inerte por completo, puesto que si la disciplina y el espíritu militar se relajaron hasta aconsejar una nueva disposición táctica, a pesar de todo existen en cierta medida, y, en correspondencia con ella, se da justamente la nueva formación táctica; de otra manera se produciría inevitablemente la derrota y la fuga; 2) que es preciso no considerar al "arditismo" como un signo de la combatividad general de la masa militar, sino, por el contrario, como un signo de su pasividad y de su relativa desmoralización. Esto sea dicho manteniendo implícito el criterio general de que los parangones entre el arte militar y la política deben ser establecidos siempre *cum grano salis*, es decir sólo como estímulos para el pensamiento y como términos de simplificación *ad absurdum*. En efecto, en la militancia política falta la sanción penal implacable para quien yerra o no obedece exactamente, falta la ley marcial, sin contar con el hecho de que la disposición de las fuerzas políticas no es ni de lejos comparable al encuadramiento militar.

En la lucha política, además de la guerra de movimiento y de la guerra de asedio o de posición, existen otras formas. El verdadero "arditismo", o sea el "arditismo" moderno, es propio de la guerra

de posición, tal como se reveló en 1914-18. La guerra de movimiento y la de asedio de los períodos precedentes tenían también, en cierto sentido, sus "arditi". La caballería ligera y pesada, los *bersaglieri*, etc., las tropas veloces en general, cumplían en parte una función de "arditi"; así, por ejemplo, en el arte de organizar las patrullas estaba contenido el germen del arditismo moderno. En la guerra de asedio dicho germen existía más que en la guerra de movimiento: servicio de patrullas más extendido y, sobre todo, el arte de organizar salidas y asaltos imprevistos por medio de elementos escogidos.

Otro elemento digno de tenerse presente es el siguiente: en la lucha política es preciso no imitar los métodos de lucha de las clases dominantes, para no caer en fáciles emboscadas. En las luchas actuales este fenómeno se verifica con mucha frecuencia. Una organización estatal debilitada es como un ejército que ha perdido todo su vigor; entran en el campo los "arditi", o sea las organizaciones armadas privadas que tienen dos objetivos: hacer uso de la ilegalidad, mientras el Estado parece permanecer en la legalidad, como medio de reorganizar al mismo Estado. Creer que a la actividad privada ilegal se le puede contraponer otra actividad similar, es decir, combatir el arditismo con el arditismo es algo estúpido; significa creer que el Estado permanecerá siempre inerte, lo cual no ocurre jamás, al margen de las otras condiciones diferentes. El carácter de clase lleva a una diferencia fundamental: una clase que debe trabajar todos los días con horario fijo no puede tener organizaciones de asalto permanentes y especializadas como una clase que tiene amplias disponibilidades financieras y no está ligada, con todos sus miembros, a un horario fijo. A cualquier hora del día y de la noche, estas organizaciones convertidas en profesionales pueden descargar golpes decisivos y utilizar la sorpresa. La táctica de los "arditi" no puede tener, por lo tanto, la misma importancia para una clase que para otra. Para ciertas clases es necesaria, porque le es propia, la guerra de movimiento y de maniobra que, en el caso de la lucha política, puede combinarse con un útil y hasta indispensable uso de la táctica de los "arditi". Pero fijarse en un modelo militar es una tontería: la política debe ser, también aquí, superior a la parte militar. Sólo la política crea la posibilidad de la maniobra y del movimiento.

De todo lo dicho se advierte que en el fenómeno del arditismo militar es preciso distinguir entre función técnica de arma especial

ligada a la moderna guerra de posición y función político-militar: como función de arma especial el arditismo existió en todos los ejércitos que participaron en la guerra mundial; como función político-militar existió en los países que tenían como expresión un ejército nacional poco combativo y un Estado Mayor burocratizado y fosilizado en la carrera.

A propósito de la comparación entre los conceptos de guerra de maniobra y guerra de posición en el arte militar y los conceptos correspondientes en el arte político, debe recordarse el folleto de Rosa,¹⁹ traducido del francés al italiano en 1919 por C. Alessandri.

En el folleto se teorizan un poco apresuradamente y en forma superficial las experiencias históricas de 1905. En efecto, Rosa descuidó los elementos "voluntarios" y organizativos que en aquellos acontecimientos eran mucho más eficientes y numerosos de lo que ella creía, víctima de un cierto prejuicio "economista" y espontaneísta. Sin embargo este folleto (y otros escritos de la misma autora) es uno de los documentos más significativos de la teorización de la guerra de maniobra aplicada al arte político. El elemento económico inmediato (crisis, etc.) es considerado como la artillería de campaña que, en la guerra, abre una brecha en la defensa enemiga, brecha suficiente como para que las tropas propias irruman y obtengan un éxito definitivo (estratégico) o al menos importante en la dirección de la línea estratégica. Naturalmente, en la ciencia histórica la eficacia del elemento económico inmediato es considerado como mucho más complejo que el de la artillería pesada en la guerra de maniobra, ya que este elemento era concebido como causante de un triple efecto: 1) abrir una brecha en la defensa enemiga, luego de haber llevado la confusión a los cuadros adversarios, abatida su confianza en sí mismos, en sus fuerzas y en su porvenir; 2) organizar con una rapidez fulminante las propias tropas, crear sus cuadros, o al menos ubicar con una celeridad fulminante los cuadros existentes (elaborados hasta entonces por el proceso histórico general) en su puesto de encuadre de las tropas diseminadas; 3) crear en forma instantánea la concentración ideológica de la identidad de los

¹⁹ Rosa Luxemburg, *Lo sciopero generale - Il partito e i sindacati*, Società Editrice "Avanti!", Milán, 1919. (N. del E.) [Trad. cast., *Huelga de masas. partido y sindicatos*. Cuadernos de P. y P. nº 13, Córdoba, 1970].

finas a alcanzar. Era una forma de férreo determinismo economista, con el agravante de que los efectos eran concebidos como inmediatos en el tiempo y en el espacio; se trataba por ello de un verdadero misticismo histórico, de la espera de una especie de destello milagroso.

La observación del general Krasnov (en su novela)²⁰ de que la Entente (que no quería una victoria de la Rusia imperial para que no fuese resuelta definitivamente a favor del zarismo la cuestión oriental) impuso al Estado Mayor ruso la guerra de trincheras (absurda dado el enorme desarrollo del frente del Báltico al mar Negro, con grandes zonas palúdicas y boscosas) mientras que la única posible era la guerra de maniobra, es una tontería. El ejército ruso en realidad intentó la guerra de maniobra y de profundización, especialmente en el sector austríaco (pero también en la Prusia Oriental) y obtuvo éxitos brillantísimos aunque efímeros. La verdad es que no se puede escoger la forma de guerra que se desea, a menos de tener súbitamente una superioridad abrumadora sobre el enemigo, y sabido es cuantas pérdidas costó la obstinación de los Estados Mayores en no querer reconocer que la guerra de posición era "impuesta" por las relaciones generales de las fuerzas que se enfrentaban. La guerra de posición, en efecto, no está constituida sólo por las trincheras propiamente dichas, sino por todo el sistema organizativo e industrial del territorio que está ubicado a espaldas del ejército: y ella es impuesta sobre todo por el tiro rápido de los cañones, por las ametralladoras, los fusiles, la concentración de las armas en un determinado punto y además por la abundancia del reabastecimiento que permite sustituir en forma rápida el material perdido luego de un avance o de un retroceso. Otro elemento es la gran masa de hombres que constituyen las fuerzas desplegadas, de valor muy desigual y que justamente sólo pueden operar como masa. Se ve cómo en el frente oriental una cosa era irrumpir en el sector alemán y otra diferente en el sector austríaco y cómo también en el sector austríaco, reforzado por tropas escogidas alemanas y comandadas por alemanes, el ataque de choque como táctica termina en un desastre. Algo análogo se observa en la guerra polaca de 1920, cuando el avance que parecía irresistible fue detenido delante de Varsovia por el general

²⁰ Pedro Krasnov, *Dall'aquila imperiale alla bandiera rossa*, Salani, Florencia, 1928. (N. del E.)

Weygand en la línea comandada por los oficiales franceses. Los mismos técnicos militares que ahora se atienen fijamente a la guerra de posición como antes se atenían a la guerra de maniobra, no sostienen por cierto que el tipo precedente debe ser suprimido de la ciencia; sino que en las guerras entre los Estados más avanzados industrial y civilmente se debe considerar a ese tipo como reducido a una función más táctica que estratégica, se lo debe considerar en la misma posición en que se encontraba en una época anterior la guerra de asedio con respecto a la de maniobra.

La misma reducción debe ser realizada en el arte y la ciencia política, al menos en lo que respecta a los Estados más avanzados, donde la "sociedad civil" se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las "irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.); las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna. Así como en éste ocurría que un encarnizado ataque de la artillería parecía destruir todo el sistema defensivo adversario, cuando en realidad sólo había destruido la superficie exterior y en el momento del ataque y del avance los asaltantes se encontraban frente a una línea defensiva todavía eficiente, lo mismo ocurre en la política durante las grandes crisis económicas. Ni las tropas asaltantes, por efecto de las crisis, se organizan en forma fulminante en el tiempo y el espacio, ni, tanto menos, adquieren un espíritu agresivo; recíprocamente, los asaltados no se desmoralizan ni abandonan la defensa, aun entre los escombros, ni pierden la confianza en las propias fuerzas ni en su porvenir. Las cosas, por cierto, no permanecen tal cual eran, pero es verdad que llegan a faltar los elementos de rapidez, de ritmo acelerado, de marcha progresiva definitiva que esperaban encontrar los estrategas del cadornismo político.

El último hecho de este tipo en la historia de la política son los acontecimientos de 1917. Ellos señalaron un cambio decisivo en la historia del arte y de la ciencia de la política. Se trata, por consiguiente, de estudiar con "profundidad" cuáles son los elementos de la sociedad civil que corresponden a los sistemas de defensa en la guerra de posición. Se dice con "profundidad" intencionadamente, ya que fueron estudiados, pero desde puntos de vista superficiales y triviales, tal como ciertos historiadores de costumbres estudian las rarezas de la moda femenina desde un punto de vista "racionalista", es decir, persuadidos de que a ciertos fenóme-

nos se los destruye tan sólo con explicarlos en forma "realista", como si fuesen supersticiones populares (que por otro lado tampoco se destruyen con el hecho de explicarlas).

Es necesario ver si la famosa teoría de Bronstein sobre la *permanencia*²¹ del movimiento no es el reflejo político de la teoría de la guerra de maniobra (recordar la observación del general de cosacos Krasnov), en última instancia, el reflejo de las condiciones generales económico-cultural-sociales de un país donde los cuadros de la vida nacional son embrionarios y desligados, y no pueden transformarse en "trinchera o fortaleza". En este caso, se podría decir que Bronstein, que aparece como un "occidentalista", era en cambio un cosmopolita, es decir superficialmente nacional y superficialmente occidentalista o europeo. Ilich,²² en cambio, era profundamente nacional y profundamente europeo.

En sus memorias, Bronstein recuerda que se le dijo que su teoría había demostrado ser válida luego de... quince años, y responde al epigrama con otro epigrama. En realidad, su teoría como tal no era válida ni quince años antes ni quince años después; como ocurre con los obstinados, de los que habla Guicciardini, él adivinó "*grosso modo*", es decir, tuvo razón en la previsión práctica más general. Es como afirmar que una niña de cuatro años se convertirá en madre y al ocurrir esto, a los veinte años, decir: "lo había adivinado", no recordando sin embargo que cuando tenía cuatro años se deseaba violarla, en la seguridad de que se convertiría en madre. Me parece que Ilich había comprendido que era necesario pasar de la guerra de maniobra, aplicada victoriosamente en Oriente de 1917,²³ a la guerra de posición que era la única posible en Occidente donde, como observa Krasnov, en breve lapso los ejércitos podían acumular interminables cantidades de municiones, donde los cuadros sociales eran de por sí capaces de transformarse en trincheras muy provistas. Y me parece que éste es el significado de la fórmula del "frente único", que corresponde a la concepción de un solo frente de la Entente bajo el comando único de Foch.

²¹ La teoría de Trotzki de la "revolución permanente". (N. del E.)

²² Lenin. (N. del E.)

²³ En Rusia. (N. del E.)

Sólo que Ilich no tuvo tiempo de profundizar su fórmula, aun teniendo en cuenta el hecho de que podía ser profundizada sólo teóricamente, mientras que la tarea fundamental era nacional, es decir, exigía un reconocimiento del terreno y una fijación de los elementos de trinchera y de fortaleza representados por los elementos de la sociedad civil, etc. En Oriente el Estado era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre Estado y sociedad civil existía una justa relación y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado sólo era una trinchera avanzada, detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas; en mayor o menor medida de un Estado a otro, se entiende, pero esto precisamente exigía un reconocimiento de carácter nacional.

La teoría de Bronstein puede ser comparada con la de ciertos sindicalistas franceses sobre la huelga general y con la teoría de Rosa expuesta en el folleto traducido por Alessandri. El folleto de Rosa y sus teorías, por otro lado, influyeron sobre los sindicalistas franceses, tal como se evidencia en ciertos artículos de Rosmer sobre Alemania aparecidos en la *Vie Ouvrière* (primera serie en pequeños fascículos). Dicha teoría depende en parte también de la teoría de la espontaneidad.

El concepto de revolución pasiva. El concepto de "revolución pasiva" debe ser rigurosamente deducido de los dos principios fundamentales de ciencia política: 1) que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que se desarrollaron en su interior encuentran aún posibilidades de ulteriores movimientos progresivos; 2) que la sociedad no se plantea objetivos para cuya solución no se hayan dado ya las condiciones necesarias, etc. Se entiende que estos principios deben primero ser desarrollados críticamente en toda su importancia y depurados de todo residuo de mecanicismo y fatalismo. Deben ser referidos así a la descripción de los tres momentos fundamentales que pueden distinguirse en una "situación" o equilibrio de fuerzas, con la máxima valoración del segundo momento, o equilibrio de las fuerzas políticas y especialmente del tercer momento o equilibrio político-militar.

Se debe recordar que Pisacane en sus *Ensayos* se ocupa precisamente de este tercer momento. Pisacane comprende, a diferen-

cia de Mazzini, toda la importancia que tiene la presencia en Italia de un ejército austríaco aguerrido, siempre listo para intervenir en cualquier lugar de la península y que tiene detrás de sí a toda la potencia militar del Imperio de los Habsburgos, o sea una matriz siempre lista para formar nuevos ejércitos de refuerzo. Otro elemento histórico digno de ser anotado es el desarrollo del cristianismo en el seno del Imperio romano, así como el fenómeno actual del gandhismo en la India y la teoría de la no resistencia al mal de Tolstoi, que tanto se aproximan a la primera fase del cristianismo (antes del edicto de Milán). El gandhismo y el tolstóismo son teorizaciones ingenuas y de tinte religioso de la "revolución pasiva". Deben anotarse también algunos movimientos denominados «liquidacionistas» y las reacciones que suscitaron, en relación con los tiempos y con las formas de determinadas situaciones (especialmente del tercer momento). El punto de partida del estudio será la expresión de Vincenzo Cuoco;⁶ pero es evidente que la expresión de Cuoco a propósito de la revolución napolitana de 1799 no es más que un punto de partida, ya que el concepto es modificado y enriquecido por completo.

El concepto de "revolución pasiva" en el sentido que Vincenzo Cuoco atribuye al primer período del Risorgimento italiano, ¿puede ser relacionado con el concepto de "guerra de posición" comparada con la guerra de maniobra? Partiendo de que estos conceptos surgieron luego de la Revolución francesa y con el binomio Proudhon-Gioberti, ¿pueden ser justificados por el pánico creado por el terror de 1793, así como el sorelismo por el pánico que sucedió a las masacres parisinas de 1871? En otras palabras, ¿existe una identidad absoluta entre guerra de posición y revolución pasiva? O al menos, ¿existe o puede concebirse todo un período histórico en el cual ambos conceptos deban identificarse de tal modo que la guerra de posición se transforme en guerra de maniobra?

⁶ El escritor y político Vincenzo Cuoco (1770-1823) participó en la revolución napolitana de 1799, después de la cual fue encarcelado y posteriormente exiliado. En su obra principal, *Saggio storico sulla Rivoluzione napoletana* (1801-1806), el concepto de "revolución pasiva" se vincula al hecho de que la revolución de Nápoles había sido suscitada como respuesta a acontecimientos externos, vale decir la Revolución Francesa, y no había sabido basarse sobre las concretas necesidades del pueblo. (N. del T.)

Es necesario dar un juicio "dinámico" sobre las "restauraciones" que serían una "astucia de la providencia", en sentido viquiano. He aquí un problema: en la lucha Cavour-Mazzini, en la que Cavour es el exponente de la revolución pasiva—guerra de posición y Mazzini de la iniciativa popular—guerra de maniobra ¿no son ambas indispensables, exactamente en la misma medida? Sin embargo, es preciso tener en cuenta que mientras Cavour era consciente de su objetivo (al menos en cierta medida), en cuanto comprendía el objetivo de Mazzini, éste no parecía consciente del suyo y del de Cavour. Si Mazzini, en cambio, hubiese tenido tal conciencia, es decir, si hubiese sido un político realista y no un apóstol iluminado (o sea no hubiese sido Mazzini), el equilibrio resultante de la confluencia de ambas actividades habría sido diferente, más favorable al mazzinismo, y el Estado Italiano se habría constituido sobre bases menos atrasadas y más modernas. Y ya que en todo evento histórico casi siempre se verifican situaciones similares, es preciso ver si de aquí no puede extraerse algún principio general de ciencia y de arte políticas. Se puede aplicar al concepto de revolución pasiva (y se puede documentar en el Risorgimento italiano) el criterio interpretativo de las modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y se convierten por lo tanto en matrices de nuevas modificaciones. Así, en el Risorgimento italiano se vio cómo el pasaje al cavourismo (luego de 1848) de elementos siempre nuevos del Partido de Acción modificó progresivamente la composición de las fuerzas moderadas, liquidando el neogüelfismo, por una parte, y, por la otra, empobreciendo al movimiento mazziniano (a este proceso pertenecen también las oscilaciones de Garibaldi, etc.) Este elemento, por lo tanto, es la fase originaria de aquel fenómeno que más tarde fue llamado "transformismo" y cuya importancia no parece haber sido, hasta ahora, valorizada debidamente como forma de desarrollo histórico.

Insistir en el desarrollo del concepto de que mientras Cavour era consciente de su objetivo en cuanto comprendía en forma crítica del objetivo de Mazzini, este último, por su escasa o nula comprensión del objetivo de Cavour, era en realidad poco consciente de su propio objetivo. De ahí sus vacilaciones (en Milán en el período que siguió a las Cinco Jornadas y en otras ocasiones) y sus iniciativas a destiempo, que se transformaban

en elementos útiles sólo a la política piamontesa. Es éste un ejemplo del problema teórico concerniente al modo en que era preciso entender la dialéctica, planteado en la *Miseria de la filosofía*: el hecho de que cada miembro de la oposición dialéctica debe tratar de ser todo él mismo y arrojar en la lucha la totalidad de sus propios "recursos" políticos y morales y que sólo así puede lograrse una superación real, no era entendido ni por Proudhon ni por Mazzini. Se dirá que tampoco era entendido por Gioberti y los teóricos de la revolución pasiva o "revolución-restauración"²⁴, pero la cuestión cambia. En estos últimos la "incomprensión" teórica era la expresión práctica de las necesidades que constreñían a la "tesis" a desarrollarse a sí misma, hasta el punto de lograr incorporar una parte de la misma antítesis, para no dejarse en suma "superar" por la oposición dialéctica. En realidad, sólo la tesis desarrolla todas sus posibilidades de lucha, hasta acaparar a los llamados representantes de la antítesis: justamente en ello consiste la revolución pasiva o revolución-restauración. En este punto de la exposición es preciso considerar la cuestión del pasaje de la lucha política de "guerra de maniobra" a "guerra de posición". En Europa esto ocurrió luego de 1848 y no fue comprendido por Mazzini y los mazzinianos, pero sí, en cambio, por otras personas. El mismo pasaje se dio luego de 1871, etc. La cuestión era difícil de ser comprendida en la época por hombres como Mazzini, dado que las guerras militares no habían servido de modelo y, por el contrario, las doctrinas militares se desarrollaban en el sentido de la guerra de movimiento. Habrá que analizar si en Pisacane, que fue el teórico militar del mazzinismo, existen algunas indicaciones en este sentido.

Pero también hay que analizar a Pisacane porque fue el único que trató de dar al Partido de Acción un contenido no sólo formal sino también sustancial: de antítesis superadora de las posiciones tradicionales. Y no se quiere significar con ello que sea necesaria, perentoriamente, la insurrección armada popular, tal como pensaba Mazzini hasta la obsesión, en forma no realista, como misionero religioso. La intervención popular, que no era posible en la forma concentrada y simultánea de la insurrección,

²⁴ Habrá que analizar la literatura política sobre 1848 debida a estudiosos de la filosofía de la praxis, mas parece que no hay que esperar mucho en este sentido. Los acontecimientos italianos, por ejemplo, fueron examinados sólo en la guía de los libros de Bolton King, etc.

ción, no se dio tampoco en la forma "difusa" y capilar de la presión indirecta, la cual en cambio era posible y quizás habría sido la premisa indispensable para la primera forma. La forma concentrada y simultánea se había tornado imposible en parte por la técnica militar de la época, pero también y fundamentalmente porque dicha forma no había sido precedida por una preparación política ideológica de vasto alcance, orgánicamente predispuesta a excitar las pasiones populares y hacer posibles la concentración y la explosión simultánea.

Luego de 1848 sólo los moderados hicieron una crítica de los métodos que precedieron a la derrota; todo el movimiento moderado se renovó, el neogüelfismo fue liquidado y hombres nuevos ocuparon los primeros puestos de dirección. De parte de los mazzinianos, en cambio, no hubo ninguna autocrítica o quizás una autocrítica liquidadora, en el sentido de que muchos elementos abandonaron a Mazzini y formaron el ala izquierda del partido piamontés. La única tentativa "ortodoxa", vale decir desde adentro, estuvo constituida por los ensayos de Pisacane que, a pesar de todo, jamás se transformaron en la plataforma de una nueva política orgánica, aunque el mismo Mazzini haya reconocido que Pisacane tenía una "concepción estratégica" de la revolución nacional italiana.

La relación "revolución pasiva—guerra de posición" en el Risorgimento italiano puede ser estudiada también en otros aspectos, dos de los cuales son muy importantes: uno que se puede llamar del "personal" y el otro de la "concentración revolucionaria". El aspecto del "personal" puede compararse precisamente con lo ocurrido en la guerra mundial en la relación entre oficiales de carrera y oficiales de reserva, por un lado, y entre soldados de leva y voluntarios arriesgados ("arditi"), por el otro. Los oficiales de carrera corresponden en el Risorgimento a los partidos políticos regulares, orgánicos, tradicionales, etc., que en el momento de la acción (1848) demostraron ser ineptos (o casi) y en 1848-49 fueron superados por la oleada popular mazziniana-democrática, caótica, desordenada, "extemporánea" por así decir, pero que sin embargo, siguiendo a los jefes improvisados o casi improvisados (que de todas maneras no eran de formación preconstituida como el partido moderado), obtuvieron éxitos indudablemente mayores

que los obtenidos por los moderados. La República romana y Venecia evidenciaron una notable forma de resistencia. En el período posterior a 1848 la relación entre las dos fuerzas, la regular y la "carismática", se organizó en torno a Cavour y a Garibaldi y dio óptimos resultados, si bien éstos fueron luego aprovechados por Cavour.

Este aspecto está ligado al otro, al de la "concentración". Hay que observar que la dificultad técnica contra la cual se estrellaron siempre las iniciativas mazzinianas fue justamente la de la "concentración revolucionaria". Sería interesante, desde este punto de vista, estudiar la tentativa de invadir a Savoya con Ramorino, la de los hermanos Bandiera, de Pisacane, etc., comparadas con la situación que en 1848 se ofreció a Mazzini en Milán y en 1849 en Roma y que no tuvo capacidad para organizar. Estas tentativas de un puñado de hombres estaban necesariamente destinadas a ser destruidas en germen, pues hubiese sido imposible que las fuerzas reaccionarias, que estaban concentradas y podían operar libremente (es decir, que no encontraban ninguna oposición bajo las formas de amplios movimientos populares), no destruyesen las iniciativas de tipo Ramorino, Pisacane, Bandiera, aunque éstas hubiesen sido preparadas mucho mejor de cuanto lo fueron en la realidad. En el segundo período (1859-1860) la "concentración revolucionaria", como la de los Mil de Garibaldi, fue posible por el hecho de que Garibaldi se insertó en las fuerzas estatales piemontesas y además porque la flota inglesa protegió de hecho el desembarco de Marsala y la toma de Palermo, esterilizando a la flota borbónica. En Milán, luego de las Cinco Jornadas, y en la Roma republicana, Mazzini había tenido la posibilidad de constituir plazas de armas para reagrupamientos orgánicos, pero no se propuso hacerlo y de ahí su conflicto con Garibaldi en Roma y su inutilización en Milán frente a Cattaneo y al grupo democrático milanés.

De todas maneras, si el desarrollo del proceso del Risorgimento puso en evidencia la enorme importancia del movimiento "demagógico" de masas, dirigido por jefes afortunados, improvisados, etc., en la realidad fue retomado por las fuerzas tradicionales, orgánicas, es decir, por los partidos formados desde hacía tiempo, dotados de jefes racionalmente elaborados, etc. En todos los acontecimientos políticos del mismo tipo se da siempre el mismo resultado (es lo que ocurrió en Francia en 1830, donde

los orleanistas prevalecieron sobre las fuerzas populares, radicales, democráticas, y en el fondo también en la Revolución Francesa de 1789, en la que Napoleón representó, en última instancia, el triunfo de las fuerzas burguesas orgánicas contra las fuerzas pequeño-burguesas jacobinas). Así, en la guerra mundial los viejos oficiales de carrera prevalecieron sobre los de reserva, etc. En todo caso, la falta en las fuerzas radicales populares de una conciencia de los objetivos de las fuerzas adversarias les impidió tener una clara conciencia de los propios y pesar, de esta manera, en el equilibrio final de las fuerzas en forma acorde a su efectivo poder de intervención, y determinar, por consiguiente, un resultado más avanzado sobre la base de un progreso más considerable y de exigencias más modernas.

Siempre alrededor del concepto de "revolución pasiva" o "revolución-restauración" en el Risorgimento italiano, es preciso plantear la necesidad de que sea expuesto en los términos exactos el problema que algunas corrientes historiográficas acostumbra denominar, de las relaciones entre las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas del acontecimiento histórico. Es evidente que en ningún caso pueden faltar las tituladas condiciones subjetivas si existen las condiciones objetivas, ya que esta es una simple distinción de carácter didascálico. La discusión puede girar entonces sobre la medida de las fuerzas subjetivas y sobre su intensidad y, por consiguiente, sobre la relación dialéctica entre las fuerzas subjetivas que se contraponen.

Es preciso evitar que la cuestión sea planteada en términos "intelectualistas" y no histórico-políticos. Que la "claridad" intelectual de los términos de la lucha sea indispensable, esto se entiende. Pero dicha claridad tiene un valor político en cuanto deviene una pasión difundida constituyéndose en la premisa de una fuerte voluntad. En los últimos tiempos, en muchas publicaciones sobre el Risorgimento, se "reveló" que existían personalidades que veían con claridad, etc. (recordar la valorización de Ornato hecha por Piero Gobetti); pero estas "revelaciones" se destruyen por sí mismas precisamente porque son revelaciones y demuestran que se trataban de elucubraciones individuales, que representan hoy una forma de juicio a posteriori. En efecto, jamás se cimentaron en la realidad efectiva, jamás devinieron conciencia popular-nacional difundida y actuante. Entró el Partido de Acción y el Partido moderado, ¿quién representó a las "fuerzas subjetivas" efec-

tivas del Risorgimento? El Partido moderado, por cierto, y ello justamente porque tuvo conciencia también de los objetivos que se planteaba el Partido de Acción; debido a esa conciencia, su "subjetividad" era de una calidad superior y más decisiva. En la expresión de Víctor Manuel II (digna del sargento mayor que era): "al Partido de Acción nos lo hemos metido en el bolsillo", hay más sentido histórico-político que en todo Mazzini.

Sobre la burocracia. 1) El hecho de que en el desarrollo histórico de las formas políticas y económicas se fuera formando el tipo del funcionario de "carrera", técnicamente adiestrado en el trabajo burocrático (civil y militar), tiene una importancia primordial en la ciencia política y en la historia de las formas estatales. ¿Se trató de una necesidad o de una degeneración, con respecto al autogobierno (*selfgovernment*), como pretenden los liberales "puros"? Es cierto que toda forma social y estatal tuvo sus problemas de funcionarios, un modo propio de plantearlo y resolverlo, un sistema de selección, un tipo de funcionario a educar. Reconstruir el desarrollo de todos estos elementos es de una importancia capital. El problema de los funcionarios coincide en parte con el problema de los intelectuales. Pero si es verdad que toda forma social y estatal nueva tuvo necesidad de un nuevo tipo de funcionario, es verdad, también, que los nuevos grupos dirigentes nunca pudieron prescindir, al menos por un cierto tiempo, de la tradición y de los intereses constituidos, es decir de las formaciones de funcionarios ya existentes y constituidos antes de su advenimiento (sobre todo en la esfera eclesiástica y militar). La unidad del trabajo manual e intelectual y una vinculación más estrecha entre el poder legislativo y el ejecutivo (por el cual los funcionarios electos se interesan no sólo por el control sino también por la ejecución de los asuntos de Estado), pueden ser motivos que inspiren tanto una nueva dirección en la solución del problema de los intelectuales como en la de los funcionarios.

2) A la cuestión de la burocracia y de su organización "óptima" está vinculada la discusión sobre el llamado "centralismo orgánico" y el "centralismo democrático" (el cual, por otro lado, no tiene nada que ver con la democracia abstracta, puesto que la Revolución francesa y la Tercera república, por ejemplo, desarrollaron formas de centralismo orgánico que no habían conocido ni la

monarquía absoluta ni Napoleón I). Será preciso investigar y examinar las reales relaciones económicas y políticas, que encuentran su forma organizativa, su articulación y su funcionalidad en las diversas manifestaciones de centralismo orgánico y democrático en todos los campos: en la vida estatal (unitarismo, federalismo, unión de Estados federados, federación de Estados o Estado federal, etc.); en la vida interestatal (alianzas, diversas formas de "constelación" política internacional); en la vida de las asociaciones políticas y culturales (masonería, Rotary Club, Iglesia católica); sindicales, económicas (carteles, trusts); en un mismo país, en diversos países, etc.

Polémicas surgidas en el pasado (antes de 1914) a propósito del dominio alemán en la vida de la alta cultura y de algunas fuerzas políticas internacionales: ¿era real este predominio o en qué consistía efectivamente? Se puede decir: a) que ningún nexo orgánico y disciplinario establecía una supremacía tal y que por lo tanto era un mero fenómeno de influencia cultural y de prestigio muy hábil y abstracto; b) que tal influencia cultural no rozaba siquiera la actividad efectiva, la cual era por el contrario disgregada, localista, sin dirección de conjunto. No se puede hablar por ello de ningún centralismo orgánico, democrático o de cualquier otro tipo. La influencia era sentida y sufrida por escasos grupos intelectuales sin vinculación con las masas populares y justamente esta ausencia de vínculos caracterizaba la situación. Sin embargo, tal estado de cosas es digno de examen porque contribuye a explicar el proceso que condujo a formular las teorías del centralismo orgánico, que fueron precisamente una crítica unilateral, una crítica de intelectuales, a ese desorden y a esa dispersión de fuerzas.

Sin embargo, es preciso distinguir entre las teorías del centralismo orgánico que ocultan un programa preciso de predominio real de una parte sobre el todo (aun cuando dicha parte esté constituida por una capa como la de los intelectuales o por un grupo territorial "privilegiado"), y aquellas otras que son una simple posición unilateral de sectarios y fanáticos y que aun pudiendo ocultar un programa de predominio (generalmente de una personalidad, como la del papa, infalible, respecto del cual el catolicismo se ha transformado en una especie de culto del pontífice), no parecen ocultar en lo inmediato un programa tal como hecho político consciente. El nombre más exacto sería el

al monarca que más se aproximó al ideal del perfecto príncipe cristiano?”.

Las cosas son muy distintas de cómo las conciben los escritores de la *Civiltá Cattolica* y Emanuele Filiberto continúa y realiza a Maquiavelo mucho más de lo que parece; por ejemplo en el ordenamiento de las milicias nacionales.

Por otro lado, Emanuele Filiberto se vincula a Maquiavelo también por otras cosas, ya que no se negaba a suprimir a sus enemigos con la violencia y el engaño.

Este artículo de la *Civiltá Cattolica* interesa a fin de estudiar las relaciones entre Emanuele Filiberto y los jesuitas y el papel desempeñado por éstos en la lucha contra los Valdenses.

Sobre Emanuele Filiberto es interesante y serio (no hagiográfico) el artículo que escribió Pietro Egidi. “Emanuele Filiberto di Savoia”, publicado por *Nuova Antologia* el 16 de abril de 1928. La capacidad militar de Emanuele Filiberto es delineada con mucha perspicacia. Filiberto señala el pasaje de la estrategia de los ejércitos de mercenarios a la nueva estrategia, que encontrará luego sus representantes en Federico I y en Napoleón: la gran guerra de movimiento por objetivos capitales y decisivos. En Cateau-Cambrésis logra reconquistar su Estado la ayuda de España, pero en el tratado se establece la “neutralidad” del Piamonte, es decir, su independencia tanto de Francia como de España (Egidi sostiene que fue Emanuele Filiberto quien sugirió a los franceses la exigencia de esa neutralidad, para estar en condiciones de librarse de la sujeción española, pero se trata de una hipótesis: en este caso los intereses de Francia y los del Piamonte coincidían perfectamente). Se inicia así la moderna política exterior de los Savoia, de equilibrio entre las dos potencias principales de Europa. Pero después de esta paz el Piamonte pierde, en forma irreparable, algunos territorios: Ginebra y las tierras situadas en torno al lago de Ginebra.

Egidi delinea también con bastante perspicacia la política exterior de Emanuele Filiberto, pero aporta sólo algunos elementos insuficientes sobre la política interna y especialmente militar y esos pocos elementos están ligados a aquellos hechos de política interna que dependían en forma estricta del exterior. Por ejem-

plo: la unificación territorial del Estado por la devolución de las tierras todavía ocupadas por los franceses y españoles luego de Cateau-Cambrésis o los acuerdos con los Cantones suizos para reconquistar algunas de las tierras perdidas. (Para el estudio sobre Maquiavelo será preciso analizar especialmente los ordenamientos militares de Emanuele Filiberto y su política interna con respecto al equilibrio de clases sobre el cual se fundó el principado absoluto de los Savoia).

El Estado. El profesor Giulio Miskolczy, director de la Academia húngara de Roma, escribe en la *Magyar Szemle*⁸ que en Italia el “Parlamento, que al principio estaba, por así decir, fuera del Estado, se transformó en un valioso colaborador, puesto que fue insertado en el Estado y sufrió un cambio en su composición”.

Que el Parlamento pueda ser “insertado” en el Estado es un descubrimiento de ciencia y de técnica política digno de los Cristóbal Colón del autoritarismo moderno. Sin embargo, la afirmación es interesante para ver de qué manera conciben prácticamente al Estado muchos políticos. Y en realidad hay que plantearse esta pregunta: “Los parlamentos ¿forman parte de la estructura de los Estados, aun en aquellos países donde parecen tener el máximo de eficiencia?, o bien, ¿qué función real cumplen? y si la respuesta es positiva, ¿de qué manera forman parte del Estado y desarrollan su función particular? Sin embargo, aun cuando desde un punto de vista orgánico no formen parte del Estado, ¿tiene alguna significación estatal su existencia? ¿Y qué fundamento tienen las acusaciones lanzadas al parlamentarismo y al régimen de los partidos, que es inseparable del parlamentarismo? (fundamento objetivo, se entiende, es decir ligado al hecho de que la existencia de los parlamentos, de por sí, obstaculiza y retarda la acción *técnica* del gobierno).

Es comprensible, porque el régimen representativo puede políticamente “provocar fastidio” a la burocracia de carrera; pero no es ésta la cuestión. El problema consiste en analizar si el ré-

⁸ Artículo reproducido en la *Rassegna della Stampa Estera*, 3-10 de enero de 1933.

gimen representativo y de partidos, en lugar de ser un mecanismo idóneo para escoger a los funcionarios electos que integren y equilibren a los funcionarios burocráticos designados impidiéndoles petrificarse, se ha convertido en una dificultad, en un mecanismo de contramano y por qué razones. Por otro lado, una respuesta afirmativa a estas preguntas no agota la cuestión, ya que aun admitiendo (lo que es admisible) que el parlamentarismo se ha convertido en algo insuficiente y hasta dañoso, no por ello hay que deducir que el régimen burocrático sea rehabilitado y exaltado. Es preciso analizar si el parlamentarismo y el régimen representativo se identifican y si no es posible una solución diferente, tanto del parlamentarismo como del régimen burocrático, con un nuevo tipo de régimen representativo.

Analizar las discusiones suscitadas en estos años a propósito de los límites de la actividad del Estado: es la discusión más importante de doctrina política y es útil para indicar los límites entre liberales y no-liberales. Puede servir de punto de referencia el librito de Carlo Alberto Biggini, *Il fondamento dei limiti all'attività dello Stato*.⁹ La afirmación de Biggini de que existe tiranía sólo cuando se quiere reinar fuera "de las reglas constitutivas de la estructura social" puede tener implicancias muy diferentes de las que Biggini supone, si por "reglas constitutivas" no se entienden los artículos de la Constitución, como parece no entender el mismo Biggini (tomo los elementos de una recensión de *Italia che scrive* de octubre de 1929, escrita por Alfredo Poggi).

El Estado, en cuanto es la misma sociedad ordenada, es soberano. No puede tener límites jurídicos; no puede tener límites en los derechos públicos subjetivos, ni puede decirse que se auto-limita. El derecho positivo no puede ser límite del Estado ya que puede ser modificado en cualquier momento por el Estado mismo en nombre de nuevas exigencias sociales. Poggi responde coincidiendo con estas afirmaciones y señalando que están ya implícitas en la doctrina del límite jurídico, dado que mientras exista un ordenamiento jurídico, el Estado estará constreñido por él; si lo quiere modificar, lo sustituirá por otro ordenamiento, lo cual significa que sólo puede actuar por vía jurídica [pero como todo lo que hace el Estado es por ello mismo jurídico, se puede continuar así hasta el infinito]. Analizar en qué medida las concepciones de Biggini son marxismo camuflado y que se ha vuelto abstracto.

⁹ Città di Castello, Casa Editrice Il Solco, p. 150.

Para el desarrollo histórico de estas dos concepciones del Estado debe ser interesante el librito de Widar Cesarini-Sforza.¹⁰ Los Romanos crearon la palabra *ius* para expresar el derecho como poder de la voluntad y concibieron el orden jurídico como un sistema de poderes no contenidos en su esfera recíproca por normas objetivas y racionales; todas las expresiones usadas por ellos como *aequitas*, *iustitia*, *recta* o *naturalis ratio*, deben entenderse en los límites de este significado fundamental. El cristianismo, más que el concepto de *ius*, ha elaborado el concepto de *directum* en su tendencia a subordinar la voluntad a la norma, a transformar el poder en deber. El concepto de derecho como potencia está referido sólo a Dios, cuya voluntad deviene norma de conducta inspirada en el principio de la igualdad. La *iustitia* no se distinguirá en adelante de la *aequitas* y entre ambas implican la *restitudo* que es cualidad subjetiva del deseo de conformarse a lo que es recto y justo. Extraigo estos elementos de una recensión (en *Leonardo* de agosto de 1930) de Gioele Solari, que hace algunas ligeras objeciones a Cesarini-Sforza.

En las nuevas tendencias "jurídicas" representadas especialmente por los *Nuovi Studi* de Volpicelli y de Spirito, hay que destacar como elemento crítico inicial la confusión entre el concepto de Estado-clase y el concepto de sociedad regulada. Esta confusión es notable especialmente en la memoria *La libertà economica* desarrollada por Spirito en la XIX reunión de la Sociedad para el progreso de las ciencias en Bolzano en setiembre de 1930 e impresa en los *Nuovi Studi* de setiembre-octubre del mismo año.

Mientras exista el Estado-clase no puede existir la sociedad regulada sino metafóricamente, o sea, sólo en el sentido de que el Estado-clase es también una sociedad regulada. Los utópicos, en cuanto expresaban una crítica de la sociedad existente en su época, comprendían bastante bien que el Estado-clase no podía ser la sociedad regulada; tanto es así que en los tipos de sociedades representadas por las diversas utopías, se introducía la igualdad económica como base necesaria de las reformas proyectadas. Ocurre que en esto los utópicos no eran utópicos, sino científicos

¹⁰ *Ius, et directum. Note sull'origine storica dell'idea di diritto*, Stahl. Tipogra. Riuniti, Bolonia, 1930.

concretos de la política y críticos congruentes. El carácter utópico de algunos de ellos estaba dado por el hecho de que consideraban que se podía introducir la igualdad económica mediante leyes arbitrarias, con un acto de voluntad, etc. Sin embargo, conserva su exactitud el concepto, que se encuentra también en otros escritores de política (aunque de derecha, o sea en los críticos de la democracia, en cuanto ella se sirve del modelo suizo o danés para considerar el sistema razonable para todos los países), de que no puede existir igualdad política completa y perfecta sin igualdad económica. En los escritores del 1600 ya se encuentra este concepto, por ejemplo en Ludovico Zuccolo y su libro *Il Belluzzi* y creo que también en Maquiavelo. Maurras considera que en Suiza es posible dicha forma de democracia, justamente porque existe una cierta mediocridad del poder económico.

La confusión entre Estado-clase y sociedad regulada es propia de las clases medias y de los pequeños intelectuales, quienes verían con agrado cualquier equilibrio que impidiese las luchas agudas y las catástrofes; es una concepción típicamente reaccionaria y regresiva.

Me parece que lo más concreto y sensato que se puede decir a propósito del Estado ético y de cultura es lo siguiente: cada Estado es ético en cuanto una de sus funciones más importantes es la de elevar a la gran masa de la población a un determinado nivel cultural y moral, nivel (o tipo) que corresponde a las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas y, por consiguiente, a los intereses de las clases dominantes. La escuela como función educativa positiva y los tribunales como función educativa represiva y negativa son las actividades estatales más importantes en tal sentido. Pero, en realidad, hacia el logro de dicho fin tienden una multiplicidad de otras iniciativas y actividades denominadas privadas, que forman el aparato de la hegemonía política y cultural de las clases dominantes. La concepción de Hegel es propia de un período en el cual el desarrollo en extensión de la burguesía podía aparecer como ilimitado, de allí que pudiese ser afirmada la ética o universalidad de la misma: todo el género humano será burgués. Sin embargo, en la realidad sólo el grupo social que se plantea el fin del Estado y el suyo propio como una meta a alcanzar, puede crear un Estado ético, tendiente a poner fin a las divisiones internas de dominados, etc., y a crear un organismo social unitario técnico-moral.

La doctrina de Hegel sobre los partidos y las asociaciones como trama "privada" del Estado derivó históricamente de las experiencias políticas de la Revolución francesa y debía servir para dar una mayor concreción al constitucionalismo. Gobierno con el consenso de los gobernados, pero con un consenso organizado, no genérico y vago como se afirma en el instante de las elecciones. El Estado tiene y pide el consenso, pero también lo "educa" por medio de las asociaciones políticas y sindicales, que son sin embargo organismos privados, dejados a la iniciativa privada de la clase dirigente. Hegel en cierto sentido supera ya, así, el puro constitucionalismo y teoriza el Estado parlamentario con su régimen de los partidos. Su concepción de la asociación no puede menos que ser todavía vaga y primitiva, oscilante entre lo político y lo económico, según la experiencia histórica de la época, que era muy restringida y daba un único ejemplo completo de organización, el "corporativo" (política injertada en la economía).

La Revolución francesa ofrece dos tipos prevalecientes: los *clubes*, que son organizaciones no rígidas, tipo "asamblea popular", centralizadas por ciertas individualidades políticas, cada una con un periódico que mantiene despierta la atención y el interés de una determinada clientela marginal, que luego sostiene las tesis del periódico en las reuniones del *club*. Ciertamente entre los concurrentes asiduos de los *clubes* debían existir grupos restringidos y selectos de personas que se conocían recíprocamente, se encontraban afuera y preparaban la atmósfera de las reuniones para sostener una u otra corriente según los momentos y también según los intereses concretos en juego.

Las conspiraciones secretas, que tuvieron tanta difusión en Italia antes de 1848, habrían de desarrollarse en Francia después de Thermidor, entre los partidarios de segunda línea del jacobinismo; con muchas dificultades en el período napoleónico, por el celoso control de la policía, con más facilidad de 1815 a 1830 bajo la Restauración, que fue bastante liberal en la base y no tenía ciertas preocupaciones. En el último período mencionado surgió la diferenciación del campo político popular, que es ya notable en las "jornadas gloriosas" de 1830, año en el cual afloran las agrupaciones que se venían constituyendo desde quince años antes. Después de 1830 y hasta 1848, este proceso de diferenciación se perfecciona y produce tipos bastante completos como Blanqui y Filippo Buonarroti.

Es difícil que Hegel pudiese conocer profundamente estas experiencias históricas, que eran en cambio más nítidas en Marx.¹¹

La revolución producida por la clase burguesa en la concepción del derecho y, por ende, en la función del Estado consiste especialmente en la voluntad de conformismo (y, por consiguiente, ética del derecho y del Estado). Las clases dominantes precedentes eran en esencia conservadoras en el sentido de que no tendían a elaborar un acceso orgánico de las otras clases a la suya, vale decir no tendían, "técnica" e ideológicamente, a ampliar su esfera de clase; concepción de casta cerrada. La clase burguesa se considera a sí misma como un organismo en continuo movimiento, capaz de absorber toda la sociedad, asimilándola a su nivel cultural y económico. Toda la función del Estado es transformada; el Estado se convierte en "educador", etc.

¿Cómo se produce una detención y se retorna al concepto del Estado como fuerza pura? La clase burguesa está "saturada", no sólo no se expande sino que se disgrega, no sólo no asimila nuevos elementos, sino que se desprende de una parte de ella misma (o al menos los desprendimientos son enormemente más numerosos que las asimilaciones). Una clase que se considere a sí misma como pasible de asimilar toda la sociedad y que al mismo tiempo sea capaz de expresar este proceso, llevará a la perfección dicho concepto, hasta el punto de concebir el fin del Estado y del derecho vueltos inútiles por haberse agotado su razón de ser y haber sido absorbidos por la sociedad civil.

Se puede demostrar que el concepto común de Estado es unilateral y conduce a errores mayúsculos, partiendo del reciente libro de Daniel Halévy, *Décadence de la liberté*, del que leí una reseña en las *Nouvelles Litteraires*. Para Halévy, "Estado" es el aparato representativo; así descubre que los hechos más importantes de la historia francesa desde 1870 hasta hoy no son debidos a

¹¹ Sobre esta serie de hechos analizar como primer material las publicaciones de Paul Louis y el *Dictionnaire politique* de Maurice Block; para la Revolución francesa, especialmente Aulard. Ver también las notas de Andler al *Manifiesto*. Para Italia, el libro de Luzio sobre *La massoneria e il Risorgimento*, muy tendencioso.

iniciativas de organismos políticos derivados del sufragio universal, sino a organismos privados (sociedades capitalistas, Estados Mayores, etc.) o a grandes funcionarios desconocidos por el país. Pero esto sólo significa que además del aparato gubernativo debe también entenderse por "Estado" el aparato "privado" de "hegemonía" o sociedad civil. Hay que mostrar cómo de esta crítica del "Estado" que no interviene, que está a la cola de los acontecimientos, nace la corriente ideológica dictatorial de derecha, con su reforzamiento del ejecutivo, etc. Sin embargo, sería preciso leer el libro de Halévy para ver si él también ha entrado por esta vía, lo cual en principio no es difícil dado sus antecedentes (simpatías por Sorel, Maurras, etc.).

Curzio Malaparte, en la introducción a su libro sobre la *Técnica del golpe de Estado*, parece afirmar la equivalencia de la fórmula: "Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado" con la proposición "donde existe la libertad no existe el Estado". En esta proposición, el término "libertad" no es entendido en el sentido común de "libertad política, vale decir de prensa, etc.", sino como contrapuesto a "necesidad" y en relación a la proposición de Engels sobre el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad. Malaparte ni siquiera entrevió el significado de la proposición.

En la polémica (por lo demás superficial) acerca de las funciones del Estado (y entiéndase, del Estado como organización político-jurídica en el sentido estricto), la expresión "Estado-veilleur de nuit" corresponde a la italiana de *Stato-carabiniere* y denota un Estado cuyas funciones están limitadas a la tutela del orden público y del respeto de las leyes. No se insiste en el hecho de que en esta forma de régimen (que, por otro lado, no existió jamás, salvo como hipótesis-límite, en el papel) la dirección del desarrollo histórico pertenece a las fuerzas privadas, a la sociedad civil, que es también Estado o, mejor, que es el Estado mismo.

Parece que la expresión *veilleur de nuit*, que debía tener un sentido más mordaz que la de *Stato-carabiniere* o de "Estado-gendarme", pertenece a Lassalle. Su opuesto sería "Estado-ético" o "Estado intervencionista" en general, aunque existen diferencias entre una y otra expresión. El concepto de Estado ético es de

origen filosófico e intelectual (propio de los intelectuales: Hegel) y, en verdad, podría ser unido al de "Estado-*veilleur de nuit*", ya que se refiere por sobre todo a la actividad autónoma, educativa y moral del Estado laico, contrapuesto al cosmopolitismo y a la ingerencia de la organización religioso-eclesiástica como residuo medieval. El concepto de Estado intervencionista es de origen económico y está vinculado por un lado a las corrientes proteccionistas o del nacionalismo económico y, por el otro, a la tentativa de hacer asumir a un determinado personal estatal, de origen terrateniente y feudal, la "protección" de las clases trabajadoras contra los excesos del capitalismo (política de Bismarck y Disraeli).

Estas diversas tendencias pueden combinarse de diferentes maneras y de hecho así ocurrió. Naturalmente, los liberales ("economistas") están por el "Estado-*veilleur de nuit*" y desearían que la iniciativa histórica fuese dejada a la sociedad civil y a las diferentes fuerzas que allí pululan siendo el "Estado" el guardián de la "lealtad del juego" y de sus leyes. Los intelectuales hacen distinciones muy importantes cuando son liberales y también cuando son intervencionistas (pueden ser liberales en el campo económico e intervencionistas en el cultural). Los católicos desearían un Estado intervencionista totalmente a su favor; a falta de esto, o allí donde son minoría, exigen el Estado "indiferente", para que no sostenga a sus adversarios.

Es preciso meditar sobre este tema: la concepción del Estado gendarme-guardián nocturno (apartando la especificación de carácter polémico: gendarme, guardián nocturno...) ¿no es, por otro lado, la única concepción del Estado que supera las fases extremas "corporativo-económicas"?

Estamos siempre en el terreno de la identificación de Estado y gobierno, identificación que precisamente representa la forma corporativo-económica, o sea, la confusión entre sociedad civil y sociedad política, ya que es preciso hacer constar que en la noción general de Estado entran elementos que deben ser referidos a la sociedad civil (se podría señalar al respecto que Estado = sociedad política + sociedad civil, vale decir, hegemonía revestida de coerción). En una doctrina del Estado que conciba esto

como pasible de agotamiento parcial y de resolución en la sociedad regulada,^o el argumento es fundamental. El elemento Estado-coerción se puede considerar agotado a medida que se afirman elementos cada vez más significativos de sociedad regulada (o Estado ético o sociedad civil).

Las expresiones "Estado ético" o "sociedad civil" quieren significar que esta "imagen" del Estado sin Estado estaba presente en los más grandes científicos de la política y del derecho en cuanto se colocaban en el terreno de la ciencia pura (utopía pura, por estar basada en el presupuesto de que todos los hombres son realmente iguales y, por consiguiente, igualmente razonables y morales, es decir, capaces de aceptar la ley espontáneamente, libremente y no por coerción, como impuesta por otra clase, como algo externo a la conciencia).

Es preciso recordar que la expresión "guardián nocturno" para el Estado liberal es de Lassalle, vale decir, de un estatista dogmático y no dialéctico (examinar bien la doctrina de Lassalle sobre este punto y sobre el Estado en general, en contraste con el marxismo). En la doctrina del Estado-sociedad regulada, de una fase en la que "Estado" será igual a "gobierno" y se identificará con "sociedad civil", deberá pasarse a una fase de Estado-guardián nocturno, fase de una organización coercitiva que tutelaré el desarrollo de los elementos de sociedad regulada cuyo continuo incremento reducirá progresivamente las intervenciones autoritarias y coactivas del Estado. Pero esta perspectiva no puede hacernos pensar en un "nuevo" liberalismo, puesto que ella conduce al comienzo de una era de libertad orgánica.

Si es verdad que ningún tipo de Estado puede dejar de atravesar una fase de primitivismo económico-corporativo, de aquí se deduce que el contenido de la hegemonía política del nuevo grupo social que ha fundado el nuevo tipo de Estado debe ser fundamentalmente de orden económico. Se trata de reorganizar

^o Como es evidente, con la expresión «sociedad regulada», Gramsci quiere hacer referencia a la sociedad sin clase, donde la anarquía de la producción ha desaparecido y una serie de funciones cumplidas antes por el Estado pasan a ser desempeñadas por diversas organizaciones del pueblo, preparando así la extinción del Estado (sociedad política). (N. del T.)

la estructura y las reales relaciones entre los hombres y el mundo económico o de la producción. Los elementos de superestructura no pueden menos que ser escasos y su carácter será de previsión y de lucha, pero con elementos "de plan" aún escasos. El plan cultural será sobre todo negativo, de crítica del pasado, tenderá a hacer olvidar y a destruir. Las líneas de la construcción serán todavía "grandes líneas", esbozos, que podrán (y deberán) ser cambiadas a cada momento, para que coincidan con la nueva estructura en formación. Esto justamente es lo que no se verifica en el período de las Comunas; o mejor dicho, la cultura, que permanece como función de la Iglesia, es de carácter antieconómico (con respecto a la economía capitalista naciente), no está orientada a otorgar la hegemonía a la nueva clase; por el contrario, tiende a impedir que ésta la adquiera. El Humanismo y el Renacimiento son por ello reaccionarios ya que indican la derrota de la nueva clase, la negación del mundo económico que le es propio.

Otro elemento a examinar es el de las relaciones orgánicas entre la política interior y exterior de un Estado. ¿Es la política interior determinante de la exterior o viceversa? También en este caso es preciso distinguir entre las grandes potencias, con relativa autonomía internacional, y las demás potencias; y también entre las diversas formas de gobierno (un gobierno como el de Napoleón III tenía, aparentemente, dos políticas, reaccionaria en lo interior y liberal en lo exterior).

Condiciones de un Estado antes y después de una guerra. Es evidente que en una alianza cuentan las condiciones en que se encuentra un Estado en el momento de la paz. Puede ocurrir por ello que quien tuvo la hegemonía durante la guerra, acabe por perderla a causa del debilitamiento sufrido en la lucha y debe resignarse a ver cómo un "subalterno", que fue más hábil o más "afortunado", se convierte en hegemónico. Esto se verifica en las "guerras mundiales" cuando la situación geográfica constriñe a un Estado a lanzar todas sus reservas al combate; vence debido a las alianzas, pero la victoria lo encuentra postrado. He ahí por qué en el concepto de "gran potencia" es preciso tener en cuenta muchos elementos y, en especial, los "permanentes", es decir, la "potencialidad económica y financiera" y la población.

Organización de las sociedades nacionales. He anotado en otras partes * que en una determinada sociedad nadie está al margen de una organización y de un partido, ya que ello se entiende en un sentido amplio y no formal. En esta multiplicidad de sociedades particulares, de doble carácter —natural y contractual o voluntaria—, una o más prevalecen relativa o absolutamente, constituyendo el aparato hegemónico de un grupo social sobre el resto de la población (o sociedad civil), base del Estado, entendido estrictamente como aparato gubernativo-coercitivo.

Ocurre a menudo que una persona pertenece a más de una sociedad particular y con frecuencia a sociedades que objetivamente están en contradicción entre sí. Una política totalitaria tiende precisamente: 1) a obtener que los miembros de un determinado partido encuentren únicamente en este partido todas las satisfacciones que antes hallaban en una multiplicidad de organismos, es decir a romper todos los hilos que ligan estos miembros a organismos culturales extraños; 2) a destruir todas las otras organizaciones o a incorporarlas a un sistema del cual el partido sea el único regulador. Esto ocurre: 1) cuando el partido dado es el portador de una nueva cultura y se da una fase progresista; 2) cuando el partido dado quiere impedir que otra fuerza, portadora de una nueva cultura, se convierta en "totalitaria" y se da una fase regresiva y reaccionaria objetivamente, aunque la reacción (como siempre ocurre) se enmascare y trate de aparecer como portadora de una nueva cultura.

Luigi Einaudi, en la *Riforma Sociale* de mayo-junio de 1931, comenta un volumen francés, *Les sociétés de la nation, Étude sur les éléments constitutifs de la nation française*, de Etienne Martin Saint-Léon,¹² en el que se estudia una parte de estas organizaciones, sólo las que existen formalmente. (Por ejemplo, ¿los lectores de un periódico forman o no una organización?) De cualquier manera, en caso de que se tratase este tema, véase el libro y también el comentario de Einaudi.

* Véase al respecto "Algunos puntos preliminares de referencia" incluidos en *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971, pp. 11-28. (N. del T.)

¹² Vol. de 415 páginas, Spes, París, 1930.